JUSTO NAVARRO

DumDum, estudio de grabación

ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
HABLA ANTONIO VIGO (1)
HABLA ANTONIO VIGO (2)
HABLA SANTOS OLOLQUIAGA
HABLA STEIN, TAMBIÉN LLAMADO VOIGHT (1)
HABLA ANTONIO VIGO (3)
EN LA COSTRA
HABLA STEIN, TAMBIÉN LLAMADO VOIGHT (2)
KONTAKTE-HIPÓDROMO
CRÉDITOS

¿Quiere usted ser invisible?

Le passé ne peut être que reconstruit
par l'imagination.

(El pasado solo puede ser reconstruido
por la imaginación.)

The future will be better tomorrow.

(El futuro será mejor mañana.)

He fled, not from his past, but to escape his future.

(Huía, no de su pasado, sino para escapar del futuro.)

The past is now part of my future
The present is well out of hand.

(El pasado es ahora parte de mi futuro,
el presente está fuera de mi alcance.)

Dass es so weiter geht, ist die Katastrophe.

(La catástrofe es que las cosas sigan como son.)

1

Allí estaba aquella señora, no sé cuántos años tendría, treinta, cincuenta, veinte o sesenta, tez inalterable, amoldable a cualquier luz, biomaquillaje idéntico al mío, de mi misma piel, pieles cultivadas quizá en el mismo laboratorio. ¿Qué llevaba en la mano derecha, cerrada siempre? Abrió la mano: una placa discoidal. Departamento de Armonización, dijo. ¿Era aquel disco de carburo de silicio la credencial que la identificaba como armonizadora? Era la primera vez que me visitaba un miembro del Departamento de Armonización, si existía tal departamento.

Se hablaba de Armonización, pero también se hablaba de la policía y nadie había visto nunca a un policía. La miré, pocas veces se ve a un ser al que creíamos inexistente, policía o algo por el estilo, y confirmé que aquella piel perfecta era de la misma marca registrada que la mía. La armonizadora podía ser mi hermana. Como yo, aquella mujer envidiaba, o eso me pareció, por muy armonizadora que fuera, a las máquinas que solo se comunican con seres humanos y con otras máquinas a través de circuitos electrónicos. ¿Tan grave era la desarmonía que debía armonizar la armonizadora para que prescindiera de las vías electrónicas habituales y se expusiera a tener contacto cara a cara con un extraño? ¿La habían elegido para que se ocupara de mi caso porque constaba en los archivos que usábamos la misma marca de piel?

Fui al Kontakte Dance Club a buscar a la farmacóloga, no muy lejos de la catedral y las antiguas pescaderías, no muy lejos de mi estudio-laboratorio de grabación y remezcla. La farmacóloga no estaba en el Kontakte, pero no podía tardar, porque nos veíamos en el Kontakte todos los jueves a las dos. Era jueves y eran las dos. La armonizadora me había visitado una hora antes de las dos, quizá con la intención de que inmediatamente le transmitiera sus noticias a mi socia, aunque nadie supiera que la farmacóloga era mi socia.

Esperé, bebiendo agua embotellada no sé dónde, oyendo ritmos electrónicos y motores de filtros de ventilación que no se fabricaban desde hacía cincuenta años. El Kontakte estaba cerrado, no abría hasta las siete de la tarde, pero se suponía que yo era copropietario del Kontakte. Estaban encendidas a las dos todas las luces que se apagan a las siete, y el Kontakte parecía una cámara frigorífica helada a pesar de que la temperatura era de dieciséis grados. Las máquinas lo habían

limpiado a fondo y todavía olía a transpiraciones, glutaraldehído y ácido peracético. Sin las tinieblas fulgurantes de la hora del baile el espacio se contraía hasta alcanzar las dimensiones de un depósito de productos químicos: planchas de acero, cemento hidráulico, un callejón sin salida. Hacía frío. Yo bebía agua. ¿Qué iba a contarle a la farmacóloga? El Departamento de Armonización ha visitado mi estudio.

Se habían producido lo que se llamaban apagamientos elegidos, personas que elegían apagarse tirándose por una ventana bajo el influjo del espíritu de la invisibilidad, eso me dijo la armonizadora, y yo entendí que hablaba de la droga de la invisibilidad.

¿Conocía yo algún caso?, preguntó la armonizadora.

Contesté que no. La armonizadora se levantó y se fue. Y yo entendí: Volveré, acuérdate de mí.

Varias de las personas apagadas por decisión propia habían pasado por el DumDum, mi estudio de grabación y remezcla, o eso decía la armonizadora, boca de taladro, broca girando para perforar, instrumental médico, fórceps y pinzas en acción decididas a escarbar y extraer lo que encontraran dentro de mi cabeza. La armonizadora hablaba como si dictara instrucciones a una máquina. Llevaba un impermeable transparente que olía a estireno. Debajo del impermeable la ropa era negra. Pelo rojo. Vestía igual que yo. Parecía tan impasible como la placa de carburo de silicio que guardaba en la mano. En cuanto se levantó de la silla y se fue, sentí que se había apagado la luz, aunque la luz seguía encendida.

¿Existía el espíritu de la invisibilidad, la droga de la invisibilidad, la invisibilidad?

La armonizadora me dio datos: autopsias, restos de nanobiosensores en el cerebro de las personas apagadas por elección propia, injertos cerebrales para bloquear los neurochips de localización, vigilancia y control sanitario implantados a toda criatura humana para protegerla en todo lugar y en todo momento.

Alguien está atentando contra la salud pública, dijo la armonizadora.

Dispositivos antivigilancia injertables, entendí, redes de chips clandestinos para quien quiera volver invisibles algunas zonas de sí mismo. Yo los uso, yo los instalo, yo los vendo, pensé, seguro de que la armonizadora no oía lo que yo estaba pensando.

Eran un derecho, no un deber, los neurochips de bienestar y salud, aunque se considerara un atentado contra la comunidad no

comprarlos y mantenerlos activos, y se insertaran en los cerebros humanos antes de que la conciencia tuviera conciencia de ser conciencia.

Las personas apagadas por elección propia actuaban contra su propio bienestar al hacerse desaparecer a sí mismas, dije. Pero es lógico, si querían destruirse, que bloquearan sus neurochips de localización y control sanitario, dije también.

No, dijo la armonizadora, que quería demostrar que sabía mucho más de lo que me estaba contando.

Los bloqueadores de los centros cerebrales de localización y control sanitario habían dejado de ser operativos, sufrían un proceso de disolución irreversible, fagocitados por las defensas inmunitarias, se ha visto en las autopsias. Suponemos que los autoapagamientos responden a casos de desesperación bajo los influjos de un espíritu, de un fármaco, de un biochip, como quiera llamarlo, de una droga que produce un síndrome de abstinencia insuperable, dijo la armonizadora. Las personas que habían decidido apagarse se borraron a sí mismas porque no soportaban volver a sentirse bajo control sanitario.

Me lo imaginé: perder la invisibilidad, horror de ser transparente, necesidad de un escondite, de librarme de las miradas procedentes del exterior y del interior, vigilancia injertada, sensores, detectores, registradores intracraneales, dar un paso por fin, huir, tirarme por la ventana.

Estos autoapagamientos son el síntoma esencial de que el producto existe, dijo la armonizadora.

Hablábamos de autoapagamientos. La palabra suicidio es inmoral.

No vi a la farmacóloga en el Kontakte, no apareció. Tampoco se presentó en el estudio-laboratorio, en el DumDum. Teníamos grabación a las nueve de la noche. Korg Electribe era el artista que ocupaba el diván de grabación. Korg Electribe utiliza como nombre de guerra artístico nombres de monumentos famosos. Circulan grabaciones de cuando se llamaba Oldsmobile Toronado, Kenbak-1, McIntoshMC235, Hongqi o Kelvinator Fridge.

Le sujeté el cuello con un precinto de seguridad, acero recubierto de polipropileno. Quería que se sintiera oprimido, vulnerable. Era lo que me habían encargado. Trabajo para estudios más grandes que el mío. Grabo, remezclo, vendo el material para su utilización en nuevas grabaciones y remezclas. Enchufé detrás de la oreja derecha de Korg Electribe el conector inalámbrico. Registro, modifico y mezclo ondas cerebrales, actividad eléctrica. O registraba, modificaba y mezclaba. Levanté la placa de protección, la tapa de los sesos. Mi materia prima son los ruidos cerebrales, lo no consciente, lo que yo llamo el

subterráneo de la conciencia, los bajos fondos. Conecté los electrodos al córtex. Enchufé detrás de la oreja izquierda el flujo de imágenes externas, visuales, táctiles, sonoras, olfativas y gustativas procedentes del pasado, pregrabadas. Modulé las lámparas de la cabina de captación y fue como si se hubiera ido la luz pero empezara a hacerse de día, y en la oscuridad azul vi que Korg Electribe se había cambiado las uñas, ahora eran uñas-pantalla y exhibían películas chinas de los años veinte: una tormenta de nieve sepultaba una ciudad, se derrumbaba bajo el peso del hielo el estadio olímpico ShangHai 2044, cientos de naves despegaban hacia otros sistemas solares, el piloto a los mandos de una astronave se ponía en la sien el cañón de una pistola. Korg se había metido el pulgar derecho en la boca y no vi qué pasaba en la última uña. De la boca salía algo de luz roja. No eran estímulos que perturbaran mi grabación: las visiones se reflejan unas en otras, se retroalimentan, se funden, invaden el cerebro como un virus, generan más visiones conscientes o inconscientes, se integran en el flujo cerebral.

Salí de la cabina, ocupé la mesa de grabación en la sala de control, me enchufé a la máquina. Neuroelectrónica. Le inyecté a Korg mi angustia, la angustia de estar bajo vigilancia. Korg sufrió una convulsión. Abrió la boca como si hubiera gritado y volvió a cerrarla para que no se le escapara el pulgar. Bajé el volumen de mi angustia: Korg no soportaba tanta potencia. Lo sentí oprimido y vulnerable a través de las conexiones, era lo que me habían encargado, y yo me sentí aún más oprimido y más vulnerable que Korg. Era la sensación nueva de ser destruible, la posibilidad continua de desaparecer, de ser hecho desaparecer, de ser apagado.

2

A las dos de la mañana salí a la Gran Vía en ruinas, a cincuenta pasos de mi estudio, que también había sido las ruinas de un local de música, el DumDum, que antes fue las ruinas de un cine. Sobre los edificios de la Gran Vía crecía otra calle, una costra habitada, la Costra, la subciudad o suciedad que iba creciendo sobre la ciudad antigua, parasitándola: desechos, plásticos y cartones y latas, paredes prefabricadas, tabiques de poliuretano y placas de polipropileno, materiales viejos robados en las ruinas, contenedores de barco, cabinas de ascensor trasplantadas a las alturas, lonas, carrocerías de coche, jaulas de matadero de animales, tubos, policloruro de vinilo, farolas y semáforos y luminosos arrancados de la vía pública, alarmas encendidas que no paraban de girar, demasiada luz a las dos de la noche. A mi derecha, por una grieta de la pared, asomó una

salamanquesa que no podía ser una salamanquesa porque tenía tres cabezas y seis patas. Llegué a la catedral, iluminada desde helicópteros autónomos, protegida de los invasores de la Gran Vía por blindados autónomos, multiametralladoras rotativas y lanzagranadas paralizadoras volantes. Y entonces, durante un segundo, sentí que alguno de aquellos dispositivos sin tripulación me detectaba como sujeto en estado de vigilancia especial y me tomaba por un blanco posible.

Bebía agua en el Kontakte. Bebo siempre agua y aquella noche bebía también agua, aunque aquella noche no era agua, sino vodka. Beber alcohol es un defecto, lo dice el departamento de moral infrasónica, y tener defectos es una enfermedad, y las enfermedades deforman, pero aquella noche y otras muchas noches bebí vodka porque no estaba bien. Seguía mi vida de siempre, pero notaba la infección: tenía miedo. La funcionaria que me había interrogado hacía quince horas me dejó una tarjeta –Santos Ololquiaga, Armonización– y me inoculó un microbio, miedo puro. ¿Me había cruzado ya en alguna parte con la funcionaria del Departamento de Armonización antes de recibir su visita? Alguna vez, antes de que se presentara en el estudio, había oído esa voz. A oscuras, iluminado por las pantallas desde las que veo en la mesa y en las paredes hasta el último rincón del Kontakte, bebía en mi oficina y oía la música y el zumbido de las máquinas de ventilación, el Kontakte en su hora punta, unas ciento sesenta personas a las dos y media de la noche. Había durado más de la cuenta la sesión con Korg Electribe.

Y, en ese momento, apareció el pianista, Stein. Todo había sido normal hasta que vi por primera vez esa cara, la mano de tres dedos, no un caso de síndrome de KarschNeugebauer, sino una herida. Stein había perdido en una guerra el índice y el dedo corazón de la mano derecha, o eso contaban de Stein, o Steinway, al pianista lo llamo Steinway, o Stein, tengo en el DumDum un Steinway & Sons, ochenta y ocho teclas. Stein nunca me ha dicho su nombre.

Lo veía ahora en una de las pantallas de mi oficina en el Kontakte. Se acercaba. Lo veía reflejado en el espejo deformante de la puerta de la oficina. Creo que la puerta reflectora repele a posibles visitas. El que se acerca no ve la puerta: se ve a sí mismo, distorsionado como una voz desfigurada por alguna droga. Y no está seguro de si el espejo le deforma la cara o si se le ha deformado la cara en la escalera mecánica. Ni siquiera está seguro de si se mira a sí mismo o de si mira a un extraño, hay poca luz. Acaba de subir por una escalera mecánica que no funciona, ha tenido la impresión de no moverse, aunque

avanzara escalón a escalón. La misma cara de siempre, un poco hinchada y en los huesos al mismo tiempo, apareció en la pantalla: el pianista, Stein, Steinway. A la farmacóloga me la presentó el pianista.

Le pregunté al pianista si había visto a la farmacóloga en las últimas veinticuatro horas.

¿Qué farmacóloga? No conozco a ninguna farmacóloga, dijo.

¿No conocía a la farmacóloga? Me la había presentado él. ¿Me estaba avisando de que era mejor no haber visto nunca a la farmacóloga? ¿Quién era Stein? Lo conoce mucha gente, pero nadie sabe quién es. Podía ser un vigilante, uno de esos funcionarios ínfimos que aparecieron al mismo tiempo que la droga de la invisibilidad. Pero los invisibles distinguimos a los vigilantes cuando los vemos y Stein nunca me había parecido un vigilante.

Hay quien dice que los vigilantes no existen, y hay quien dice que todos somos vigilantes inconscientes, que nunca dejamos de transmitir información y nunca dejamos de recibir instrucciones infrasónicas y órdenes a través de otros vigilantes y de mensajes depositados en puntos a los que ni siquiera somos conscientes de haber mirado.

Vigilancia total en estado electrobioquímico, dispositivos injertados en el cerebro, infiltrados, desde el nacimiento, siempre obligatoriamente renovables, siempre mejorados. No hay dónde esconderse. No hay nadie que no sea siempre visible, transparente, todos condenados a la visibilidad perpetua. No hay diferencias entre el yo exterior y el yo interior.

Y entonces vas a mi estudio, pagas y te conecto mis bloqueadores, mi invisibilidad.

¿Me pedía el pianista con su presencia en el Kontakte que le inyectara una dosis de bloqueadores aquella misma noche? Hasta entonces me había dicho que de sus dispositivos de vigilancia se ocupaba él mismo.

La farmacóloga me entiende, dijo.

Pero la farmacóloga, la abastecedora, no aparecía y los bloqueadores se disuelven poco a poco. ¿Quería Stein que le metiera las burbujas de invisibilidad que me quedaban?

Los biochips de la farmacóloga crean adicción: una vez que se prueba la invisibilidad no se puede pasar sin la invisibilidad. La farmacóloga se encargaba de actualizarlos: no solo se extinguen, devorados por los sistemas de defensa del organismo contra las sustancias extrañas, sino que pueden ser superados por los dispositivos de vigilancia injertados, siempre reprogramados, siempre mejorados por nuevos mecanismos de vigilancia.

Era raro que Stein pronunciara más de cinco palabras seguidas, hablaba poco, había quien creía que era mudo, pero lo que había venido a decirme no cabía en cinco palabras, eso dijo, y prefería decírmelo en su coche. Quería proponerme un asunto y podía ser que tuviéramos que ver a alguien. Debí echarlo de la oficina en ese mismo momento porque el asunto de la farmacóloga también me lo había propuesto él.

Tiene Stein un Xpeng P7 viejo, color acero, gastada la pintura, o raspada, de otra época. Stein viste como si viviera en el pasado, hace cincuenta o cien años, según los días, como si quisiera decir que vive en un mundo distinto de este mundo. Su ropa es como el Xpeng, estropeada o mal usada, lavada ya muchas veces y siempre menos de las deseables. Esa noche llevaba en el volante las dos manos. Se saca pocas veces la derecha del bolsillo. Solo la enseña cuando toca el piano o conduce el Xpeng. Controlaba la vida de la calle con los ojos fijos en el parabrisas tintado y yo, que no sabía a dónde me llevaba, le veía cara de estar queriendo recordar u olvidar alguna cosa, quizá la localización exacta del punto al que nos dirigíamos.

Estábamos saliendo de la ciudad, si alguna vez se sale de una ciudad, si todas las ciudades no son ya la misma ciudad de la que no se sale nunca. Entramos en la autovía que sirve de patio interior a las casas donde viven los senegaleses. Llevábamos viajando una hora y todavía no habíamos salido de Granada. No se apagaba el día electrónico, dilatado a las tres de la mañana por los reflectores de las máquinas que vigilan y limpian las calles. Eran más de las tres y media cuando llegamos a la zona de las arboledas y los jardines, los focos, los fusiles ametralladores autónomos y las cámaras volantes. Vi el búnker y supuse que allí era donde se nos esperaba. En el techo habían puesto una escultura: un Lamborghini Aventador carbonizado. En los haces de luz que iluminaban el Lamborghini aleteaban nubes de electromosquitos, ojos volantes miniaturizados, más cámaras. Vuelan en la oscuridad, se orientan por el calor corporal.

El señor Hu y la señora Ferrer, dijo Stein, que no pronunció mi nombre ni me presentó al asistente que servía vasos de agua. Y fue Stein quien, antes de sentarse sin que nadie lo invitara a hacerlo, me señaló una de las dos butacas que esperaban vacías frente al señor Hu y la señora Ferrer. Hu y Ferrer me miraron, no se levantaron, no me dirigieron la palabra. Acompañaba a cada butaca una mesa accesoria en la que el asistente dejaba un plato, un vaso de agua y una servilleta. El señor Hu y la señora Ferrer seguían mudos, sin mirarse, como si no se conocieran y hubieran coincidido por casualidad en

aquella sala de muros de hormigón armado en la que el único foco de atención parecía ser yo. Me miraban a mí. Dos cabezas de gamo, cortadas a dos ejemplares blancos, adornaban una de las paredes que no estaban desnudas. Stein parecía conocer el sitio. Lo observaba como lo haría el inspector de una firma de limpiezas domésticas. Una agencia de máquinas desinfectantes es una de las empresas que se le atribuyen a Stein. Yo era uno de sus clientes. Sus máquinas limpian el Kontakte y el DumDum.

Nadie hablaba. ¿Esperaban a que se retirara el asistente, impávido como un centinela entre los dos trofeos de caza, frente a mí y cubriéndoles la espalda al señor Hu y a la señora Ferrer? La luz, que no parecía salir de ningún sitio, nos maquillaba, armonizaba los tonos grises del salón, los matices de la piel humana, el blanco de los gamos, el pardo ceniza de las cornamentas, el negro de los trajes, el azul del traje y el azul más oscuro de la camisa de Stein. Pero a Stein lo volvía violáceo aquella luz cosmética, le hacía más blanco el pelo blanco y le cubría de cicatrices las mejillas, el mentón, las sienes y la frente, como si revelara que las facciones habían sido reconstruidas sobre una tela biometálica y se transparentaran algunos de los hilos de la malla que las sostenía. No me reconocí en el espejo que me miraba desde mi izquierda, no me hubiera atrevido a decir que aquel individuo era exactamente yo. ¿Era un espejo de dos caras, reflectante por una y transparente por la otra, ojos, oídos, cámaras y sensores en la habitación contigua para ver y oír y registrar una conversación que ni siquiera existía? Nadie pronunciaba una palabra, nadie tocaba el vaso que el asistente nos había servido. Decidí levantarme, irme. ¿Por qué había seguido a Stein? Había pensado que quizá me llevaba hasta la farmacóloga.

Y entonces la señora Ferrer iluminó en su mesa una pantalla y, desde mi butaca, vi imágenes de una de mis grabaciones con aluXyviXio, supercombo de cuatro artistas que cruzan sus alucinaciones inconscientes para que se repliquen y multipliquen entre sí, un producto distribuido desde Bombay y, según la crítica del mercado, demasiado complejo. Se vendió menos de lo que esperábamos. Hubo quienes lo encontraron demasiado fuerte para inyectarlo directamente en el cerebro, podía quemarlo.

La señora Ferrer rotó hacia mí las imágenes y mi mesa se iluminó. Allí estaban también las imágenes: dos gamos blancos atravesaban una vez y otra vez y otra vez, siempre la misma vez, una calle de Oslo. ¿Eran los gamos de aluXyviXio el motivo de que las dos cabezas de gamo adornaran el muro, quizá una ilusión, una visión, una neorrealidad inoculada en mi honor en el salón de hormigón armado?

No me levanté. No me fui. Stein me parecía en aquel momento y más que nunca una fuente de problemas, pero también había salvado mi estudio, el DumDum, de la decrepitud tecnológica y de la consiguiente ruina inmediata. Me había permitido renovar las técnicas y los equipos de grabación de psicovisiones. Había aparecido un día con la farmacóloga y sus burbujas de invisibilidad electroquímica.

Apreciaba mi trabajo la señora Ferrer, o eso dijo, nadie igualaba mis grabaciones de redes sonoras y visuales y sensoriales subconscientes e inconscientes, mis excavaciones en el inconsciente puro. Valoraba especialmente el fragmento del álbum de aluXyviXio entre los minutos 3:37 y 6:51.

Me limito a grabar a mis artistas, de mis artistas es el mérito y el arte, dije.

El ambiente sonoro también era cosmético, nunca me había oído aquella voz.

Usted remueve las profundidades, graba, mezcla, filtra, borra, superpone capas de imágenes y sonidos, dijo la señora Ferrer. Suponga que no graba, dijo, suponga que trabaja directamente sobre la trama mental de uno de sus artistas. Es lo que quisiéramos que hiciera para nosotros, precisó. Suponga que un amigo nuestro necesita un lavado, un borrado, un raspado, un legrado de ciertas cosas que guarda en la cabeza y va a su estudio y...

No, dije, eso es algo que no sé hacer y, aunque supiera, no me está permitido. Operaciones de ese tipo son competencia exclusiva del Departamento de Armonización e Higienización.

Me levanté. Me iba. Stein no se movió. Y entonces el asistente se apartó de las cabezas de gamo y se acercó a la reunión. Miró al señor Hu, que le daba la espalda a un metro de distancia, y el señor Hu abandonó la butaca en la que había permanecido impasible hasta ese momento, y se la cedió al asistente.

Siéntese, señor Vigo, me ordenó el asistente, y era una voz tan persuasiva que me pareció que solo duplicaba lo que yo ni siquiera me había dicho todavía que deseaba hacer en ese momento.

3

Stein tocaba el Steinway & Sons. Estábamos en el estudio. La mano de tres dedos cubría el ala derecha del teclado. El Steinway es un armatoste mecánico, una de esas cosas viejas que guardo en el sótano del DumDum y que atraen a Stein. El pianista tiene un pasado como quien tiene un Xpeng P7 o una casa. Se decía que en una guerra de hacía mil años, en Afganistán, había dirigido un equipo de desactivación de explosivos, y Stein no lo desmentía, no desmentía

nada que lo cargara de pasado. Administraba, alimentaba, acrecentaba, enriquecía su patrimonio de cosa arcaica. Casi nadie tiene ya pasado, pero Stein parece tan antiguo como sus medicinas, dextroanfetamina, metanfetamina, MDMA y GHB, supongo que se las da la farmacóloga. Volví a preguntarle por la farmacóloga.

No sé nada de farmacólogas, dijo, sin dejar de tocar, como si cantara en voz baja. O no quiero saber, especificó.

Volvió a callar, no dejó de mover las manos, kling, kling, klon, klammm. Sabe nueve idiomas, o eso se decía, y en todos calla mejor que los habla. Hablaba poco, se equivocaba poco. Una vez quise grabar su música, me pareció que podía filtrar aquellos ruidos en alguna de mis grabaciones cerebrales, y me sacó una pistola. Era la segunda que veía en mi vida. Ahora la Glock 43 9 mm PB está en mi almacén de detritus de época. Stein tocaba y fumaba y bebía. Además de cultivar el pasado, criaba tabaco en un sótano a la luz de treinta lámparas de descarga de alta intensidad. El tabaco es tan antiguo que es ilegal.

Bebíamos vodka a las seis de la mañana. Llevábamos más de veinte horas sin dormir y era como si esperáramos sin dormir a que pasaran las doce horas de plazo que el asistente, el señor sin nombre, me había dado hacía sesenta minutos para que decidiera aceptar su oferta. Así lo había dicho: para que decidiera aceptar su oferta. Parecía negarme la posibilidad de rechazarla. Si como dictaba el instinto comercial accedía a hacer el trabajo que me solicitaba, me aseguraba tal cantidad de dinero invisible que me eché a reír. Era una cantidad inverosímil. El señor sin nombre se había reído también, y el señor Hu y la señora Ferrer, y Stein había seguido mirando a los gamos que nos vigilaban desde la pared.

Cuando acepte nuestra oferta, la vida será menos fortuita, menos peligrosa, había dicho con cara de piedra el señor sin nombre.

Y entendí que si no cumplía sus órdenes mi vida iba a ser peligrosa. Kling, kling, klon, klammm.

No iba a hablar de la farmacóloga, me lo repitió y volvió a repetírmelo.

Soy un electricista, dijo Stein. Hago conexiones y desaparezco. El negocio es vuestro, tuyo y de esa señora, no me compliques, dijo.

Bebíamos. Lió otro cigarro con la mano de tres dedos. La izquierda siguió tocando. La llama del encendedor se duplicó en el piano e iluminó la voluta de humo. ¿Hacía conexiones y desaparecía? Hablé de la armonizadora, de que me amenazaban desde el búnker del Lamborghini y desde el Departamento de Armonización. Le recordé que hacía dos horas, en el búnker, él me había conectado a una corriente que podía electrocutarme antes de que terminara el día que

acababa de empezar. Si creía que la oferta del señor sin nombre no era rechazable, ¿por qué no me llevaba adonde estuviera la farmacóloga? Era la que le daba las medicinas, ¿no? Y algo sacaría él de cada implante de burbujas de invisibilidad que se hacía en mi estudio. Yo iba a necesitar a la farmacóloga para el trabajo que me habían pedido hacía un par de horas.

Todo se lo debo al señor Stein, dije, como si hablara solo. Todo. La armonizadora puede mandarme al Departamento de Higienización para que me depuren porque el señor Stein me conectó un día a la farmacóloga, y es muy probable que el señor sin nombre se preocupe de que a partir de mañana nadie vuelva a verme nunca. Y todo gracias a ti, le dije a Stein.

El ascua del cigarro bailoteaba reflejada en la caja negra del Steinway. Klammm. Stein dejó de tocar, se levantó, se metió la mano derecha en el bolsillo, no se quitó el cigarro de la boca. Empezó a sonar la alarma nuclear de hace mil años que tengo en el almacén de residuos. Suena todos los días a las seis y media de la mañana. Seguí a Stein, que se dirigía a la puerta, a la calle, como si acabara de decidir que yo no existía. La alarma calló. Solo suena durante cincuenta y cinco segundos y solo se oye en el almacén.

Lo seguí hasta el Xpeng P7, ocupé el asiento del copiloto y el coche ni se inmutó, no se hundió la tapicería. Tampoco Stein parecía verme. ¿Me habían disuelto ya en el aire? ¿Había desaparecido? Nadie dice haber visto morirse a una persona, la gente se borra y es olvidada, alcanza por fin la verdadera invisibilidad, la absoluta e irreversible. Stein dijo algo. ¿Volvía a hablarme? Hablaba con el Xpeng, que reconoció aquella voz y aquellos ojos, obedeció y arrancó. ¿Adónde íbamos? Stein no tenía prisa o no quería que el coche se paralizara en la calle por exceso de velocidad detectado. Habíamos llegado a uno de los centros de la ciudad y ya estábamos saliendo otra vez a las afueras. Se dirigía hacia el norte y temí que me llevara de nuevo al búnker. Todavía me quedaban nueve o diez horas para decidir si atendía el encargo del señor sin nombre, aunque ya sabía que sin la ayuda de la farmacóloga me era imposible intervenir en un cerebro de la forma que me habían exigido en el búnker. Y si la farmacóloga se presentaba en el estudio, o en el Kontakte, o se corporizaba en cualquier esquina, ¿no podía ser porque lo permitía el Departamento de Armonización para reconstruir la red que unía a la farmacóloga conmigo y con los compradores de los biochips de invisibilidad? El siguiente paso iba a ser la higienización total del estudio de grabación, del DumDum. No era improbable que a esa hora, mientras nos acercábamos a las casas de los senegaleses, mi caso estuviera ya en manos del Departamento de Higienización. Y entonces, antes de entrar en el patio interior de las

casas de los senegaleses, Stein levantó las manos del volante y el Xpeng se desvió a la izquierda en el momento en que se desprendía un luminoso y se estrellaba contra el suelo, a mi derecha, a un metro. Ni Stein ni el Xpeng se inmutaron, inmunes a las perturbaciones de la carretera.

Se dedicó a hablar por teléfono. Usaba uno de esos aparatos interiorizados, biologizados, con microdispositivos insertos en el cerebro y en la cóclea, que permiten vivir siempre al teléfono, en el teléfono. Mi teléfono es un dispositivo obsoleto, tan viejo que podría descansar en mi almacén de detritus de otras épocas. Cuando lleva mucho tiempo sin recibir señales del exterior, pienso que se ha apagado definitivamente. Yo no podría aguantar tanta voz sonando dentro de la cabeza, no en la mano, sino dentro, voces parásitas, palabras-parásito, telepatía como medio de comunicación a larga distancia, fantasmas orgánicos, sonoros, electroquímicos. Me basta con la propaganda auditiva infrasónica, de la que ni siquiera tengo conciencia.

Stein hablaba al aire en un idioma que yo no entendía, aunque, si lo hubiera entendido, tampoco habría podido descifrar dos palabras seguidas: hablaba a un volumen tan bajo que parecía emitir en sueños ruidos incoherentes. Estábamos bordeando la selva sintética que protege las corporaciones universitarias, en dirección a la fachada no visible de uno de los módulos laterales. Focos y cámaras volantes giraban sobre la zona, multiametralladoras, lanzagranadas paralizadoras volantes. Stein detuvo el coche ante una luz roja y a través de la ventana del piloto acercó a la señal la palma de la mano. La luz se volvió verde. No íbamos a estrellarnos contra la barrera de flujo eléctrico. Entramos en un pasaje de puertas traseras, escaleras de incendios, salidas de emergencia y procesadores de residuos. Stein no aparcó, dejó el Xpeng en medio de la calzada, como si no pensara perder más de un minuto antes de volver a ponerse al volante. Lo seguí. Recorrimos unos cien metros. Abrió una puerta con la huella del pulgar de la mano izquierda. Sin mirar si yo lo acompañaba, avanzó por un pasillo en pendiente, un tubo largo y estrecho que parecía descender a los cimientos del edificio. La luz era blanca. Había puertas a derecha e izquierda, zumbidos que ni siquiera se oyen en el silencio absoluto. Las paredes eran de cemento. Pensé que puede ser más fácil cortar un dedo que robar una tarjeta de banda magnética o una llave, una de esas viejas herramientas de metal que parecían llevar tallado un jeroglífico y servían para abrir puertas. Tengo llaves en mi colección de basuras. Estábamos ante la puerta del fondo, la última. Se iluminó un espejo. Stein se acercó y se miró a los ojos. La puerta se

abrió.

Estás en la casa de Ruth Rull, tu farmacóloga, dijo Stein.

Era como si cada cosa se hubiera metido en una funda invisible. Escalaba una de las paredes una aspiradora fregadora, lustradora, esterilizadora y exterminadora de parásitos y microorganismos, quizá trabajadora temporal de la agencia de máquinas de limpieza que regentaba Stein. El espacio se ensanchaba y alargaba hacia el fondo, siempre más al fondo. No había ventanas, solo cemento, metal, cristal y piedra por todas partes, luz blanca. De piedra era el mobiliario, incluso los asientos y el ortoedro que servía de cama. Había ropa protegida por polietileno en un hueco del muro. Vi algo sucio: arroz hervido y seco en un plato, un tenedor, un trozo oxidado de manzana. Yo repetía los pasos de Stein, a su espalda siempre. Cruzamos una puerta metálica. No solo era la casa de la farmacóloga.

Una música momificada, los ruidos que producía el pianista Stein multiplicados por una orquesta, amenizaba un pasillo de jaulas de ratas Wistar. Nos miraban las ratas mientras avanzábamos hacia otra salida. Daba al laboratorio de Ruth Rull. La farmacóloga se llama Rull. Todo estaba en orden: tres aparatos estereotáxicos, depósitos de microelectrodos de estimulación y registro, amplificadores, preamplificadores y postamplificadores y filtradores de señales eléctricas, estimuladores y transductores. Pero los únicos seres vivos que nos recibían en la casa de Rull eran las ratas. Stein abrió la última puerta. Daba a un baño más grande que el laboratorio, con una bañera empotrada en el suelo. Stein se dirigió a la bañera, llena de agua tintada de rojo. Extendió el brazo izquierdo, como si quisiera detenerme, y con la mano de tres dedos removió el agua. Me acerqué. En la bañera había alguien, buceando a un dedo de la superficie, boca arriba, con los ojos abiertos. Reconocí a la armonizadora Santos Ololquiaga, vestida y con el cuello cortado. No se había quitado el impermeable transparente, que, inflado por el agua, parecía un flotador. Por la herida asomaban los hilos de la piel sintética. Era la primera persona muerta que veía en mi vida.

4

Oí que llamaban a la puerta porque me despertó la vibración y se encendió la luz. ¿Qué hora era? Vibraba el bioPhone subcutáneo que llevo en la palma de la mano. Se iluminó a través de la piel. Hacía más de dos horas que había vencido el plazo: a las cinco menos cuarto de la tarde tendría que haber mandado un único dígito al señor del búnker, par o impar, Sí o No. Duermo poco, cuatro horas al día como

mucho, pero ese día se me habían cerrado los ojos sin llegar a buscar el sueño. Diez horas después volvieron a abrirse. Llamaban a la puerta, vibraba el bioPhone. Vi en el cuadrante a quienes llamaban. Eran los artistas. Tenía concertada una grabación a las siete y media de la tarde. No iba a haber grabación. No iba a responder a las llamadas. Seguía sin tomar una decisión sobre qué contestarle al búnker. Me había dormido sin tomar una decisión y para no tomar una decisión. Como si mirara el fondo de un cubo a través de un líquido que se va aclarando, vislumbré la posibilidad de que la orden de prescindir de la armonizadora hubiera partido del búnker del Lamborghini carbonizado. La señora Santos Ololquiaga no iba a seguir molestándome.

Me duché. Pasé del agua caliente al agua fría y, por un momento, se me borró la sensación de que mi visita a la casa de la farmacóloga Rull había sido dirigida desde el búnker. Me señalaban que no dudarían en eliminar cualquier obstáculo que obstruyera el trabajo que me habían encargado. Por ejemplo: la armonizadora Santos Ololquiaga ya no existía. Me decían que, en cuanto accediera a su petición, sabrían llevarme hasta donde se encontrara la farmacóloga. Durante los segundos que duró el agua helada dejé de pensar en lo que ya no tenía remedio: no había contestado a la oferta del búnker dentro del plazo fijado y no era improbable que mi cabeza apareciera muy pronto entre las dos cabezas de gamo blanco que decoraban una de las paredes del búnker. Seguían llamando a la puerta y en la palma de mi mano vibraba otra vez el teléfono. No contesté.

En el Kontakte empezaba su concierto de aquella noche el dúo Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik. Una de las músicas, Utta Ohler, violonchelista de la Granada InterOrchester, estaba en ese momento en Hamburgo, desde donde programaba y manipulaba sus ordenadores y su violonchelo, a 2.568 kilómetros del Kontakte. Desde su apartamento en la calle Sancti Spiritus, a menos de quinientos metros del Kontakte, la percusionista Hedda Evangelisti, especialista en percusiones sintéticas, mezclaba sus sonidos con los de Utta Ohler. El dúo Arbeitskraft tocaba siempre en directo, en dos pantallas distintas y en su casa cada una de las instrumentistas. En aquel momento tocaban a la vez en once locales de Europa y América. Desde la oficina del Kontakte yo le servía a Evangelisti un surtido de sonidos Roland TR-909 Rhythm Composer, Roland TB-303 Bass Line, Korg Electribe R, Roland TR-8, Aira TR-8 con expansión 7X7-TR8, aparatos desenterrados del almacén de detritus del DumDum, más una dosis de ruido de masticación de madera, termitas, monstruos de otro tiempo, un tiempo del que algunos niegan la existencia, percusión persistente.

A las dos de la madrugada unas doscientas personas saltaban en el Kontakte y en las pantallas de la oficina brillaban las uñas iluminadas de los bailarines y las bailarinas, era la moda. Encima de mi mesa brillaba la placa discoidal de carburo de silicio que había visto treinta y siete horas antes en la mano de la funcionaria Santos Ololquiaga, del Departamento de Armonización.

Muerte sucia ejecutada de una manera limpia, había dicho Stein.

La armonizadora ni siquiera había cambiado de color después de que le cortaran el cuello: la marca de piel que usaba, la misma que yo uso, con matizador de tono y biomaquillaje, se amoldaba a cualquier luz. Podía estar seguro de que por mucha angustia o miedo que sintiera yo en ese momento, nadie vería mi palidez.

Me había clavado la placa discoidal en el pie derecho al salir de la ducha, en el DumDum, y era imposible que hubiera llegado sola hasta el baño interior desde la oficina donde había recibido hacía treinta y siete horas a la armonizadora Ololquiaga, una dependencia con salida directa a la calle Cárcel Baja. Era como si existiera un bucle que dividía mi vida en dos: como si yo mismo fuera el dúo Arbeitskraft, y medio yo se moviera en Hamburgo mientras el otro medio tocaba una música diferente a 2.568 kilómetros de distancia. No sabía cómo había llegado a meterse debajo de mi pie aquella placa de carburo de silicio, y más inexplicable me parecía que la memoria del bioPhone que tengo injertado en la palma de la mano registrara un mensaje al búnker, enviado a las cuatro y treinta y siete minutos de la tarde: Sí, par. ¿Había aceptado la oferta del búnker? Si no me engañaba, a las cuatro y treinta y siete minutos de la tarde yo, o una parte de mi yo, estaba durmiendo.

Aumenté la intensidad de masticación de las termitas devoradoras de madera, más ruido, y dejé que las máquinas percusivas siguieran trabajando e improvisando en el Kontakte. Sobre las antiguas Pescaderías, sobre Bib-Rambla y el palacio del arzobispo sobrevolaban reflectores dotados de armamento autónomo. Un sol eléctrico iluminaba la zona a las tres de la mañana. Subí por la Alcaicería, pasé ante el comisariado de la Legión Papal. Evité la catedral. Yo era un ciudadano alfa, modélico, tenía permiso de tránsito por las zonas arzobispales. Vendía y consumía la invisibilidad prohibida, la droga, las burbujas de invisibilidad, es decir, era un individuo socialmente insalubre, pero ¿quién podía verlo? Si los aparatos higiénico-sanitarios hubieran captado en ese instante lo que tenía dentro de la cabeza, me habrían sometido a un tratamiento súbito: remodelación, demolición, desintegración por mi propia seguridad de cualquier foco de infección que encontraran en mi interior. Pero yo era tan invisible para los

aparatos higiénico-sanitarios como la persona que probó el bisturí en el cuello de la señora Ololquiaga: shifff, cuello cortado. Si esa persona no hubiera sido invisible, habría sido paralizada antes de culminar un gesto tan primitivo y técnico como el que llevó a cabo en la bañera de la farmacóloga Rull. Sus intenciones habrían justificado la intervención de los equipos sanitarios de urgencia. Y, por invisible que fuera, no era improbable que la persona experta en el uso del bisturí hubiera sido ya depurada, reciclada y reconstituida si los ojos biónicos de la armonizadora habían transmitido a su Departamento el instante en el que el bisturí entraba en el cuello, la imagen de quien practicaba la incisión. Si los ojos biónicos seguían grabando gracias a los restos de calor corporal una vez que la central eléctrica del cerebro dejó de alimentarlos de energía, habrían registrado también, aunque fuera con interferencias y apagándose, el momento en que Stein y yo nos asomamos al agua ensangrentada. Era lo que pensaba cuando llegué a la casa de la calle Sancti Spiritus y me iluminó el haz de luz de un reflector volante. ¿Me seguía? Se me acercaba: mi sombra se alargó en la pared. Me miré los ojos en el espejo de control del edificio. Identificación retiniana. Se abrió la puerta. El ascensor parecía esperarme al fondo del pasillo. Puse la palma de la mano en el control de apertura. El ascensor se cerró y se puso en movimiento en cuanto lo pisé. Abriendo puertas, cerrando puertas, subiendo, dijo. Sabía que mi destino era la última planta.

Estaba ante la puerta de Hedda Evangelisti, y no me llegaba ni un ruido a pesar de que al otro lado de la plancha metálica tocaba una orquesta de máquinas de percusión. Tenía en la mano derecha la placa de la armonizadora, quizá el registro de todo lo visto, oído y pensado por la armonizadora, y quizá en ese momento el registro de todo lo visto, oído y pensado por mí. Las huellas de los dedos anular, pulgar y corazón, por este orden, de mi mano izquierda abrieron la puerta. En la antesala de la habitación anecoica noté un olor inusual, como si algún extraño hubiera esperado y respirado una hora en aquel espacio. Me miré al espejo del control de entrada y me vi blanco: una copia de mí en escayola. En la cámara anecoica Hedda se movía rodeada de ordenadores, sumergida en sus auriculares y en su mundo insonoro, protegida por su cápsula de silencio atronador, como si no estuvieran allí los dos individuos que me examinaron con ojos expertos cuando entré en la habitación. No se movieron de las sillas metálicas soldadas a la malla metálica que recubre el suelo. Se sentaban de espaldas a la única ventana. Ya nos has mirado bastante, me dijeron con los ojos, sin pronunciar una palabra, y volvieron a concentrarse en buscar sonidos donde no hay sonidos. Me pareció que me excluían de aquel espacio insonorizado, forrado de pirámides de fibra de vidrio y lana

mineral color zinc, y me dediqué a mirar lo que se veía en la ventana: Bolzano en aquel mismo momento, la Piazza Dogana, la Zwölfmalgreiner Platz de Bolzano.

La ventana de la cámara anecoica de Evangelisti da a Bolzano. Es una pantalla sincronizada sin interrupción y en tiempo real con Bolzano. Hedda está siempre en Bolzano sin salir de la casa de la calle Sancti Spiritus, en Granada, siempre en sus partituras. El tictac de su propia sangre y el ritmo de su respiración son sus partituras. Yo miraba la ventana, pero los dos individuos que se sentaban frente a mí podían pensar que los miraba a ellos, y los miraba, y quizá pensaran que miraba la ventana. Vi los trajes negros, los cuellos reflectantes, el puño que apoyaban en el muslo. Adiviné lo que había dentro de la mano: una placa igual a la que yo acababa de meterme en el bolsillo. Armonizadores.

Armonizadores. Funcionarios del Departamento de Armonización. ¿Qué hacían en casa de Hedda? Hedda es la persona más inocente que conozco, y la conozco más allá de lo que la conoce nadie. El dúo Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik no solo da conciertos. Bajo la marca registrada Ohler + Evangelisti registra psicovisiones y graba en mi estudio. Lo vi claro: la investigaba Armonización porque me estaba investigando a mí a través de cualquier persona que tuviera o hubiera tenido relación o contacto conmigo. Investigaban a cada una de las personas que pasaban por el DumDum o por el Kontakte. Hedda no tiene nada que ocultar. Si en la música añade percusiones múltiples, en las psicovisiones inyecta silencio a las alucinaciones sonovisuales inconscientes de Utta Ohler. Hedda Evangelisti ni siquiera es invisible, ni siquiera cree en la existencia de las burbujas de invisibilidad. Niega que exista la vigilancia de conciencias, la industria de la vigilancia, más invisible aún que la invisibilidad que yo vendo. Niega que exista la invisible maquinaria de observación y recaudación de datos. Considera una superstición creer en los dispositivos de detección interiorizados, corporizados, sensores bioelectrónicos insertos en cada organismo, la vigilancia total, presencia invisible y constante, como el tiempo, como la muerte. Cree que el Departamento de Armonización se ocupa de armonizar relaciones interpersonales y no de retirar de la convivencia a personas que la desarmonizan. Aquellos dos armonizadores de aspecto sintético, fabricados quizá con tejidos reciclados que ajustaban mal el color de la piel a la iluminación y al gris de la habitación anecoica, podían interrogarla durante horas: iban a encontrar siempre una pared limpia.

No me preocupaba la presencia de los armonizadores en la casa de Hedda Evangelisti, estaba tranquilo. Y, a pesar de eso, me sentía raro, como si temiera haber cogido un virus peligroso en alguna parte. Lo entendí: mi bioPhone había captado en mí una corriente de inquietud y estaba surtiendo de melodías infrasónicas reconfortantes y consignas terapéuticas a mi cerebro. La terapia computacional afectiva funcionaba, me tranquilizaba, pero no me quitaba la conciencia de que me estaban tratando clínicamente desde el exterior. Los armonizadores habían ido a casa de Hedda porque me estaban investigando a mí, no a Hedda, y yo había acudido a la cita de los armonizadores creyendo que obedecía a mi voluntad y no a las órdenes recibidas sin conciencia de estar recibiendo órdenes.

Movió los labios uno de los armonizadores, movió las cejas, hablaba sin sonido, movió una mano, quizá pronunciaba alguna palabra que se tragaron las paredes de la habitación llena de silencio y fábricas electrónicas de ruido controladas por Hedda Evangelisti. Hedda parecía hecha de filamentos, alambres y placas metálicas de color humano, cabellera gris, piel pálida en la luz pálida, prolongación del suelo y las paredes, fibra de vidrio, lana metálica, malla metálica. Yo miraba la ventana: Piazza Dogana, la Zwölfmalgreiner Platz de Bolzano iluminada por reflectores volantes a las dos cuarenta y dos de la noche, una mujer entre dos árboles, una buscabasuras salida de los altos de la Gran Vía y superpuesta a las imágenes de la Zwölfmalgreiner Platz. Parecía saludar a alguien que como yo la miraba desde una ventana. Me sentía protegido. Dos horas antes me había inoculado cuatro microchips de invisibilidad alojados en una malla de polímeros. Se enrolla la malla conductora y con una aguja se inyecta en el cerebro para que se extienda. Las hebras son tan suaves y flexibles como el propio tejido cerebral y las células las envuelven y camuflan y acaban devorándolas. Y los chips de invisibilidad piden más chips, adictivos, siempre comidos por nuevos mecanismos de vigilancia. Vibró en ese momento algo en mi bolsillo, la placa discoidal, y dos placas iguales vibraron en las manos de los funcionarios de Armonización. Y el puño del que parecía estar usando un bioPhone fulguró a través de los dedos. ¿Iba a iluminarse también la placa que yo guardaba en el bolsillo? La mujer de la Zwölfmalgreiner Platz de Bolzano agitaba el brazo, llamaba a alguien, había reconocido a quien la miraba desde una ventana. Parecía una buscabasuras, pero era Rull, Ruth Rull, la farmacóloga. ¿Estaba en Bolzano? Me llamaba a mí. Vi como los labios decían mi nombre.

Ven aquí, ven aquí, escapa, decían.

Un gesto: me levanté, salí de la cámara anecoica, alerta a la

reacción inmediata de los dos funcionarios del Departamento de Armonización. No hubo reacción perceptible. Era probable que otros funcionarios se ocuparan de mí en cuanto abandonara la casa de la percusionista, si la placa que llevaba en el bolsillo no era el armonizador encargado de seguirme. No quería meterme en el ascensor, pero tenía que usarlo. En el caso de que hubiera bajado o subido por las escaleras, mis características biométricas habrían bloqueado mis movimientos. Prefería alejarme de allí a través de los tejados de la calle Sancti Spiritus, evitar el reflector que me había seguido hasta donde vivía Hedda Evangelista, pero entré en el ascensor y me reuní con una mosca que me miró con ojos de funcionaria del Departamento de Armonización e Higienización. Pegada a la pared reflectante de la cabina del ascensor, la mosca me veía dos veces: me veía y veía mi reflejo en la plancha metálica anticorrosiva, pared espía, con ojos y oídos y olfato y tacto. La electromosca echó a volar, ojos volantes miniaturizados, cámaras volantes. Volaba en punto fijo, siempre en el mismo sitio, frente a mí.

Abriendo puertas, cerrando puertas, dijo el ascensor.

No me siguió la mosca cuando salí: era la ascensorista. En la calle Sancti Spiritus, a las tres menos veinte de la mañana, había poca luz, la que llegaba de los habitáculos de los tejados. No me había esperado el foco volante. Un coche cortaba el paso hacia la calle Reyes Católicos. Los faros estaban apagados. Alguien se apeó del coche. Stein. Levantaba la mano de tres dedos, la que nunca salía del bolsillo. Me acerqué, y ya me había abierto la puerta del copiloto. Entré en el Xpeng P7.

Buenas noches, señor Vigo, dijo la sombra que ocupaba el asiento trasero.

No me había dado cuenta de que había un pasajero dentro del coche. Reconocí la voz. Giré la cabeza para ver la cara de quien me había hablado, y la cara parecía hecha de un material que no llegaba a acabar de formarse en la oscuridad del Xpeng 7. Había reconocido la voz. Era el señor del búnker, el asistente.

5

Salimos marcha atrás de Sancti Spiritus y al final de Reyes Católicos Stein giró hacia la calle Elvira. Se contaba que había ganado en las guerras orientales la licencia para circular por las áreas restringidas. Aceleró en Elvira, casi un callejón, y quizá por inercia o por pereza no dejó de acelerar hasta que frenó a las puertas del DumDum, mi estudio de grabación. Había decidido sin una palabra que íbamos al DumDum. Me había devuelto a mi casa por una calle que recorro a diario, pero, estando donde siempre, tenía la sensación

de haberme perdido, de no saber en qué dirección me movía o me movían. Cuando entrábamos en la calle Elvira, desde la oscuridad del asiento de atrás el señor del búnker me tocó el hombro. Entendí que me ordenaba volver la cabeza y mirarlo.

Oí la voz: Dígame, señor Vigo, ¿cuándo puede empezar su trabajo?

Las palabras me llegaban con retardo respecto al movimiento de los labios, como retransmitidas desde otro sitio. Los ojos brillaban. ¿A quién me recordaban esos ojos, ese acento propio de alguno de los centros periféricos?

Me llamo Bendixen, dijo, y situé en Oslo o en Copenhague el centro periférico del que procedía aquel modo de articular los sonidos.

Estábamos ya en la calle Cárcel Baja. Stein paró el XPeng P7 a la puerta del DumDum y me salvó de contestarle al señor Bendixen. Me concentré en abrir las puertas de seguridad, mirando espejos-pantalla y poniendo mis huellas en siete cerraduras diferentes. No sabía con exactitud qué esperaba de mí el que decía llamarse Bendixen. Si quería un lavado, un borrado, un raspado, un legrado cerebral, como me había parecido entender en el búnker, era algo que no entraba en las competencias que me conceden los departamentos de salud. A lo sumo, se me permitía recomendarle un buen rectificador de recuerdos, tengo relación con dos o tres profesionales. Las cosas que tampoco entran en mis competencias y, sin embargo, me arriesgo a practicar requieren la colaboración o el auxilio de la farmacóloga Rull. Sin Ruth Rull, no hay materia prima. No funciono. Necesito sus biomicrochips. Y la última vez que había visto a Rull estaba a dos mil kilómetros de distancia, en Bolzano.

Se encendieron las luces del DumDum, salieron a recibirnos las dos máquinas que se ocupan de limpiar, desinfectar, desparasitar, desinsectar y desratizar el local. Bichos de todas clases quieren extender al estudio los altos de la Gran Vía, la Costra, el reino de los buscabasuras. Las máquinas limpiadoras saludaban a Stein, su jefe, el jefe de la agencia de multiservicios integrales, fumigación y extinción de plagas. Se iluminaron en la palma de mi mano los dígitos subcutáneos del bioPhone: eran las dos y cuarenta y cuatro. Hacía menos de un minuto que habíamos salido de la calle Sancti Spiritus.

Aquel día, a las tres menos cinco de la mañana, Stein parecía muy viejo. La luz blanca había virado a un lila descolorido y a un gris amarillento, se amoldaba al humor que dominaba en la reunión y a la cara de los presentes. Bendixen se acariciaba el pelo rubio pálido, blanco, quién sabe cuántos años tiene, quizá treinta, hipopigmentación hereditaria, aunque podía tener ciento veinte, construido y reconstruido diez veces, conoce a Stein, un veterano de las guerras orientales, es decir, de por lo menos ochenta o cien años de

edad. Stein parecía amarillento o bronceado aquella noche, dorado, alimentado por las lámparas que surten de energía a su plantación de tabaco, y las máquinas limpiadoras lo seguían, más pegada a él la más introvertida, la que sufre una tendencia patológica a ensimismarse, a abstraerse. La máquina había trabajado antes en el secadero de tabaco de Stein, era afín a las plantas, y se ocupaba de mi almacén de detritus de otros tiempos. La otra máquina tiene otro carácter, es más nerviosa, en tensión siempre, consume más electricidad y algún día se quemará viva. Se acercaba a mí, que no me fío de las máquinas. Las máquinas limpiadoras son las confidentes más eficaces del Departamento de Armonización e Higienización. Colaboran con la armonía universal y doméstica, es decir, son indignas de confianza, delatoras. Registran entradas, salidas y encuentros en unidades habitacionales y laborales. Complementan la información captada por las cerraduras biométricas. Contribuyen a que la ciudadanía se sienta segura hasta en su propia casa, los más próximos son siempre el peligro más inmediato de toda criatura mecánica o biológica. Mis limpiadoras analizan mis basuras. Armonización e Higienización no desperdicia nada. A un metro de mí, la más intensa registraba mi ritmo respiratorio y mis ondas cerebrales a través de mi bioPhone implantado. Teniendo en cuenta que el estado de ánimo de la máquina se mimetiza con el estado de ánimo del usuario y puede colapsarse en momentos de tensión aguda, temí esa noche que los dos ardiéramos a la vez.

La máquina tímida se había ido a los pies de Bendixen, que tenía en ese momento cara de orquídea albina micoheterótrofa y manos de ingeniero neural o desactivador cerebral de Higienización, quién sabe, dedos largos, pálidos y finos. Me había amenazado con hacerme desaparecer, o así lo había entendido yo en el búnker, y no se me iba de la cabeza la posibilidad inmediata de ser disuelto quirúrgicamente del modo más civilizado, para que pudiera aprovecharse lo mejor de mí, la parte comercializable y consumible, material genético, pulmones, corazón, hormonas, glándulas, hígado y riñones, vida después de la muerte en el cuerpo de nuevos Bendixen y nuevos Steinway, o Stein, también lo llamo Stein. Decidí acabar con aquel momento, apagar la luz, echarme a dormir. Sabía lo que querían de mí, me bastaba lo poco que el señor Bendixen me había dicho en el búnker. Pero si no me asistía la farmacóloga, ni siquiera contaba con el material necesario para intentar la operación que Bendixen me exigía.

Dígame qué quiere, señor Bendixen, casi murmuré.

Y Bendixen murmuró también: No es para mí el servicio, es para una amiga.

Abrí el maletín color plomo. Había bajado al almacén de detritus en cuanto Stein y Bendixen desaparecieron. La Heckler & Koch USP seguía dentro del maletín: armazón de polímero, cañón y corredera de acero inoxidable. Es negra. Pesa menos de ochocientos gramos. Quien me vendió la HK me enseñó el nombre, la disposición y la utilidad de cada pieza, yo no había tocado nunca una pistola. Casi todo lo que guardo en el almacén tiene relación con algo que pasó y que yo no he visto o no recuerdo, o con algo que me está esperando en alguna parte. En el maletín se había colado un intruso: pegado a la HK, encontré un tubo dorado de unos siete centímetros de alto y algo menos de dos de ancho, divisible en dos partes y con un mecanismo giratorio que hacía salir del interior una barra de pintura roja para los labios, o eso me había dicho Stein una noche que me pintó los míos. En el tubo hay una inscripción: CT Made in Italy for Charlotte Tilbury NW6GRD Lost Cherry. A veinte metros de mí, dentro de la caja de resonancia del piano, empezó a zumbar el dispositivo telefónico que me dio Stein cuando me presentó a la farmacóloga. Es otro desecho: un prisma recto, negro, de trece por seis centímetros y seis milímetros de grosor, conectado a una red de comunicación basura. ¿Cómo se había infiltrado el teléfono en el piano? Las cosas se mueven solas, se juntan por afinidad en el almacén de basuras, sobre todo cuando las máquinas limpiadoras entran en el almacén. Me llamaba Utta Ohler, desde Hamburgo, y el oído se me llenó de un rugido de motor desahuciado, ruido blanco, interferencias, detectores de contactos clandestinos sobrevolando la señal. Algo le entendí a Ohler. Dos armonizadores la habían interrogado hacía dos horas.

No le dije que hacía dos horas los de Armonización también se estaban ocupando de Hedda Evangelisti. Ohler creía, o eso entendí, que a los armonizadores les interesaba una de las psicovisiones que Ohler + Evangelisti habían grabado en mi estudio.

La psicovisión de la mesa con dientes, concretó Utta Ohler.

Parece que un tal Cobo se había inyectado una de las visiones de Ohler + Evangelisti. La de la mesa con dientes, repitió Ohler. Y el tal Cobo había sido comido por su propia visión. Es lo que pasa cuando no se distingue entre la alucinación y la realidad y se pierde el contacto con el mundo exterior. Yo conocía a Cobo, grababa en mi estudio, artísticamente se llamaba Korg Electribe, Oldsmobile Toronado, Kenbak-1 o Kelvinator Fridge. A Cobo, a Korg, se lo había comido la mesa con garras en las patas de la psicovisión de Ohler + Evangelisti, o eso entendí. Lo encontraron en su casa, destrozado a dentelladas y zarpazos.

Creo que estamos en peligro, dijo Utta.

Interrumpió o se interrumpió la comunicación. Yo era consciente

de estar en peligro. Podía retirarme una temporada, cerrar el Kontakte y el DumDum, evitar a los que buscan invisibilidad, a mis artistas, a mis clientes. No tenía ni siquiera que vender mi colección de basura. Disponía de suficiente liquidez en dinero invisible y visible para vivir toda la eternidad, es decir, cinco o seis años. Pero preferí coger la HK, a pesar de que no estaba seguro de saber usarla, y la pistola me dio instantáneamente calor. Se desconecta uno del flujo económico continuo y acaba en los altos de la Gran Vía, en la Costra, a solo treinta pasos del DumDum, en el vertedero, ahogado en mierda. Yo quería mantener la conexión con el flujo económico.

Me desperté once horas después de haberme quedado dormido a eso de las nueve y media de la mañana. Nunca había dormido tanto. El sueño era el único escondite donde me sentía seguro y el fenobarbital era el amigo que me lo ofrecía, si el amigo no era quien me había dado el fenobarbital, magia química fósil: Stein. Me puse la cazadora acolchada que se había dejado en el DumDum uno de mis artistas, no sé cuál, un refugio para la Heckler & Koch USP; el nombre de la pistola hubiera sido una buena marca registrada para firmar las grabaciones futuras de Cobo, de Korg Electribe, si Korg estuviera vivo. Llegué al Kontakte a las once y cincuenta y siete, tres minutos antes de que el dúo Arbeitskraft empezara la sesión de aquella noche.

A las doce en punto se produjeron la explosión y el cortocircuito simulados con los que Arbeitskraft anunciaba sus actuaciones. Se encendieron los reflectores, el local se llenó de humo y ruido y flujos de luz verdevioleta. Utta Ohler apareció en las pantallas, agarrada a su violonchelo y rodeada de ordenadores y procesadores de sonidos en su fábrica de la Budapester Strasse de Hamburgo. Ciento cincuenta personas se lanzaron a bailar en el Kontakte. No llegué a la escalera que lleva a mi oficina. Me cortó el paso uno de mis clientes. Me acercó la boca al oído para que lo oyera y, aunque gritaba, apenas lo oí.

Necesito verte, me dijo.

Ya me estaba viendo y yo lo estaba viendo a él: ojos despavoridos, peligrosos.

Quiero verte en tu estudio, no aquí, dijo, y se tocó la tapa de los sesos, como si llamara a una puerta.

No tengo nada, le dije, no me abastecen, no hay material.

No me oía, me leía los labios. Me empujó. Ojos más peligrosos, más despavoridos.

No me toques, tienes en la barriga una cosa que te puede hacer un agujero más grande que tu cara, le dije sin una palabra, moviendo los labios, en el tono de quien cuenta un secreto íntimo.

Le había clavado en el estómago el cañón de la HK. Algo de material me quedaba, pero era para mí, todo para mí. Necesitaba más

invisibilidad que nunca. Cerraba los ojos y veía a Korg Electribe con su traje de auténtica piel sintética de tiburón hecha de dentículos, podías cortarte si pasabas la mano a contrapelo. Lo veía protegerse de la visibilidad absoluta con sus propios brazos, rasgarse y devorarse a sí mismo en un ataque de pánico, lo veía revolcarse en su mesa con dientes y garras en las patas. En las pantallas de mi oficina el dúo Arbeitskraft seguía su concierto.

Pedí un coche autónomo. Prefiero los autónomos, me siento más seguro en un autónomo que en un vehículo conducido por seres humanos. La sensibilidad y las facultades perceptivas e intelectuales de un autónomo son superiores a las de un ser humano. Si aquel día un ser humano me hubiera tenido que llevar a mi destino, nos habríamos perdido a las seis de la mañana.

Para llegar al agujero entre dos centros periféricos en el que vivía Stein había que sortear los pilares de la autovía elevada, bajo los bloques de habitáculos fabricados con basuras y material de desguace que han crecido en el asfalto. Mi autónomo pisaba sin miedo las plantas que crecen en torno al río y se comen la carretera después de cubrir las pistas de aterrizaje. Son rastreras. Tienen aguijón y dientes. Vi aquel día la zona en la que se funden con el río seco en un flujo de poliepóxidos. La casa de Stein ocupaba el centro de un círculo de tierra pelada que no cruzaban ni las hierbas. No había cerraduras ni barreras biométricas de ninguna clase. Stein las consideraba inútiles, quizá porque nunca dormía, o esa impresión me daba. Le pedí al vehículo autónomo que me esperara treinta minutos. La casa, un secadero de tabaco abandonado, estaba apagada, no esperaba a nadie. Empezaba a salir el sol y todavía flotaba en el cielo la luna casi llena. A través de un marco de tablas vi murciélagos verdes y acéfalos colgando de una viga, hojas de tabaco. Cuando llegué a la entrada de la casa, la puerta principal se abrió.

Te estaba esperando, dijo Stein.

Me miró, miró al vehículo autónomo, parado con los faros encendidos, frente al secadero. Los ojos azules eran una habitación vacía o tan negra que no se veía nada de lo que pudiera haber en el interior.

¿De dónde has sacado la cazadora?, dijo.

Había cerrado la mano izquierda alrededor de mi muñeca derecha y con la mano de tres dedos auscultaba la chaqueta acolchada, de franjas amarillas, azules y rojas, como el uniforme de la sección de mercenarios papales suizos que protegen la catedral.

Bonita coraza, dijo. Y buen material tu HK, dijo también, como si tuviera rayos X en los dedos expertos en armas antiguas. Ven, siéntate.

Cogió la jarra de agua y me llenó un vaso, y no era agua, era vodka. Me bebí la mitad en dos tragos, veintiocho segundos y la angustia se cura. Stein lió un cigarro con tres dedos. El humo bailó entre aquellos muros calados, protegidos por cortinas de aire térmico. La luz naciente circulaba como el aire. El vodka me desató la lengua. Hablé de la bioelectrónica proscrita que vendíamos, del peligro de vivir en el mundo de los invisibles. Los mismos invisibles me podían hacer daño sin que lo evitara la sanidad social preventiva.

En cuanto no pueda abastecerlos de mis burbujas de invisibilidad, me matan, no tengo materia prima, no está la farmacóloga, dije.

Aparecerá, hay tiempo para todo, es lo que más hay, tiempo, dijo Stein, que tenía más de cien años.

Estoy harto del tiempo, dije. El futuro no es lo que tengo delante, lo tengo detrás, se me echa encima, me empuja, y estoy cansado de que me empujen, dije.

Alguien me estaba mirando, algo que no estaba antes en la habitación. Me volví. Podía ser un hombre o una mujer. Podía ser yo en albornoz, con el pelo azul y anaranjado como la cola de un pez verde, húmedo, cortado a tijeretazos, y un calcetín azul y otro negro.

Mi amigo ha venido a verla, señora Ferrer, acérquese, dijo Stein.

Allí estaba la señora Ferrer, lejos de su búnker y del señor Hu, albornoz blanco, viejo, calcetín azul y calcetín negro, pelo como la cola de un pez verde. Tenía la piel tan blanca que desaparecía en el blanco del albornoz, devorada, borrada, camuflado y fundido el blanco en el blanco. La luz del secadero de tabaco la tintaba como un cosmético. Se sentó a un metro de mí, ojos verdeamarillos, muy abiertos, biónico el ojo izquierdo, o eso me pareció. Me miraba y, sin palabras, me decía Te conozco, llevo meses ocupándome de ti, te he resuelto problemas que ni siquiera sabes que tienes.

Bebe más, dijo, y pareció que repetía una frase dictada desde otro sitio a través de un bioauricular injertado.

¿Qué quieres?, dije, y no bebí.

Lo de siempre, contestó, lo que compras y vendes. Pinchas cerebros, ¿no es eso? Allanamiento, inspección y saqueo de la conciencia superficial y profunda. Eres como las máquinas de tu amigo Stein, aspiras, limpias, desparasitas, esterilizas, agencia de multiservicios integrales, fumigación y extinción de plagas.

La voz de la señora Ferrer se parecía a la del ascensor de la casa de Hedda Evangelisti. Sin decirlo, decía que, en caso de no obedecer sus instrucciones, me disolvería en el aire sin darme cuenta de que me estaba disolviendo. Pero no me disolví. Se me disolvió el miedo que llevaba dentro desde que se presentó en el DumDum la armonizadora. Se disolvió la sensación de amenaza continua, aunque la voz de la

señora Ferrer sonara a amenaza. Oír aquella voz me extraía de mi realidad, como si las palabras me integraran en una gran organización, uno de esos superorganismos marinos de cuarenta y siete metros de largo formados por una cadena de minúsculas criaturas o células especializadas en distintas funciones para asegurar la supervivencia común: captura de alimentos, digestión, reproducción y propulsión. Aquella voz me curaba el miedo y me pedía que pinchara un cerebro. Me pedía más.

Desinsectas, exterminas y metes bichos nuevos, dijo la señora Ferrer.

No puedo, no tengo instrumental, dije.

Me avisó mi bioPhone: faltaba un minuto para que se cumplieran los treinta que debía esperarme el vehículo autónomo. Pero no me moví. La señora Ferrer se me acercó, alargó la mano, buscó bajo mi guerrera de la legión papal, encontró y cogió la HK.

Polímero, acero y trece cartuchos, dijo.

Era zurda la señora Ferrer y estaba apuntando a mi ojo derecho.

Vi el círculo de tierra iluminado por el reflector de la libélula. La máquina-insecto, detenida en el aire, en vuelo fijo, aleteaba y levantaba polvo y hojarasca, aunque allí no crecía ningún árbol. Entramos en el círculo de luz y el batir de las cuatro alas hizo más pesados nuestros pasos, como si aumentara la fuerza gravitatoria de la tierra. No había sonido. La libélula era silenciosa como una araña. Medía trece o catorce metros, pero ni siquiera producía el zumbido de una libélula animal de seis centímetros de longitud. El exoesqueleto blindado tomaba el color osmio que el cielo tenía en ese momento y, cuando se acercó al suelo, mimetizó el color de la tierra seca sobre la que agitaba las alas. Un murciélago cayó del cielo, fulminado quizá por un infarto. Nuestras sombras crecían conforme la máquina iba descendiendo. El vehículo autónomo había seguido mis instrucciones, me había esperado treinta minutos y se había ido sin mí. Se posó la libélula, se abrió la compuerta de la cabina, la señora Ferrer me invitó a subir a bordo. Le había devuelto el albornoz a Stein y se había acorazado en un hermético traje negro y una camisa negra hermética. Ya no me apuntaba con la HK.

Aceptaste un trato, había dicho hacía una hora con el cañón de la HK a un metro de mi cara. Diste tu sí, querías trabajar para nosotros, ibas a poner a bailar tus electrodos y tus biochips en nuestro honor, dijo.

Poco voy a bailar si la que pincha mi cerebro es usted, señora Ferrer, si me pega un tiro, quiero decir, dije.

Ferrer siguió hablando como si no me hubiera oído.

Si deshaces el trato, eres tú el que será deshecho. ¿Entiendes?

Aceptaste y automáticamente se han abierto dieciséis vías de crédito a tu favor a cargo de nueve corporaciones y organizaciones distintas y no interrelacionadas. Por mucho que gastes antes de desaparecer y ser olvidado de acuerdo con la costumbre, solo serás un apéndice ínfimo en los gastos de procesamiento de basuras y abastecimiento de agua carbónica para el personal de alguna suborganización anexa a otra suborganización, me anunció la señora Ferrer con la solemnidad con que se notifica a alguien que se le considera un subdelincuente.

Así me enteré de que era rico. Estábamos todavía en el secadero de tabaco y el ojo del cañón de la HK seguía mirando a mi ojo derecho. Y ahora volábamos juntos en la cápsula que formaba uno de los ojos de la libélula, y la pistola iba en mi bolsillo. No había piloto a bordo. No había tripulación. El piloto que conducía la máquina estaba a quién sabe cuánta distancia. Volábamos hacia el sureste, hacia el sol y los montes nevados.

6

Vi entre la nieve vegetales fosilizados, vulcanizados, o algo que me pareció vegetal y de piedra a la vez, verde y en transformación, al sol. Vi las cabras montesas, pero hacía cuatro horas había visto una cabra igual que atravesaba la sala del observatorio, y las cabras llevaban extinguidas cincuenta o cien años. El cielo era tan claro que parecía una pantalla, tan artificial como la luna que la noche antes brillaba sobre el secadero de tabaco donde vivía Stein.

Estábamos en un observatorio astronómico abandonado y reconstruido. De noche la luz era blanca amoratada y salía de lámparas que colgaban del techo como arañas sin patas. Había en la pared manchas de óxido, vivas, creciendo. Pero me creía más seguro en aquel observatorio que cerca del Kontakte o del DumDum. Me creía lejos de mis clientes, de mis invisibles, y en ese momento el mundo de mis invisibles me parecía peligroso. Los mismos a los que yo convertía en invisibles me harían daño sin que lo evitara el Departamento de Armonización e Higienización en cuanto no pudiera abastecerlos de mis burbujas de invisibilidad. No podía abastecerlos. Me faltaba materia prima. Y la farmacóloga se había perdido, no estaba, a pesar de que la señora Ferrer y sus socios me dijeran que se presentaría cuando la necesitáramos. Dejé de mirar a través de la cristalera, me volví hacia la señora Ferrer. Estaba más blanca que nunca. Se había despintado en las últimas horas, como si la destiñera el paso del tiempo, cara nueva, nunca vista, aunque seguía siendo la misma que miré antes de dormirme. En las sábanas blancas las uñas parecían sucias, como si hubiera desmontado y montado la HK. Tenía los ojos abiertos. O dormía con los ojos abiertos o no dormía nunca.

Estás ahí, dijo la señora Ferrer, voz ronca, resquebrajada durante la noche. La voz se había hecho más lenta, menos sólida, se diluía con la luz. Estás, repitió, y hubo un corte. Pensé en una pérdida de contacto con el centro emisor que le dictaba las palabras. La cortina cubría medio ventanal y la señora Ferrer, con el sol iluminándole medio cuerpo, parecía cortada en dos, mineralizada, ojos de pájaro, esqueleto que, si era humano, estaba hecho con huesos de pájaro. Miró a la puerta de cristal y en el cristal esmerilado vi la sombra. Se acercaba la sombra, crecía. Se abrió la puerta: el señor Hu, tal como había sido en el búnker del Lamborghini quemado, o una copia, una imagen repetida, un individuo igual que Hu con la cara de Hu injertada. En los últimos tiempos los individuos no eran quienes parecían ser y los que miraban a través de sus ojos podían ser otros. Hu me enseñó lo

que guardaba en el puño, un vial-jeringa listo para clavarse en algún sitio y la señora Ferrer se tocó el brazo izquierdo, señalándome el punto donde Hu me iba a pinchar.

El señor Hu ha venido a verte, dijo la señora Ferrer, y la voz me llegaba disociada del movimiento de los labios.

Acepté la inyección. Entendí que el observatorio astronómico no era un refugio. Era el tubo de ensayo donde me cultivaban como a un virus, bajo custodia y en condiciones permanentemente vigiladas.

Y entonces me vi en Piazza Dogana, en la Zwölfmalgreiner Platz de Bolzano iluminada por reflectores volantes, en la madrugada llena de gente multiplicada en las pantallas volantes. Había música, baile, ojos luminiscentes que despedían haces de luz, la nueva ola de la moda, corazas de crisomélidos metalizadas, verdes, azules, broncíneas o rayadas como los uniformes de los mercenarios papales suizos que protegen la catedral, pieles sintéticas, antenas y colmillos y patas dentadas de saltamontes, Arbeitskraft a todo volumen en los altavoces volantes. Hedda Evangelisti tiene en su refugio de la calle Sancti Spiritus una ventana que da a Bolzano, a la Zwölfmalgreiner Platz. En ese momento debía de manejar sus aparatos en la calle Sancti Spiritus, y estaría tocando en el Kontakte y en otros cien o doscientos locales de la Tierra, con Utta Ohler y su chelo en Hamburgo. Las pantallas marcaban las dos y cuarenta y dos de la noche. Eran las nueve de la mañana cuando miré la punta de la aguja, una gota en la punta de la aguja, transparente. ¿Habían pasado más de diecisiete horas? Estaba mirando los ojos del señor Hu, biónicos, verdes e iridiscentes como el escarabajo de la menta, y sentí el pinchazo. Herví. Caí en una de esas cápsulas esterilizadoras que usan en los laboratorios: quince o veinte minutos, vapor de agua a alta presión y a ciento veintiún grados Celsius. Me coagulé. Se estrelló contra mí, dentro de mí, la libélula de catorce metros de largo y dos toneladas de peso que me había llevado al observatorio en ruinas. Desaparecí treinta segundos o quince minutos o cientos de años. Eran las nueve de la mañana en Sierra Nevada. Las pantallas decían en Bolzano que eran las dos y cuarenta y dos de la madrugada. Creí verme entre la multitud. Era yo, estaba en Bolzano, seguía siendo yo, me toqué la cara con una mano que parecía de caucho helado, como si la Zwölfmalgreiner Platz, climatizada, a veinte grados, fuera un congelador. Desde la ventana de Hedda Evangelisti había visto a la farmacóloga en la Zwölfmalgreiner Platz. Aparecieron en las pantallas Utta Ohler y Hedda Evangelisti, en Hamburgo y en Granada, violonchelo y ordenadores. Desde la ventana de la calle Sancti Spiritus, en Granada, se veía bailar a la multitud en la Zwölfmalgreiner Platz. Si la farmacóloga, Rull, Ruth Rull, seguía en Bolzano y en la Zwölfmalgreiner Platz iba a ser difícil encontrarla en

aquel baile.

Stein la había conocido en Bolzano, cuando vivía en la planta alta de una tienda de ojos. ¿Existía la tienda de ojos? Era propiedad de un austriaco, lo decía Stein, y quizá tuviera la tienda en ese momento a dos pasos de mí, en la misma Zwölfmalgreiner Platz. ¿Me habían puesto a seguir el rastro de la farmacóloga? Las cámaras registraban cada uno de mis movimientos, el bioPhone reglamentario que llevo injertado en la palma de la mano me localizaba con exactitud e incluso registraba mi estado de ánimo: medía mis pasos, el peso de mis pisadas. Los pasos cambian como cambia la voz, según el estado de ánimo y la fuerza que se les imprime. Mil ojos electrónicos seguían mis pasos, pasos prevenidos o inducidos, detectaban mis movimientos o los dirigían, siempre en un tubo de ensayo, me encontrara en Bolzano o en el observatorio de Sierra Nevada, siempre convertido en cadenas de algoritmos alfanuméricos que circulan entre dispositivos bioelectrónicos. Activé mi biotraductor automático, visión y audición, perceptores de imágenes y sonidos, procesamiento de señales mioeléctricas, movimientos de los músculos faciales, de los labios, contracción de las cejas, gestos de las manos, voz. Estaba en Bolzano. Capisco l'italiano, forse lo parlo, ma non so il tedesco. Interferencias. El ruido retroindustrial de Arbeitskraft impedía que me entendiera con las criaturas que tenía más cerca y con las que mi biotraductor conseguía conectar.

¿La tienda de ojos propiedad de un austriaco?

Un asiático que podía ser una asiática, o ni un asiático ni una asiática, me habló de cómo se vivía más al norte, en Schwaz o en Innsbruck. Yo hablaba de una tienda de ojos propiedad de un austriaco y me mandaban a máquinas expendedoras de comprimidos nutritivos. El violonchelo de Utta Ohler y las percusiones de Hedda Evangelisti se convirtieron en un estridular masivo de langostas y una plaga de langostas fluorescentes incendió el cielo. La multitud gritó, exorbitó. Eché a andar. Entre los ruidos del dúo Arbeitskraft oía un tictic, como si me siguiera una cucaracha, quizá una alucinación auditiva. Salí de la plaza, tomé una calle que se llamaba Andreas Hofer y me pareció que la música de Arbeitskraft había aplastado a la cucaracha. Ya no me seguía.

¿Estaba protegido? No sabía si aún operaban los cuatro microchips de invisibilidad que me había inyectado. ¿Cuánto tardaría el cerebro en devorar la malla que sostenía los microchips? El tejido cerebral va envolviendo la malla, y la protege, y la oculta, y acaba devorándola: disolución de la invulnerabilidad. Cesan los efectos de mis implantes cerebrales, mis bloqueadores de los neurochips de detección y control,

y el cerebro pide una nueva dosis de invisibilidad. Síndrome de abstinencia.

La música de Arbeitskraft llegaba a la Andreas Hofer Strasse. Subí hacia el oeste por aquella calle comercial de paredes blancas y espejos metálicos y cristaleras iluminadas, mercancías, ropa nueva, ropa usada, exoesqueletos de escarabajo y crustáceo para todos los tamaños humanos, lo que había visto en el baile de la Zwölfmalgreiner Platz, materiales biosintéticos, corazas de coleópteros, garras y ojos, élitros, tentáculos, taladros, trompas y alicates, plantas carnívoras, resplandor eufórico agudizado por el vuelo de las langostas y la luz de los proyectores. Una escuadrilla de bombarderos biplaza extinguidos hacía mil años sobrevoló Bolzano, música de Arbeitskraft, alarmas antiaéreas, bramido de las sirenas de los aviones que desaparecían cuando iban a estrellarse en picado sobre los tejados de las casas. Austriaco, tienda de ojos, grité ante una mujer de dos metros de altura. La cabeza viva de tritón que la mujer llevaba injertada en la frente se inclinó para mirarme, cerró y abrió los ojos. Lengua protráctil, saltaba para clavarse, como una aguja. La mujer miraba al cielo, a los bombarderos Stuka, no a mí. Me cogió por los hombros y me hizo girar ciento ochenta grados. Me vi ante lo que quizá había sido una puerta de cristal y ahora era una plancha metálica. Si alguna vez se había vendido algo allí, fue hace mucho tiempo. Me vi en el metal, convexo, abombado, deformándome.

7

Levantó la placa de protección, hincó la aguja, me inyectó. Inyección cerebral. Choque de vacío. Esperé la conexión sin cerrar los ojos. Fuera, en la Zwölfmalgreiner Platz o en la Andreas Hofer Strasse, seguía la vida sin estaciones, climatizada, ni noche ni día, iluminación sin sombras, la tierra y el cielo del mismo color, pero en la cueva estábamos casi a oscuras, solo brillaba el círculo de luz que proyectaba la lámpara quirúrgica, sin sombras, como la luz de la calle. Se apagó la lámpara. La jeringa estaba en un plato. Caía luz de una ventana en la planta alta. En el suelo y en las paredes y en el mostrador de zinc crecía musgo fosforescente. Se encendió una luz gris. Sentía los primeros efectos de la invisibilidad, cómo se me calmaba el corazón, vi lo que no había visto antes, restos de lo que parecía agua en el suelo y en las paredes y en el mostrador, olía a semillas fermentadas, del techo colgaban murciélagos cabeza abajo, desde un charco en el mostrador me miraba un animal cilíndrico como una serpiente o una anguila, incoloro, paticorto, tres dedos en las patas delanteras y dos en las traseras, sin ojos o con los ojos cubiertos

por la piel, agallas como plumas al final de la cabeza, translúcido, se veían los intestinos a través del abdomen. Sentí dentro el resplandor eufórico de la calle, euforia sedante, se calmó el pulso, la respiración se volvió tranquila, se fue el malestar. Rull, la farmacóloga, se había rapado la cabeza, vestía como una buscabasuras, trozos de lonas a prueba de agua y fuego, cueros, policloruros de vinilo viejo, colorines, cuerdas, hilo de cobre. Tenía cara de llevar muchas horas sin dormir. La mujer con la cabeza de tritón en la frente nos miraba, el tritón cerraba los ojos. Tres formas humanas parecían tratar de negocios en torno a una mesa, hablaban en voz muy baja a tres metros de la jaula quirúrgica en la que Rull usaba sus agujas. No se sabía si respetaban el trabajo de la farmacóloga o traficaban con secretos. Uno se levantó. Me señaló. Imitó con dos dedos el abrir y el cerrarse de unas tijeras, movió la mano derecha como si agitara un dado.

Es un armonizador, lleva encima una placa de Armonización, fue lo que dijo, o eso entendí.

Parecía miembro de alguna orden de subdelincuentes, o policía, aunque no existía la policía, extinguida como tantas especies animales. Se hablaba de la policía y nadie había visto nunca policías, quizá porque eran como los microbios, tantos y tan invisibles, o eran tantos que no se distinguían y se confundían con la multitud. He oído que todos somos policías, vigilantes, inspectores, sensores, detectores, localizadores, micrófonos y cámaras andantes. El individuo que me señalaba iba de negro como el señor Hu y la señora Ferrer y el señor Bendixen, y se había implantado en la frente un ojo de visión nocturna. Puse la placadisco de carburo de silicio en el mostrador y la iluminó la lámpara quirúrgica. La farmacóloga salió de su jaula y examinó la placa encima del mostrador de zinc. La placa me miraba.

No hubo reacción en los dos seres que acompañaban al individuo de los tres ojos. Impasibles como los murciélagos que colgaban del techo, imperturbables como un aparato que no responde a las directrices recibidas y ni siquiera se enciende, tanta inexpresividad podía ser una forma de hostilidad. El hombre de los tres ojos palpó la placa, conectó en algún punto un microsensor explorador, se llevó un dedo a la sien. La información llegaba despacio. Cerró dos ojos, quizá para ver mejor los datos que parecía ir recibiendo, y a los cinco segundos los ojos se abrieron mucho, como si vieran lo que no esperaban. Salió humo del ojo de visión nocturna, fluido verde salía de los otros dos ojos y le corría por la cara como lágrimas clorofílicas, del color del musgo fluorescente que crecía en las paredes. La mano derecha quiso extraer el microexplorador. No pudo. Convulsiones. Parpadeo espasmódico. Espuma en la boca. La cara se deformó como

si estuviera a cincuenta centímetros del peñasco contra el que iba a estrellarse. La mujer tritón arrancó de la placa-disco el microexplorador, el tritón proyectó la lengua a la caza de un insecto invisible, y el hombre de los tres ojos se estrelló contra la roca, cráneo reventado, cara deshecha, sangre por los oídos, la boca, la nariz y los ojos.

Pero Rull no vivía en la cueva que había sido tienda de ojos, sino en las alturas de Bolzano, en la cáscara, en la Costra, pústulas, aire con poco oxígeno y gente en movimiento siempre lista para irse de donde está, moscas que echan a volar si las roza una sombra. La farmacóloga vivía en una cabina de ascensor de cristal con capacidad para doce personas, extirpada de alguna ruina e incrustada entre contenedores y detritus de lonas y plásticos prohibidos. La puerta, que alguna vez habría sido metálica, era un ensamblado de cuatro planchas distintas de polipropileno. Polietileno negro de alta intensidad cubría las paredes de vidrio. Para llegar a la cabina cruzamos una telaraña de tubos, cables y plantas animales omnívoras, angustiadas, trepadoras, psicóticas. Escoltaban la entrada al campanario de una iglesia asaltada y convertida en local de baile. Música. Al reloj de la torre le habían arrancado las agujas. Imaginé que, también en Bolzano, la religión descendía a las urbanizaciones subterráneas y la catedral resistía defendida por la legión de mercenarios papales suizos. Las criaturas prósperas y felices que van a la iglesia descendían al subsuelo y ocupaban estratos cada vez más hondos. Los niveles más profundos son los más deseados, corporaciones, laboratorios, bancos, praderas y bosques, circulación fluida aeroterrestre, servicio de ascensores y conexiones verticales y horizontales, centros comerciohabitacionales clase Paraíso. En un ascensor en ruinas, en las alturas de Bolzano, sobre la Weggenstein Strasse, casi al pie de los montes, la farmacóloga me explicaba por qué estaba yo aquella noche en aquella cabina de ascensor.

Música en el campanario de la iglesia, ruido y temblor, trepanación, perforación, termitas del tamaño de un siluro, martillos neumáticos, una tuneladora, nubes de humo polvoriento.

Aquí no hay lugar fijo para nadie, es difícil aislarse, dijo la farmacóloga. No hay paredes seguras, y yo trabajo fuera de la norma, lo diré así, con otros y para otros fuera de la norma más poderosos que yo, dijo, y apartaba con la mano el polvo, motas flotantes quizá receptoras y recopiladoras de información ambiente para un único procesador de información general, inteligencia en red como la de una colonia de hormigas.

Me dan los medios necesarios para trabajar fuera de la norma, dijo

la farmacóloga. Son personas con más medios que yo y fuera de la norma como yo, si no son parte de los sistemas de Armonización e Higienización, o las dos cosas a la vez, dijo la farmacóloga, la buscabasuras, cabeza rapada y harapos con la propiedad de presentar distintas coloraciones según la dirección en que se los mirara.

Stein me había dicho que Rull se había inyectado tantos biochips que era una computadora, bloques de datos y metadatos que interactuaban entre sí mediante procedimientos criptográficos.

¿Bendixen, Ferrer, Hu?, pregunté.

Digamos que por el momento colaboramos, Bendixen y yo, dijo Ruth Rull.

Estoy aquí, por seguridad, dijo, como si no recordara que acababa de decirme que donde estábamos no había paredes seguras. Si quería Bendixen que participara en su operación, tenía que verte, fue la condición que le puse, dijo Rull.

¿Para qué? ¿Verme para qué? No me necesitas para trabajar, solo soy tu vendedor, no más, dije.

No respondió. Sacó un plato de comida chatarra de un frigorífico que llevaba sin funcionar cincuenta o sesenta años. Tenía escrito un nombre en la puerta, Miele, negro como el polietileno de las paredes. Carne chatarra. Chucrut chatarra. Se habla menos con algo dentro de la boca. No toqué la comida.

Come, dijo.

Alargué el brazo, rocé con el dedo la cabeza de un mandarín de porcelana, y la cabeza dijo sí, sí, sí sin parar. Al revés, en el suelo, junto a un maletín que podía ser el de una Heckler & Koch, vi la señal de tráfico, el rótulo azul oxidado, raspado, Fuerza Aérea Argentina, una vez yo había cruzado una avenida que se llamaba así. Cogí y miré el coche miniatura, un DeSoto, negro como una cucaracha deforme, aparcado encima de la estera que servía de cama. Vi la lámpara de vapor de mercurio guardada en una urna como una santa madonna. Eran las cosas que yo guardaba, mi almacén de objetos viejos y perdidos que han sobrevivido a su propio uso, inútiles, mi depósito de basura, en mi estudio, en el DumDum. Eran mis cosas. Muchas no me recuerdan nada, son parte de algo que pasó y yo no viví, pero son mis cosas, y las encontraba en Bolzano, en un vertedero. Me esperaban en un ascensor de los tiempos de la lámpara de mercurio, y yo sentía aquel calor falso de familiaridad falsa.

Si tenía que trabajar contigo, tenía que verte, dijo la farmacóloga. Quería tenerte cerca, en persona, sin conexiones por medio, sin interfaces manipulables, dijo.

Estaban llamando a la puerta.

Acababa de llegar de Bremen, o eso dijo. Era Stein, Steinway, o Voight, como lo llamaba la farmacóloga, Voight o Stein. Dijo más: Nos vamos.

No dudó Rull. Estaba preparada, parecía haber estado esperando a Stein, que fumaba en la puerta, dedos fuertes y viejos, solo tres dedos. Añadía humo al humo y al polvo. Rull se envolvió en un impermeable transparente como el de la armonizadora Ololquiaga, que quizá siguiera buceando en la bañera de Rull, y cogió su caja de herramientas, su laboratorio ambulante. Podía transportar equipo quirúrgico, un taladro o un subfusil FN P90 de los tiempos de las guerras de Oriente.

Vamos, repitió Stein desde la puerta, y obedecimos.

Seguimos a Stein. Contenedores y carlingas de avioneta convertidas en cuchitriles se nos echaban encima con sus habitantes. Luces arrancadas de la calle, bultos a punto de deshacerse se movían, salían a tragarnos mientras cruzábamos pasillos, pasarelas y callejones. Stein tiró al suelo lo que quedaba del cigarro, pisó la colilla y apartó con el pie un ciervo volante más grande que las máquinas limpiadoras que trabajaban en el DumDum. Las mandíbulas del insecto eran como cuernos de venado. Voces parásitas crepitaban en el aire sucio, interferencias electromagnéticas, filtraciones entre equipos electrónicos. Un individuo de aspecto funcionarial, soñoliento, en un traje arrugado y cansado, nos hizo una señal de alto antes de que alcanzáramos el arco que daba acceso al aire libre. Una luz antigua, amarilla, le rebotaba en la cabeza calva y redonda. Parecía esperar a alguien y saber que el esperado no iba a llegar nunca. Stein sacó del bolsillo un tubo metálico, un salvoconducto quizá, y sin una palabra lo apoyó en el pecho del guardián de la puerta. Electroshock, convulsión, ojos en blanco y sangre por la nariz, vómito blancuzco, derrumbamiento. Estábamos en un montacargas, no bajábamos, subíamos. Vi la libélula, proyectaba haces de luz, flotaba sobre unos depósitos de agua que servían de bloque de viviendas y hotel. Hotelux, decía un luminoso fundido. Usamos la escalera de hierro de los depósitos para acercarnos a la libélula. Un inquilino se asomaba a través de una claraboya y se agarraba a los bordes para no ser derribado por el aleteo de la máquina. El impacto del aire que movían las alas le deformaba la cara. La libélula soltó un cable con arnés. La farmacóloga fue la primera que subió a bordo.

8

Salió la libélula de los túneles que llevaban a las profundidades, a Bolzano Nova, y volamos sobre las avenidas y el bosque. El cielo

subterráneo era azul. Los vehículos aeroterrestres con los que nos cruzábamos circulaban con la seguridad de quien se dirige hacia un objetivo tan limpio y razonable como aquel cielo.

Ningún vehículo aeroterrestre sobrevoló el jardín en el que tomábamos el sol. Era un lugar que ya conocía, aunque no lo hubiera visto nunca: jamás había estado en un jardín semejante. Quizá el cansancio me hiciera ver doble en el tiempo como a veces veo doble en el espacio: veía en el pasado el presente, el futuro que me había esperado hasta ese momento. El sol, bajo, invernal, era pálido como el señor Bendixen. De entre los árboles salía el tamborileo de un pájaro picapinos, un aviso a los intrusos que invadían su territorio. La libélula de catorce metros descansaba en el césped como sobre una brizna de hierba. La señora Ferrer, voz sintética de ascensor, hablaba de algo que había pasado en Marrakech. Sobre la mesa de cristal, en una urna, en el centro, había una HK USP con la culata gastada, empuñada muchas veces. Tengo una igual en el DumDum, en mi colección de basuras. En la ruina de ascensor en el que vivía Rull en Bolzano un mandarín decía sí con la cabeza si le ponías un dedo encima. Era como si hubieran saqueado mi almacén de recuerdos de otras épocas, recuerdos no míos convertidos en recuerdos míos, como ahora era mía la ropa que encontré en mi habitación de invitados. Quedaban dos sillones libres, se esperaba a la farmacóloga y a Stein, o Voight, como lo llamaban Bendixen y Ferrer y la farmacóloga Rull. Faltaba el señor Hu.

Me miraba Bendixen, rubio, menos que rubio, pigmentación pálida, más blanco al sol, manos y cara de ingeniero neural. Pálido, como Bendixen, un caracol sacaba los cuernos, los tentáculos-ojo, y escalaba la pata de la mesa de cristal. La señora Ferrer, a mi derecha, dirigía hacia mí el ojo biónico, verde amarillo. Tres lobos salieron de entre los árboles, se acercaron a la libélula, olfatearon el aire y volvieron al bosque. Me sentía bien.

Qué cielo tan claro, dije.

Estamos en el subsuelo, a ciento doce kilómetros de la superficie, dijo Bendixen, y algo vi en el cielo. El telón azul se deshacía, interferencias, ruido electromagnético, nieve electrónica. Se coaguló la nieve, hielo negro, como si acabara de conectarme a un inyector de psicovisiones, y me vi dentro de las alucinaciones sonovisuales de Korg Electribe, captando ruidos cerebrales en los bajos fondos de la conciencia de Korg Electribe. Las había grabado yo en el DumDum, un encargo de un estudio de Kingston, y me volvían retroalimentadas, invadidas por tormentas de nieve sobre el estadio olímpico ShangHai 2044, una pistola en la sien del piloto de una astronave, todo mi

miedo a desaparecer, a ser apagado y borrado. Vi a Korg Electribe. Lo devoraba una mesa con dientes sacada de una psicovisión de Ohler + Evangelisti. A Korg Electribe se lo comía su propia visión como a mí me estaba comiendo la mía. No llegó a devorarme. Se disolvió la proyección, pero no abrí los ojos. Quería controlar el temblor. Cuando abrí los ojos, habían llegado la farmacóloga y Stein, o Voight, como lo llamaban la farmacóloga y Ferrer. Si me había entrado la grabación de Korg Electribe sin que interviniera ningún inyector de psicovisiones, era probable que la grabación estuviera inserta en uno de los chips que la farmacóloga me había implantado en la tienda de ojos de Bolzano. Ruth Rull se había quitado los harapos de buscabasuras y vestía de blanco como Ferrer y Bendixen. Tenía cara de haber dormido muchas horas.

Me miraba la señora Ferrer y yo sentía como registraba con el ojo biónico el interior de mi cabeza. Bebíamos agua al sol. Stein, o Voight, levantó la mano de tres dedos, un saludo quizá. En aquel aire puro subterráneo se le veía la red de cicatrices de la cara.

Señor Bendixen, dijo Ferrer, y Bendixen empezó a hablar.

¿Qué queremos? Digamos que queremos seguir con el juego de las burbujas de invisibilidad y que nos ponen dificultades desde el Departamento de Armonización e Higienización. Y, ya se sabe, Armonización e Higienización molesta poco y actúa con la máxima reserva y el máximo respeto a la intimidad de las personas: nadie nota cuando alguien es suprimido, ni siquiera nota el suprimido el proceso de supresión. Pero parece que ciertos elementos de Armonización e Higienización lo están siguiendo a usted, es decir, nos están molestando a nosotros. Mire, dijo Bendixen, y puso sobre la mesa la placa de carburo de silicio. Iba con usted, ¿no es así? Digamos que la hemos usado nosotros para controlar el control que quiere ejercer sobre usted el Departamento de Armonización e Higienización. Digamos que tenemos nuestro propio programa para desactivar de manera indolora y sin soluciones irremediables a aquellos controladores de Armonización e Higienización que interfieran el Proyecto Invisibilidad, dijo Bendixen.

¿De manera indolora y sin soluciones irremediables? Me acordé de Santos Ololquiaga, en la bañera, con el cuello cortado, y del hombre que se quedó sin cabeza en la tienda de ojos.

Profilaxis, desinfección, depuración, reinstalar en la memoria contenidos perdidos o dañados, borrar lo que sea necesario, insertar nuevos contenidos. Era lo que me pedía Bendixen.

Conozco a un buen desratizador de memorias, dije. Conozco a un excelente fabricante y manipulador de recuerdos, ha colaborado

conmigo en el DumDum, un especialista en infiltraciones en áreas cerebrales y en robar contenidos como se roba una caja fuerte, yo ni sé ni puedo hacerlo, dije. Yo grabo y arreglo y remezclo alucinaciones, no sé hacer otra cosa.

Hay que probar, dijo Ruth Rull.

No podemos, dije.

Vosotros sí podéis: sois invisibles.

Había hablado Stein, mudo hasta entonces, araña en el centro de su tela. Estábamos en un mundo limpio como el cielo. Éramos una de esas imágenes que parecen registrar un momento único y son una superposición de imágenes tomadas con diferentes grados de luminosidad para que fundan en una sola imagen perfecta una sucesión de instantes. Las cosas eran nítidas, pero movidas de sí mismas unas décimas de milímetro. Bebíamos agua, sentados al sol, como sedados, y la urna de la pistola se fue convirtiendo en un tanque de tintura muy clara, amarillo oro: un cuerpo desnudo flotaba en medio del líquido como un artrópodo fósil preservado en ámbar.

Es su paciente, señor Vigo, dijo Bendixen.

Me puse de pie para ver mejor: con los ojos abiertos bajo el líquido, como si sonriera, flotaba una imagen holográfica de la armonizadora Santos Ololquiaga. No había cicatriz en el cuello. No parecía que le hubieran cortado el cuello alguna vez.

HABLA SANTOS OLOLQUIAGA
(Departamento de Armonización e Higienización)

9

Ateniéndome a las instrucciones recibidas, he visitado al paciente que se me acaba de asignar, Vigo, Antonio, Antonio Vigo, ese es su nombre. Regenta negocios en zonas muertas y, a corto plazo, no reciclables de la ciudad vieja. El motivo de mi entrevista con el señor Vigo han sido los apagamientos voluntarios de individuos con síntomas de haber desactivado sus neurochips de bienestar y salud antes de hacerse desaparecer. Me he presentado al señor Vigo especificando mi nombre y función: Santos Ololquiaga, armonizadora, y le he hablado con claridad. Los apagamientos voluntarios se producen en personas que eligen desaparecer tirándose por una ventana bajo los efectos del espíritu de la invisibilidad. He recurrido a la jerga utilizada en Armonización e Higienización para denominar al nuevo síndrome: espíritu de la invisibilidad. ¿Conocía el señor Vigo algún caso?

Un público multiforme frecuenta negocios como los suyos, el Kontakte y el DumDum, le he recordado. Varias de las personas apagadas por decisión propia han pasado por su estudio de grabación, señor Vigo, dije. Hablo claro en todo momento, tengo conciencia de que cumplo una función profiláctica en beneficio tanto de la comunidad como de cada miembro de la comunidad que me es asignado como paciente. Vigo no sabe nada de la invisibilidad, o eso dice.

Entrar en el DumDum, donde nos hemos reunido, es entrar en otro milenio. Ahora es un estudio de grabación de psicovisiones, pero los archivos registran que el DumDum fue en otra época un local de baile y lo que entonces llamaban un cine. De paso hacia la oficina de Vigo, donde lo he entrevistado, he visto un desecho de aquellos tiempos, un luminoso todavía encendido: una bailarina de neón rosa sigue moviéndose dentro de una copa de neón violeta adornada por anillos de neón verde. Nos consta que Vigo acumula en su estudio toda clase de residuos de otras épocas. Y conserva, si no me engaño, un vicio de otras épocas: mentir. Dice no saber nada de quienes pasan por su estudio de grabación.

Usa Vigo mi misma marca de piel. Esta circunstancia podría parecerme un indicio de proximidad, de conexión personal entre Vigo y yo, pero la considero un síntoma de la tendencia al disfraz del

paciente. Incluyo el prediagnóstico –síndrome del camaleón– en el historial clínico. El interrogatorio me dice que estoy ante un sujeto con quien es difícil establecer una conexión fiable. La exploración se ha ceñido a la entrevista clínica y a la inspección del entorno del paciente sin necesidad por el momento de recurrir a métodos de exploración directa o manual.

Interrogar a Vigo me produce la sensación de estar montando mal un circuito electrónico: conexiones defectuosas entre sus componentes, fatiga crónica de las juntas de soldadura, contactos falsos. Es, para mí, desagradable y excepcional. Comunicarse con los pacientes a través de los dispositivos electrónicos habituales, como las máquinas se comunican entre sí, siempre será más sano. Y acercarse al DumDum implica cruzar las ruinas de la Gran Vía, un vertedero de microorganismos, organismos patógenos y animales que ya no existen o de los que nadie sabe el nombre. La necesaria presencia de blindados volantes hace peligroso el paso por la zona.

El hecho de que Vigo trabaje en el circuito de las psicovisiones, un laboratorio recreativo al servicio de Armonización e Higienización para el allanamiento, invasión y registro del inconsciente público, constituye un factor de riesgo. En autopsias a individuos relacionados con el circuito de las psicovisiones se han encontrado restos de injertos cerebrales para bloquear los neurochips de prevención y control. Han pasado por el DumDum individuos con biodispositivos implantados para burlar la red de neurovigilancia sanitaria.

Vigo puede haber vuelto invisibles algunas zonas de sí mismo, pero sus movimientos son síntomas inocultables. Nos consta que se reúne cada ciento sesenta y ocho horas con la farmacéutica Ruth Rull en el Kontakte, otro de sus negocios. Hoy se encontrará con la farmacéutica a las dos de la tarde. Visitaré a Rull en CorpUnivers. He dejado un duplicado de mi cédula de rastreo, detección y localización en el DumDum. Se lo he confiado a una de las máquinas limpiadoras que operan en el estudio.

He creído necesario visitar el Kontakte antes de encontrarme con Rull. Los datos electrónicos y bioelectrónicos que recibo de Antonio Vigo son tan limpios que parecen falsos. O filtrados y lavados durante su procesamiento. Pero el Kontakte es sucio, como el pasado. El pasado era poco higiénico. A las dos AM el Kontakte encapsula más de ciento cincuenta respiraciones reunidas. Más de ciento cincuenta personas bailan y suman su respiración a la masa de zumbidos, rugidos, crujidos, siseos, susurros y sirenas de alarma, el paso de una

plaga de insectos masticadores. Registro lo que oigo: sonidos de alta y baja frecuencia audibles y no audibles para ciertas personas. Envío la información a la sección especializada en el análisis de superficies, fondos y texturas musicales. Algún cerebro puede estar convirtiendo en mensajes insalubres las vibraciones de las ondas sonoras emitidas en el Kontakte.

He visto llegar a Vigo. Se ha dirigido directamente al fondo del local, hacia una escalera mecánica que no funciona. Sé de dónde viene: sesión de grabación con un individuo llamado Cobo, Benito Cobo, que se hace llamar Korg Electribe, Kenbak-1, Kelvinator Fridge, Oldsmobile Toronado y Messerschmitt BF 109, personalidad séxtuple. Pienso en Cobo y sus muchos alias y recuerdo mi nombre de bautismo, María de todos los Santos. Mi madre era súbdita del monarca vaticano, creía en Jesucristo, comulgaba todos los días, creía en un Dios comestible, se comía todos los días a Dios. Creyó hasta el último día en la resurrección y en la vida después de la vida, algo de lo que no se arrepentirá nunca. En mi cédula identificadora mi nombre es Santos, Santos Ololquiaga. Al Departamento le son útiles mis tres caras, femenina y masculina y ni femenina ni masculina, cara masculina esta noche para visitar el Kontakte. Ha aparecido Voight, no lo esperaba, conoce mis caras, cree conocerme. Hay quien cree conocer a las personas con las que ha compartido cama más de una vez.

Es viejo Voight y envejece a quienes se le acercan. Tan material, es uno de esos a los que en la Unidad de Tácticas llaman Inmateriales o Inexistentes. Domina el monopolio zonal de las máquinas limpiadoras. Trafica con residuos supuestamente destruidos de combustibles fósiles. Me ve, estoy bailando, viene hacia mí. ¿Me buscaba? Tiene la propiedad de alterar el ritmo cardíaco de las criaturas que lo rodean, como si generara un campo magnético estático de alta intensidad. Vigo es mío, dice. Leo los labios, la música se traga la voz. No oigo la voz, pero me parece oírla y oír otras voces en la voz de Voight, más voces que dicen lo mismo que Voight: Olvídate de Vigo, Vigo es nuestro. No dejo de bailar y Voight se va, sube por la escalera mecánica parada por la que ha subido Vigo pocos minutos antes. Activo el enlace a los datos registrados en este momento por los ojos-cámara de las polillas, mosquitos y cucarachas al servicio de Protección Nocturna. No veo a Voight, veo un espejo deformante que sé que es una puerta –dispongo de planos e imágenes tanto del Kontakte como del DumDum–, y pierdo la señal. Si un desinsectador no ha exterminado a los electroinsectos del Servicio de Protección, la planta de arriba del Kontakte ha desaparecido, no la veo, no existe.

Recibo instrucciones de desactivación hasta nueva orden. Setenta horas después no hay nueva orden. Parece que los días se hacen más largos en esta época del año, aunque cada vez haya menos diferencias entre el calor y el frío. No doy por cerrado el expediente de atención clínica al señor Vigo. Hoy visitaré a Cobo, alias Korg, alias Korg Electribe, y a la farmacóloga Ruth Rull.

Bajo desde la Gran Vía hacia la calle del Gran Capitán. Cobo, Korg, está localizado, o así consta, en uno de los locales del monasterio de San Jerónimo y mis sensores me guían al punto que ocupa Cobo en este instante. En la calle están destrozando y quemando algo. El humo parece salir de otro tiempo. Es una calle de luminosos fundidos convertidos en cultivos de polvo. En estas calles es raro encontrar por la mañana todo en el mismo sitio en que estaba de noche. Marte tiene un clima muy frío, pero en Venus la atmósfera es de dióxido de carbono y hay nubes de ácido sulfúrico, dice un individuo grande, su propio volumen mantiene a distancia a la criatura con la que habla, medio dormida o medio despierta. Aparto a la criatura. Veo la torre, un subcentro de datos de Armonización e Higienización. En las ventanas del monasterio, ciegas, se proyectan psicovisiones publicitarias sobre planchas de acero galvanizado, naranjas flotando en cataratas de zumo de naranja, Willeford Fruchtsaft GmbH, y pantallas espejo donde aparece la cara de quien las mira en remodelación embellecedora epidérmica, ósea y muscular, Willeford Inc. Dejo de mirarme, dejo de ver la cara que tendría si me pusiera en manos de Willeford Inc. y sus equipos quirúrgicos. A la caída de la tarde aumenta la afluencia de público al San Jerónimo Shopping Center. Cambia el aire según me acerco. Entro en el claustro, jardines de neorrealidad, fuentes y naranjos neorreales, indistinguibles de la realidad, oficinas. Estoy ante una puerta y una placa luminosa en la que se apagan y se encienden nombres en color, multicolores, Korg Electribe, Kenbak-1, Kelvinator Fridge, Oldsmobile Toronado, Messerschmitt BF 109, BenCob, como si Benito Cobo fuera un conglomerado de empresas. Es la oficina de Cobo. La puerta es una plancha de acero. Miro al identificador de iris, introduzco al azar una combinación de cuatro dedos en el lector de huellas. Se abre la puerta. Olor metálico, sucio. La oficina de Cobo es un monolocal en el que parecen haber chocado todas las cosas entre sí. Piso sangre que todavía no acaba de estar seca. El sensor me lleva a Cobo. Las suelas de los zapatos hacen ruido al despegarse de la sangre. Huele a sangre. Según mi primera impresión, Cobo se ha estrellado contra una mesa antes de degollarse con las mangas de una de esas chaquetas de dentículos de tiburón que venden en los shopping centers.

Armonización e Higienización tendría que haber intervenido, pero es evidente que los deseos de apagamiento voluntario de Benito Cobo no han sido detectados y cortocircuitados por los dispositivos profilácticos antes de que se cumplieran. Inserto la información en los circuitos reglamentarios. La incluyo en el expediente clínico del señor Vigo. No me voy todavía. Examino el panel de circuitos integrados, tres procesadores de datos, seis unidades de memoria. Pido acceso a través de mis conectores neurales. Copio las unidades de memoria. Me voy.

10

Friego y desinfecto la suela de los zapatos y friego y desinfecto el lavabo. Busco en el espacio refrigerado algo que comer. Como. Busco la botella de vodka medio vacía que dejó aquí, en mi casa, Voight. La miro. No la abro. La abro. Bebo de la botella y siento náuseas y bebo un poco más. Sabe a pasado. Lleno un vaso. Inicio la sesión de trabajo. Filtro las imágenes de la oficina de Korg tal como las han registrado mis ojos, una mesa, la cama en desorden, las uñas-pantalla de Korg, tres uñas rotas, tubos de ensayo encima de la mesa y en el suelo, el olor, placas de cristal con muestras de sangre, una caja de crioconservación, guantes especiales contra el frío, hologramas de cinco de las seis personalidades de la firma BenCob, circuitos integrados, procesadores de datos, accedo a las unidades de memoria que he copiado, psicovisiones, virus sentados en sillones como animales de compañía, aquí están, bebo más vodka, se va la habitación, me voy, bosques o embudos me siguen mientras me tragan, tengo en los oídos la masticación masiva de electroinsectos que oí en el Kontakte, bacterias en el aire perseguidas por virus bacteriófagos, gamos blancos, bocas-ventosa de lamprea. Inyecto en las psicovisiones de Cobo las imágenes que registré en su oficina: el hielo sepulta el estadio ShangHai 2044, me deslumbra una biomáquina medio invisible con un foco en la frente, viene hacia mí la mesa con dientes y garras. Me desconecto. Me bebo el vaso de vodka. Vomito. Cobo se ha apagado a sí mismo conectado a una psicovisión, comido por su propia visión. Compruebo que mi conexión ha durado ciento ochenta y seis segundos. Es suficiente: un productor expande una imagen mental instantánea hasta convertirla en una psicovisión de sesenta minutos. Es a lo que se dedica Vigo.

Empiezo a recibir datos de los pasos que se acercan a mi puerta. Es Voight. Los pasos de una persona son siempre lo mismo y siempre son diferentes, varían con el estado psicosomático. Hoy Voight parece más pesado y a la vez más ligero, acelerado para lanzarse contra una

barrera. Abro la puerta antes de que acabe de llegar. Saluda con la mano de tres dedos. No cambia: aire de estar usado, gastado como la ropa que lleva. ¿Tienes un minuto?, dice, pero no espera respuesta, se ha sentado ya. Comprueba, como cada una de las veces que ha venido a verme, que el sillón está bien fijado al suelo. Examina las superficies lisas. No hay nada en este apartamento que pueda ser derribado, arrojado, utilizado para golpear. Ha visto el vómito, lo toca como si fuera una medusa y quisiera comprobar que está viva. Te has bebido mi vodka y venía a bebérmelo yo, dice. No quiero oír lo que has registrado para el servicio de Armonización. Quiero oír lo que tú te guardas, lo que se ha quedado sin barrer en tu cabeza. Estoy hablando del caso Korg. No dice más. Voight habla poco.

Cuando hablo con Voight, tengo la sensación de que nos separa una lámina de tereftalato e, incluso cuando lo toco, es como si Voight estuviera en otra parte, como si nos uniéramos a través de nuestros ordenadores injertados. Hablar con Voight es como hablar con un ordenador. Repito las palabras de Voight: caso Korg. Y añado: caso Korg es caso Vigo. Alucinaciones grabadas, arregladas, reinsertadas en su creador o generador, Korg en este caso, retroalimentadas y alimentadas por otras alucinaciones, copulando y reproduciéndose en el cerebro. Interconectividad. Neuroconexión. Cerebros conectados a otros cerebros, enchufados unos a otros como una red de ordenadores, o ensamblados a través de conexiones medulares. He palpado el conector que Cobo, o Korg, o Korg Electribe, tiene implantado en la base de la nuca.

Los materiales de las psicovisiones de Korg los manipula Vigo. Todos los datos sensoriales incrustados en las psicovisiones de Korg han sido manipulados en el DumDum, en el estudio, en el laboratorio de Vigo, y Korg se autoapaga degollándose y mordiéndose a sí mismo, repitiendo una de las psicovisiones producidas por Antonio Vigo. Según mi filtrado de datos, en la colección de omnipsicos de Cobo están todas las producciones de Vigo. El DumDum, es decir, Vigo, trabaja por encargo para estudios más grandes que subcontratan sus producciones y posproducciones. He localizado algunos de esos estudios en Kingston, Oslo, Kuala Lumpur, Elsinor, Río, Santander, Hamburgo, Hong Kong y Detroit. En cada uno de esos puntos se han registrado casos de apagamiento voluntario semejantes al de Korg, no prevenidos por los servicios correspondientes. En todos los casos, a falta de los resultados de la autopsia de Korg, se trata de individuos no detectados, invisibles. Las autopsias han revelado injertos cerebrales, bloqueadores de los neurochips de localización y control sanitario implantados por ley a toda criatura humana para protegerla en todo

lugar y en todo momento, y...

Voight corta la conexión. Desconéctate del caso, dice. No tienes que borrarlo de todas tus memorias, está borrado ya, desde ahora mismo. Bórralo de tu memoria personal, si puedes, es un consejo, dice. Es difícil describir la cara de Voight, nunca se la recuerda con exactitud, aunque sea una cara inolvidable. Ya se ha ido.

Es el segundo aviso de Voight. Vigo es mío, me dijo en el Kontakte. La máquina limpiadora se me acerca deslizándose por el techo, baja por la pared y me busca, como si necesitara calor o energía. Se ilumina el plano de la casa en la espalda de la máquina: depuración y desinfección total. Todo está inmaculado. No hay obstáculos con los que la máquina pueda tropezar, solo superficies lisas, colores planos y primarios, y la máquina lo agradece, me frota la pierna con los cepillos laterales. Pertenece a la red de máquinas limpiadoras de Voight. Es los ojos, los oídos, el tacto, el paladar y el olfato de Voight. El caso Korg es el caso Voight, y el caso Vigo es el caso Korg. Creo que Korg se degolló a sí mismo en un ataque de pánico mientras se inyectaba una psicovisión producida por Vigo. El artista Korg grababa sus psicovisiones en el estudio de Vigo, en el DumDum.

Vigo ha producido o posproducido en el DumDum psicovisiones para estudios de Hamburgo, Kingston, Kuala Lumpur, Santander, Río, Hong Kong o Detroit. En todos esos puntos se han registrado casos de apagamiento voluntario no prevenidos por los servicios correspondientes. Ninguno de esos casos de apagamiento voluntario fue detectado antes de que se produjera. Las autopsias han revelado la presencia de injertos cerebrales bloqueadores de los neurochips de localización y control sanitario. Los bloqueadores estaban en estado de deterioro avanzado, inservibles o casi inservibles.

Busco los datos de la autopsia de Korg. No existen, o no tengo acceso a ellos. Quiero volver a revisar las unidades de memoria que copié en el monolocal de Korg. Han sido borradas. Creo que Korg se degolló para huir de algo que lo miraba desde la psicovisión que se estaba inyectando. Sintió pánico de ser mirado, de ser visible. No entiendo a quienes quieren invisibilidad. ¿Qué quieren? ¿Volver al pasado? El pasado era poco higiénico. Voight me pide que me desconecte del caso Korg.

Cierro el caso Korg. Abro el caso Voight. ¿Por qué quiere Voight que no me entrometa en la vida, en el apagamiento, quiero decir, de un tal Benito Cobo, o BenCob, o Korg? Busco en las bases de datos

posibles conexiones registradas entre Voight, miembro externalizado de Armonización e Higienización, y Vigo. Una rama del árbol de conexiones entre Korg y Vigo podría llevarme a Voight, pero la única conexión que encuentro en la base de datos entre Voight, Vigo y Korg es que tanto Vigo como Korg son clientes de la red de máquinas limpiadoras de Voight. No es Voight el único nexo que Vigo mantiene con colaboradores de Armonización e Higienización. El propietario del Kontakte y del DumDum se reúne todas las semanas con la farmacóloga Ruth Rull, de las corporaciones universitarias. Visitaré a Rull en CorpUnivers, pienso, y la máquina limpiadora me acaricia con el cepillo frontal, como si me pidiera que me quede con ella, que no salga de casa.

CorpUnivers lleva más de dos años desarrollando para Armonización e Higienización biochips bloqueadores de los dispositivos cerebrales de prevención y detección de conductas insalubres. Yo misma pasé en su día por los laboratorios universitarios y sufrí implantes de bloqueadores de mi sistema interiorizado de vigilancia profiláctica. No olvido la sensación de suciedad, la angustia de sentirme invisible, expuesta a todo tipo de enfermedades morales y físicas. Creo improbable que laboratorios ajenos a CorpUnivers hayan emprendido investigaciones en el mismo campo. Siendo improbable la existencia de esos laboratorios paralelos, no considero imposible que funcionarios de CorpUnivers hayan filtrado algún modelo de dispositivo antivigilancia que ahora mismo se esté comercializando en los mercados clandestinos. Es lo que me dicen el incidente Korg y los dieciocho incidentes equiparables que se han registrado en las últimas semanas en dieciocho lugares distintos.

Creo que Korg perdió sus chips bloqueadores. Había agotado sus dosis de invisibilidad, se vio visible y tuvo un ataque de pánico. Es mi diagnóstico. Liberación de hormonas y neurotransmisores, aumento de la frecuencia cardiaca y respiratoria, más azúcar en los músculos, aumento del flujo de electricidad cerebral, cortocircuito: Korg explotó. Mi hipótesis es que operan en mi zona traficantes de electrofármacos para eludir la biovigilancia. Todos los datos del caso Korg han sido borrados de mis memorias externalizadas, tal como me dijo Voight. Mi memoria interna no ha borrado las advertencias de Voight. El caso Korg es el caso Voight. El caso Vigo es el caso Rull. Según su expediente, la farmacóloga Rull diseña nanoestructuras distribuidoras y transportadoras de fármacos a áreas enfermas. Ha encontrado materiales que actúan como una capa de invisibilidad y evitan que organismos macrófagos capturen las nanopartículas sanadoras antes de que alcancen su destino. Korg se relacionaba con Vigo. Rull se ve

con Vigo todas las semanas. Obedezco a Voight. Me desconecto del caso Korg. Abro el caso Rull.

El aeroautónomo supera la selva sintética que impide el paso a los departamentos universitarios, desciende entre la red de armamento volante que vigila CorpUnivers y me deja en la explanada de la que parten los laboratorios laterales. Mi placa identificadora me guía a donde trabaja Ruth Rull, una calle de procesadoras de desechos, mosquitos-cámara, salidas de emergencia y luz artificial, ni de día ni de noche, la cara trasera de un edificio inacabable. Tiene la placa un tacto distinto al de siempre, como si la hubieran pulido otros dedos, no mis dedos, y le estuviera cambiando el carácter. Vibra cuando llegamos a la puerta de Ruth Rull.

11

¿Para quién trabajas, Stein? Vigo dejó de mirar hacia el señor Hu, que curioseaba entre las basuras del almacén del DumDum, y me soltó la pregunta. Trabajo para quienes trabajas tú: lo sepa o no, todo el mundo trabaja para UniComplex, respondí. La corporación de corporaciones se ha desprendido por fin de la cáscara protectora de los Estados, digamos que dejó que los Estados se disolvieran, especulé, y aumenté el brío en mi interpretación a mano izquierda y tres dedos del allegro molto, cuarenta y cinco segundos repetidos una y otra vez, de los Estudios de Szymanowski. La mejor manera que conozco de no ser demasiado precisos es hablar de generalidades internacionales con música de fondo insistente y en primer plano. ¿Qué era un Estado?, me pregunté. Una banda de vendedores de seguridad o un palacio senil en proceso de derribo, me respondí. El único Estado que conserva signos de vitalidad es Ciudad del Vaticano, no conozco otro, dije, y seguí fumando y pulsando teclas.

Fumo, bebo, veo el humo, se me llena la cabeza de cosas viejas como las que guarda Vigo en su almacén de basuras, cosas viejas y pasado sucio, como dice Ololquiaga, toco el piano, mi Karol Szymanowski de solo tres dedos en la mano derecha me borra el humo mental, no recuerdo cómo era la música con cinco dedos, cicatriz que se ha mirado muchas veces en el espejo: imperceptible, olvidada, adiós. El señor Hu dejó de hurgar en aquel hacinamiento ordenado de residuos y, como si lo llamara la música, se nos acercó con una imagen luminiscente de Nuestra Señora de Lourdes en la mano.

Está usted trabajando para el sistema de Armonización e Higienización de UniComplex, dijo el señor Hu. Miraba a Vigo como si le estuviera adivinando el presente. Le llené un vaso con la mano de tres dedos, vodka, la izquierda siguió tocando y el señor Hu siguió cantándole a Vigo la canción que había pedido. Vendemos vigilancia, vendemos felicidad, vendemos seguridad. Adivinamos los deseos personales y colectivos para satisfacerlos.

La Virgen de Lourdes vibraba sobre el piano con mi música, se iluminaba, nunca la había visto fosforecer así. Vigo me ofreció el vaso para que se lo llenara, Hu no había probado su vodka. Para que el público demande seguridad, hay que ofrecerle antes un poco de inseguridad, dijo Hu. Para vender productos que den felicidad, y la seguridad es felicidad, tiene que haber infelicidad, su amiga

farmacóloga, la señora Rull, conoce perfectamente el mercado, dijo. Se fabrican, comercializan e inoculan millones de dosis, millones de biochips de felicidad; participan laboratorios, industrias, funcionarios y analistas de mercado. Se produciría una quiebra económica general si la felicidad dejara de venderse como producto farmacológico, es decir, si dejara de existir un poco de infelicidad. Usted vende invisibilidad y cree que vende felicidad, pero no es así, vende inseguridad, es decir, infelicidad. ¿Me comprende, señor Vigo? Si se quiere mantener actualizados y en proceso de perfeccionamiento continuo los sistemas de vigilancia y felicidad interiorizadas es inevitable prever y experimentar en el mercado con posibles sistemas de antivigilancia y antifelicidad, siempre, bien entendido, bajo el control de Armonización e Higienización. Suponga, señor Vigo, que Armonización e Higienización concibe o favorece el mercado de las burbujas de invisibilidad en el que usted participa. Hu acabó de hablar, pero mantenía la boca entreabierta, como preparado para responder a cualquier pregunta que Vigo pudiera hacerle. La Virgen de Lourdes fosforecía, fosforescían los dientes y la esclerótica de Hu. Habló Vigo: ¿Debo suponer que la señora Ololquiaga ha querido intervenir de un modo negativo, digámoslo así, en el proyecto y que ustedes se han encargado de suprimir a la señora Ololquiaga? Levanté las manos del teclado, el piano y la Virgen dejaron de vibrar poco a poco, y Hu acarició la imagen, que pareció sudar, ablandarse como cera fundida. Quisiera hacerle una aclaración, señor, dijo Hu. Nuestro equipo es absolutamente ajeno al estado en el que encontramos a la señora Ololquiaga. Me pareció que la voz, sin música, sonaba a un volumen innecesario.

Me enchufé detrás de la oreja izquierda el conector inalámbrico. Pinché las bases de datos que almacenaba Ololquiaga y que yo había copiado en mi memoria externa interiorizada, injertada, dentro de mí, más mía o menos frágil y voluble que mi propia memoria. Interfaces neuronales. Me ayudé a tragar dos cápsulas de dextroanfetamina con un trago de vodka. El sol traspasaba los muros de ladrillo calado del secadero, en el suelo y en la pared la luz era una trama de rectángulos partidos por barras de sombra. Ololquiaga no almacenaba una única memoria cibernética, sino siete memorias diferentes, siete procesadores unidos en una arquitectura compleja. Lié un cigarro, lo encendí, inhalé y exhalé una bocanada de humo. A través del humo veo mejor lo que busco, aunque no sepa con exactitud lo que busco y tenga los ojos cerrados. Me movía entre columnas de datos sucios. Había que excavar en las memorias de Ololquiaga, abrir caminos en la basura, soy experto en basuras. Me dedico al tratamiento de residuos y vertidos. Solté mis bacterias devoradoras de basura. Abrí los ojos. Lié

un cigarro más. Bebí de la botella de vodka. Volví a las memorias de Ololquiaga. Si las cosas no se disimularan con toda clase de precauciones no se descubrirían nunca.

Allí estaba: archivo Voight/Rull/Vigo. Contenía la información que había sido borrada de las bases de datos que manejaba Ololquiaga en los sistemas de Armonización e Higienización, en los que el archivo se llamaba Vigo, solo Vigo. Ololquiaga había recibido instrucciones de eliminar de su memoria esa información. Ololquiaga no había atendido las instrucciones recibidas. En un archivo subterráneo, bajo la etiqueta Voight/Rull/Vigo, Ololquiaga había incluido también los datos relativos al psicoartista Korg y un aviso que remitía a otro archivo, a nombre de Hedda Evangelisti. Evangelisti trabajaba con la violonchelista Utta Ohler para Vigo. Ohler y Evangelisti le ponían música al Kontakte. Las dos son funcionarias de la Granada InterOrchester. Tanto Ohler como Evangelisti habían sido visitadas con diferencia de horas por el personal de Armonización e Higienización. Fumé un poco más, bebí un poco más. Rompí la barrera que impedía la entrada a la información sobre Hedda Evangelisti. El archivo Evangelisti estaba vacío. ¿Había buscado donde no había nada? Seguí buscando en aquel espacio en blanco y encontré una palabra: Ferrer. Si algo relacionaba a la señora Ferrer con Hedda Evangelisti, yo lo desconocía.

Santos Ololquiaga, Ferrer, Evangelisti: tres puntos sin relación entre sí o unidos por una línea que yo era incapaz de ver.

Subí a la colina, al Auditorio, donde, asediada por una selva sintética fuera de control, en lo que llaman Campo de los Mártires, o Matamoros, o Gran Capitán, opera la Granada InterOrchester. La fronda seguía devorando el Auditorio, trepaba por los muros color de tierra y asaltaba los tejados. Yo era el rey de los servicios de limpieza y el Koordinator de la Granada InterOrchester me recibía en su salón del trono. La InterOrchester es propiedad de un banco de Hamburgo, tentáculo menor de un banco de Shanghái. En el despacho blanco entraba el día artificial, estábamos en lo que llamaban abril y podía ser lo que se conocía por enero, y enero podía ser agosto. Las paredes filtraban desde muy lejos, desde otro milenio, un ruido de violines, violas y chelos fósiles.

Yo pensaba en Ololquiaga, en Ferrer, en Evangelisti, en fenómenos que no tienen nada en común, pero son compatibles entre sí y, si se observan con atención y a una cierta distancia, demuestran estar relacionados. A través de la cristalera seguía el movimiento de las

ramas. Se movía la selva sintética: animales, zumbidos, ruido de algo que repta o salta, lo de siempre, pólipos volantes, gusanos que no son gusanos, octopoides, órganos táctiles, prensiles sin cuerpo. Yo no los he visto. Espantan y alejan a los buscabasuras. No se sabe de ningún ser humano que viva en las alturas del Auditorio. El Orchesterkoordinator me había ofrecido una silla, me había pedido que lo excusara durante unos segundos. La piel del Orchesterkoordinator no era buena, demasiado lisa, como producida en una fábrica de moldes de silicona. El Orchesterkoordinator, ante un tablero estrecho y pegado a la pared, me daba la espalda. Tocó la pared y se iluminó un espejo. Acercó la aguja al ojo derecho. Inyección intravítrea. Venga, acérquese, dijo. Tenía el ojo derecho cerrado, me miraba con el izquierdo. Tenía un conector inalámbrico detrás de la oreja. ¿Qué me ha dicho que quiere?, dijo. Volví a decirle lo que ya le había dicho: Evangelisti, Hedda. El espejo se convirtió en una pantalla de veinticuatro pulgadas. Evangelisti, Hedda, percusionista, diecisiete páginas de datos, nada que yo no conociera. Ferrer, busque Ferrer, dije, Eula Ferrer, ingeniera agrónoma. El ojo derecho del Orchesterkoordinator volvió a abrirse, más rojo que nunca.

Abrió la boca el Orchesterkoordinator, iba a hablar, pero ya había decidido callarse y la boca se cerró antes de acabar de abrirse. El Orchesterkoordinator es un individuo transparente, usuario insaciable de sustancias financieras y fisiopsicotrópicas pasadas por Higienización. Evangelisti es transparente. Su relación con Antonio Vigo, el DumDum y el Kontakte figura en su historial. Ni el Orchesterkoordinator ni Evangelisti se han sometido a tratamientos de invisibilidad. Ferrer no aparece en los archivos de la Granada InterOrchester.

Me acuerdo de cuando fui pianista, repetición de lo mismo siempre, inmovilidad, la vida itinerante, los hoteles. Se va de un sitio a otro, y siempre es el mismo sitio en el mismo momento. Siempre hay algo que aleja del punto al que se quería llegar. El futuro pasó una vez, no sé cuándo. Entonces mi mano derecha tenía cinco dedos. Estuve en la guerra. Ahora esperaba a Hu delante del secadero de tabaco. Me había movido, había mirado aquí y allí. No sabía mucho, había hablado de Hedda Evangelisti con el Orchesterkoordinator. Buscar es como tocar el piano: pulsas teclas, saltan los macillos, golpean las cuerdas, producen ondas sonoras. Pero yo no había oído nada que pudiera interesarle a Hu. Un gorrión cayó muerto del cielo, ataque cardíaco, derrame cerebral o picadura de insecto. He oído que los gorriones no existen. Hu no llegaba. ¿Qué iba a contarle?

Tanto Hu como Ferrer son algo así como un apéndice exterior de los servicios de Armonización e Higienización, pero todo el mundo es un apéndice exterior de los servicios de Armonización e Higienización. Hu debería de haber llegado ya al secadero. ¿Cuánto tiempo llevaba esperándolo? Seis minutos. Había conocido días que habían pasado más rápido. Y entonces apareció sobre el secadero la libélula, pero no traía a Hu.

12

Mutilación o mutación, no amnesia, memoria fagocitada, suplantada, ampliada. Extracción e implantación. Miré a Ololquiaga mejor: viva, resucitada, era y no era Ololquiaga, allí, en aquella bruma luminosa filtrada por los muros de ladrillo calado. Vigo y la farmacóloga Rull habían hecho en Ololquiaga el trabajo de mis máquinas limpiadoras: liquidación de ratas, fluidos desinfectantes, antiparásitos. Jeringas, microplacas de circuito impreso, mallas conductoras, biocircuitos, neurochips, nanoelectrodos, reparaciones en la máquina quimioeléctrica cerebral. Ololquiaga dijo: El público se siente demasiado seguro, demasiado cuidado, demasiado vigilado. Hay escasez de inseguridad, nostalgia del pasado, nostalgia de la inseguridad, podríamos decir. Hablaba como si la señora Ferrer, a quien cogía de la mano, transmitiera a través del contacto corporal las palabras que salían de su boca. Parecían Ferrer y Ololquiaga dos hermanas demasiado íntimas, pelo ceniza bioluminiscente, palidez y edad cambiantes según se movía la luz en el secadero, luz enferma, una vez tuve una camisa de un color así. Se ha creado una necesidad, una franja de público demanda cierta dosis de invisibilidad, tiene cierta necesidad de desamparo, precisaría yo, dijo Ololquiaga. Empecé a liarme un cigarro sin dejar de mirarla. No hagas lo que estás haciendo, ordenó. Ololquiaga hablaba como una máquina que dictara instrucciones a una máquina, me lo había dicho Vigo, aunque yo ya lo supiera. No encendí el cigarro. No quería sacarla de su trance. Hay escasez de inseguridad, necesidad de inseguridad. Se crea una necesidad. Se fabrica un producto que satisfaga esa necesidad, dijo. Intuí cómo continuaba el manual de instrucciones. Pero quien tomó la palabra fue Ferrer.

Los sistemas de Armonización e Higienización desarrollan en este momento un programa de invisibilidad que intentan bloquear algunas ramas de los propios sistemas, dijo Ferrer. Ololquiaga tragó saliva. Era evidente que en la reconstrucción del cuello habían mezclado pieles de distintas marcas. Si bien la sesión de cosmética mortuoria era

mejorable, Vigo parecía haber preparado para la señora Ololquiaga una memoria nueva como se construye una psicovisión. Cuando le cortaron el cuello en una bañera, Ololquiaga se dedicaba a reventar burbujas de invisibilidad, a barrenar el programa Espíritu de la Invisibilidad. ¿Qué guardaba de la memoria antigua? Vigo me lo había explicado: la memoria de Santos Ololquiaga era la misma de siempre, como sigue siendo la misma una habitación de la que han extraído el polvo y a la que han inyectado polvo nuevo que parece el mismo siendo distinto. Le pedí a Vigo que, en cuanto fuera posible, me entregara toda la basura, todos los residuos extraídos de la memoria interna de Ololquiaga. Yo ya tenía su memoria externa, sus siete memorias, sus bases de datos, si no existía –siempre es una posibilidad– otra memoria clandestina, encriptada a más profundidad, a la que no habíamos podido acceder. Quería saber si habían dejado algún rastro quienes degollaron a Ololquiaga.

Aparqué el Xpeng en la calle Cárcel Baja, frente al DumDum. Estaba lloviendo y no había nubes. Las excrecencias que segregaban los buscabasuras proliferaban desde las alturas de la Gran Vía en transformación o desfiguración continua, vigilada por reflectores volantes y armamento aeroautónomo. Apareció mi sombra en la puerta del DumDum: me había enfocado un reflector de control. Abrí mirándome en espejos-pantalla y poniendo mis huellas en siete cerraduras diferentes. En la séptima cerradura algo me pinchó la yema del dedo. Me tomaban una muestra de sangre. Vigo extremaba las medidas de precaución: tenía miedo. Yo también me protegía: llevaba mi reliquia milagrosa, mi Glock, cargada, medio kilo añadido a mi peso. Sabía que algo estaba pasando o iba a pasar, pero no sabía qué era. La puerta esperó diez segundos antes de abrirse.

Las luces estaban encendidas, pero en la antesala no esperaba nadie y Vigo no salió a ver quién había llegado. Me asomé a la cámara descompresora. Cuatro artistas del mundo de las psicovisiones me miraron con los ojos quemados de quien acaba de someterse a una sesión de grabación. Eran los aluXyviXio, ya me los había encontrado allí otras veces. Aquel día llevaban tatuajes de irrealidad y uñas-pantalla, la nueva-nueva moda, y por sus bocas, pintadas, parecían felices. Vigo, además de excavar en sus cerebros en busca de psicovisiones, acababa de meterles una buena dosis de burbujas de invisibilidad, era obvio: un momento de evasión electroquímica en el estado de neurovigilancia perpetua.

Uno de los aluXyviXio se había tatuado en cada pómulo un ojo violeta, del mismo color que el pelo rapado. Armonización, Santos

Ololquiaga, dije. Proyecté la imagen de la armonizadora en la palma de mi mano izquierda y la paseé ante los ojos vacíos y la cara vacía de los aluXyviXio. El cuarto miembro del supercombo parpadeó, como si quisiera borrar así las visiones-ruido que todavía le hormigueaban en el cerebro. Vino a verme, dijo. Se levantó, movía las manos. En el dorso de la derecha una serpiente agitaba sus siete cabezas y lanzaba sus siete lenguas; la cola desaparecía bajo la manga de la camisa: neorrealidad tatuada. Yo no dije una palabra más. No dejé de mirarlo. Era mi forma de pedirle que siguiera hablando. No tiene costumbre de tratar con seres humanos, dijo, y con un movimiento de la cabeza señaló la imagen de Ololquiaga. Está más acostumbrada a tratar con máquinas, dijo.

Parecía sentirse orgulloso de que Ololquiaga lo hubiera considerado una máquina. Levantó las manos, extendió los dedos para presumir de uñas o para que captaran, como antenas, lo que quería decirme. Bailarinas nadadoras en blanco y negro formaban estrellas concéntricas en una piscina y giraban en la uña-pantalla del dedo anular, en la del dedo corazón se fundían en una única flor acuática, y en la del dedo índice se convertían en cadenas de estreptococos. Me preguntó por, dijo, y calló sin cerrar la boca. Habló otra vez: Preguntó por. Abrió mucho los ojos, como si delante de un espejo buscara una micropartícula incrustada en la córnea. Tembló. Se derrumbó. Sufría convulsiones. Se reían sus compañeros de combo. Creían que estaba montando el espectáculo en directo. Me arrodillé. Ya estaba quieto. No tenía pulso. Me miraba. Las uñas-pantalla sufrían interferencias, cortes en el suministro de energía eléctrica. Se apagaron. Estaba muerto. Los aluXyviXio vivos se reían a carcajadas.

Nadie dio parte de que había un muerto en el DumDum, pero antes de que los aluXyviXio dejaran de reír, las pantallas de intercomunicación social dictaban instrucciones de cómo tratar el cadáver. Alejamiento del área. Aislamiento. Precintado inmediato del DumDum. En las pantallas aparecieron las caras de los cinco que en ese momento estábamos en el estudio: se nos pedía que permaneciéramos en el DumDum hasta que llegara el equipo de recuperación. La petición era superflua. En cuanto Vigo, los aluXyviXio y yo nos reunimos en la antesala se bloquearon las puertas. Vigo me miraba como si me considerara responsable de la catástrofe. Los aluXyviXio dejaron de reír, catatónicos. Fijaron los ojos en las uñas: películas de ciencia ficción china. Un equipo de absorción de detritus radioactivos se llevó el cuerpo: la Supraentidad Sanitaria retiró los materiales desechables y reutilizables. La Supraentidad adoptó, bajo custodia temporal, a mis máquinas limpiadoras, que

vibraban de un modo raro: miedo al apagamiento instantáneo. Mimetizaban el estado de ánimo del usuario al que servían, Antonio Vigo. Todas las grabaciones y bases de datos del DumDum fueron intervenidas y absorbidas temporalmente. Los sistemas de neuroconexión, registro, grabación, montaje, producción y posproducción de psicovisiones dejaron de funcionar, más apagados que el cerebro y las uñas-pantalla del aluXyviXio muerto. Operación rápida. Desbloquearon la salida. Mi Xpeng seguía delante del DumDum. Funcionaba. Ni lo habían requisado ni lo habían inmovilizado.

Quería estar ya en el secadero de tabaco. Arranqué el Xpeng. Aceleré. Me di cuenta de que había pasado las casas de los senegaleses cuando llegué al secadero. Hubo allí un secadero de tabaco si mi memoria no me mentía más de lo habitual. El terreno había sido aplanado, compactado y cubierto de cemento. Una vez, en Afganistán, construí una pista de tenis. El secadero no existía. Se habían llevado los escombros y mi tabaco. Me habían dejado una pista de tenis sin líneas ni red. El secadero no había existido nunca.

Volví al Xpeng. Eran más de las dos de la mañana. Me fui a ver a Bendixen. Cuando me acercaba al búnker, el Lamborghini incrustado en el techo emitió un haz de luz: estado de alerta, activada la seguridad del perímetro. Paré a la puerta del búnker. Puse mis huellas en la pantalla de llamada. Tardaron en abrirme. Me abrió Hu. ¿Qué quieres?, dijo. Estaba desnudo. Ver a Bendixen, respondí. ¿Te ha llamado? No lo busques. Cuando él quiera verte, te llamará, dijo. Le puse la Glock en la cara. ¿Qué quieres?, repitió. Tabaco, me he quedado sin tabaco, dije.

13

Algo vivo y blanco cayó sobre la mesa de mezclas del DumDum: era una mano. Utta Ohler había llegado sin un ruido, se apoyaba en la mesa. Hacía meses, un año o dos quizá, que no la veía fuera de una pantalla. Entonces, la última vez que nos reunimos en el Kontakte, Ohler tenía una marca de nacimiento en la sien izquierda, como el pinchazo de una aguja. Había cambiado, Utta. Se había arañado, rasgado y tiznado la ropa, como si hubiera intentado superar una valla de alambre oxidada. Los buscabasuras saltaban alambradas y robaban basura médica en hospitales abandonados. Se infectaban de virus inmemoriales. Se convertían en artropoides antropoides. Son las cosas que se oyen en el Kontakte. Pero, a pesar de la ropa rota, Ohler no parecía una buscabasuras. Tampoco era la Utta Ohler que tocaba desde Hamburgo en el Kontakte todas las noches, aunque podía no haber estado tocando desde Hamburgo, sino inyectando imágenes y sonidos sintéticos desde algún generador de neorrealidad situado en cualquier punto de la Tierra.

Llevan buscándome tres días, Vigo, méteme un poco de invisibilidad, me aíslan, bloquean mi música, dijo.

¿Quiénes?, pregunté.

Policlorobifelinos, yo los llamo así. Aislantes para equipos eléctricos, ininflamables pero venenosos, me incomunican, me bloquean, no sé qué quieren, dijo Ohler.

No había aparecido en la pantalla desde la que controlo el acceso a mi oficina y al estudio de grabación, o yo no la había visto. En la pantalla se encendían y apagaban la bailarina rosa, la copa violeta y los anillos verdes del neón que ilumina el paso al estudio, y la mitad de la cara de Ohler se volvía rosa o violeta o verde según cambiaba la luz. La nariz brillaba violácea, amarillenta, siempre roja: Utta Ohler había llorado o tenía frío. Era tan pálida que se le transparentaban las venas. Le había prestado el cuerpo a otra persona y esa persona lo había maltratado y ahora hablaba desde el cuerpo de Ohler.

Hay varias personas dentro de mí, desconectadas entre sí o, peor, conectadas, peleándose unas con otras, dijo Utta Ohler como si pudiera oír mis pensamientos. Tengo que ver a Voight, o a Stein, como lo llamas tú, me pidió que lo buscara aquí, dijo.

Stein o Voight, como quieras, lleva sin pasar por aquí más de setenta y dos horas, puede que sea uno de esos policlorobifelinos que te persiguen, dije yo.

Le ofrecí comida. No quería comer.

¿Tienes alcohol?, dijo.

La llevé al almacén, encendí todas las luces, sé que le gustan mis basuras, cosas gastadas del milenio pasado. Puso la mano en el techo del Koenigsegg Quant de 505 caballos propulsado por energía solar como si quisiera asegurarse de que no era una neorrealidad. Cogió la Tokarev TT-33 del Ejército Rojo y acercó el ojo al agujero del cañón como si quisiera meterse dentro. Pasó el dedo por la pantalla de un IBM PC 5150, miró la yema del dedo, dijo: Hay polvo. Revolvió en el montón de catálogos de ventas por correspondencia y sacó un muestrario de enfermedades mentales y un lápiz con un visor minúsculo. Miró a través de la lente.

Es el puente de Akashi Kaikyō, dijo. Vio la botella, propaganda de gin Steinhäger, dos metros de altura, y repitió: ¿Tienes alcohol?

Había cogido de algún sitio una jarra blanca con el escudo de una marca de cerveza: una pala blanca sobre fondo rojo, Spatenbräu. Buscó el piano. Puso la jarra junto a la Virgen de Lourdes que Hu había dejado encima del Steinway. La Virgen y Utta Ohler tenían un color parecido. Los dedos corrieron por las teclas. Podía ser Stein en el cuerpo de Ohler, un Stein nervioso, poco preciso.

¿Tienes alcohol?, repitió.

Kling, klang, klung. Los sonidos pinchaban, se empujaban, se destruían, volvían a multiplicarse.

Aquí tienes, el vodka de Stein, dije, y le llené la mitad de la jarra.

Dejó de tocar, bebió, estornudó.

Hay polvo aquí, dijo, y volvió a darle a las teclas, kling, klang, kling, insectos metálicos saltando, unos más pesados que otros.

Se han llevado las máquinas limpiadoras, las están analizando, dije, y le conté todo lo que había pasado desde que la armonizadora Ololquiaga se presentó en el DumDum, incluyendo la garganta cortada y la resurrección de la armonizadora y la historia del aluXyviXio muerto. Yo no tenía intención de hablar, pero las palabras se movían solas, como si las llamaran las notas que pulsaba Ohler.

Échame más, dijo.

Dio con el dedo en la jarra, klong, más música, sin mirarme. Si en ese momento hubiera girado la cabeza, se le habría caído.

Dormí con Ohler, soñé que dormía con Stein y, cuando me desperté, se oía el piano, lejos, en el almacén, y estaba solo. Me pareció oír a Stein o a alguien que lo imitaba como se imita una voz. Aún no eran las tres de la mañana. Me preparé para el único trabajo que las circunstancias me permitían: vigilar el Kontakte desde las pantallas del DumDum. La pista del Kontakte estaba más llena que otras noches, como si hubiera una tormenta y la gente se refugiara en

los sótanos. La música del dúo Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik sonaba más rota que nunca, en directo, máquinas trituradoras de desechos industriales, desde la Budapester Strasse de Hamburgo y la calle Sancti Spiritus de Granada, Utta Ohler y Hedda Evangelisti, aunque Ohler tocaba en ese momento el piano en el DumDum, a menos de un kilómetro de donde se suponía que Evangelisti fabricaba sus percusiones. No solo mi estudio de grabación seguía neutralizado: los otros estudios para los que pregrababa o posproducía el DumDum me negaban el acceso a su plataforma de comunicación, si es que no habían sido desactivados como el DumDum. Apagué la pantalla en la que observaba el Kontakte. Me miré en la pantalla. Era como si le hubiera prestado mi cara a otro, desgastado, demasiado tiempo desconectado o perdido, tejido vegetal, cara vacía. Me acerqué a la pantalla-espejo, y cara y espejo se deformaron, tiré hacia arriba de la piel, casi se cerró el ojo, la boca se torció, vi un diente. Ya no oía el piano. Dejé de mirarme para mirar a quien, a mi espalda, miraba mi cara en la pantalla. Stein. Voight o Stein. Steinvoight. Lo llamaré así.

¿De dónde sales?, pregunté.

Me quedé sin tabaco, he ido a buscar, dijo Stein.

Utta Ohler se había arruinado la ropa y Stein se había desollado la cara. Había chocado con una pared o con el suelo. Encendí las luces y tanta luz me pareció incongruente. Las pupilas de Stein no reaccionaron, como si el nervio oculomotor hubiera sufrido algún daño. A través de los arañazos y la sangre seca, bajo la epidermis, vi polímeros y biopolímeros y cables mal unidos. Desde el hombro derecho de Stein una mosca biónica me vigilaba como un guardaespaldas.

Hay dos cosas que no tenía y ahora tengo, dije.

¿Utta y yo?, dijo Stein.

No, respondí. Con lo que me ha pagado Bendixen dispongo de fondos suficientes para cerrar el DumDum y el Kontakte cuatro o cinco años, pero sobre todo tengo un problema con los sistemas sanitarios. No había visto nunca a nadie de Armonización e Higienización, no me consideraba una persona especialmente insalubre, y ahora estoy neutralizado y a punto de ser desinfectado, extirpado, apagado, borrado, disuelto, dilo como quieras, a pesar de haber hecho todo lo que Bendixen me pedía, o por haber hecho todo lo que me pedía, quién sabe. Tengo que ver a Bendixen, dije.

Ya no hay Bendixen, dijo Stein.

Quiero ver a Bendixen o a Ferrer o a Hu, insistí.

No hay Hu, dijo Stein.

Quiero ver a Ferrer, repetí.

Cuando encuentre a Ferrer, puede que deje de haber Ferrer, dijo Stein. No cambió de entonación. Hablaba sin entonación.

Pásame la basura que sacaste de la memoria de Santos Ololquiaga, quiero analizarla, dijo.

Era experto en tratamiento de basuras.

Un aeroautónomo esperaba a Stein en la cubierta del DumDum. El cielo era color de naranjas neorreales. Había llovido polvo y agua. Una capa de barro anaranjado lo cubría todo y en las alturas de la Gran Vía se convertía en carnosidad tumorosa. Los buscabasuras seguían ascendiendo y empezaban también a descender, a extenderse hacia la calle, se mimetizaban con la escoria húmeda de las paredes. El muro supuraba. Tubos y mallas metálicas invisibles hasta entonces perforaban la suciedad: caras, manos, lo que parecía la boca de un ácaro que tuviera el tamaño de una morsa, tentáculos, materia animal y vegetal, querían invadir el aire. La pala de una retroexcavadora rompía el cemento y colgaba sobre la calle como si anduviera por la pared. El aeroautónomo echó a volar. Utta Ohler y yo íbamos con Stein.

Hacía más de un año que no veía desde arriba el mundo de los buscabasuras, que sería pronto mi mundo si seguía en el DumDum. La población de conducta razonable migraba a las urbanizaciones subterráneas: aire puro, días y noches, bosques, cielos azules y montañas nevadas, sol y luna, no día perpetuo o noche perpetua. Cuando salimos de la red de túneles, hacia la nieve, hacia el sur, en el subsuelo el día era radiante. Sobrevolamos el bosque, dos shopping centers, el palacio subterráneo del arzobispo Rafael, hacia los invernaderos. Era lo que nos había dicho Stein, o Voight, como lo llamaba Utta Ohler.

¿Quién nos espera o de quién queremos escondernos?, pregunté.

Vamos a los invernaderos, dijo Stein.

¿Qué hay en los invernaderos?, volví a preguntar.

Stein no contestó. Ohler no hablaba. El aeroautónomo descendía a demasiada velocidad y vi la libélula, posada al sol, entre los pabellones acristalados.

La señora Ferrer, dije.

14

Al fondo de la explanada, ante las cristaleras de una casa blanca, alguien tomaba el sol en una hamaca mientras su acompañante practicaba el tiro con arco. Tensó la cuerda el arquero, apuntó la flecha hacia la diana. El aeroautónomo despegó. Encendió todas las

luces para despedirse de la libélula, y las luces parpadearon, inútiles bajo tanto sol.

Avanzábamos hacia la casa, cuerpos sin sombra, el sol caía vertical sobre nosotros. Dejamos atrás la diana. El arquero apuntó al blanco, a menos de cien metros. Podía estar apuntándonos. Stein llevaba la Glock en la mano, el brazo extendido a lo largo del cuerpo. Oí el golpe de la flecha en la diana, la vibración. El brazo del arquero era fuerte. Seguimos avanzando. Una cabra montesa y su cría nos miraban, cuernos pétreos sensibles como antenas, ojos atentos como cámaras. El arquero preparaba un nuevo tiro, parecía no vernos. Disparó otra vez. No oí el impacto en la diana. La flecha había pasado entre Utta Ohler y yo. Cuando bajó el arco, reconocí a la armonizadora Santos Ololquiaga, aunque se había rapado el pelo, metalizado, dorado, y así era ahora el pelo de la señora Ferrer.

Os esperábamos, dijo Ololquiaga, que ya preparaba un nuevo tiro.

La señora Ferrer descansaba en la hamaca con los ojos muy abiertos. Se estaba inyectando una psicovisión, lo vi en los ojos vacíos y la expresión de la cara: psicoimágenes tomadas en lugares reales o neorreales no construidos ni preparados para el registro de la psicovisión, con movimiento real tanto del sujeto con el que se opera como de los equipos de captación, sin inyecciones de datos sensoriales ajenos al sujeto grabado, todo al estilo de un estudio de Elsinor con el que colaboré en otro tiempo. Ferrer extendió los dedos en un espasmo, como si soñara. El motor alucinatorio quemaba y generaba energía, se revolucionaba, podía quemarse, conozco los síntomas.

Sé lo que veo, dijo, y cerró los ojos como si no quisiera que yo viera lo que ella veía.

Volvió a abrir los ojos. Se había desconectado.

Nos vio y cerró otra vez los ojos. Me pareció que no estaba segura de haberse desconectado, los globos oculares se movían bajo los párpados como si quisieran borrar las últimas imágenes de la psicovisión. Santos Ololquiaga apuntaba el arco hacia el cuello de Stein, a menos de dos metros de distancia.

Deja eso, Santos, y tú, Voight, puedes guardar el juguete que llevas en la mano, dijo la señora Ferrer, y la voz sonó turbia, como no usada durante muchas horas.

Se había levantado de la hamaca, parecía menos alta con el pelo rapado.

Te están arrancando la carrocería, han lijado la pared con tu cara, han empezado a desguazarte, solo vas a ser un montón de cables y piezas desnudas, aunque respires aún, he oído cómo respirabas en el búnker, a qué velocidad te circulaba la sangre, dijo la señora Ferrer.

¿Te has limpiado los zapatos? Donde pisabas, dejabas sangre, lo acabo de ver, te cuento lo que he visto, psicovisión. ¿Cuántos cristales has roto, Voight? ¿Tenías que pegarle a Hu dos tiros en la cara? Va a costar trabajo repararla, si no optan por ponerle una cabeza nueva. Te he visto en el espejo, me he lavado la cara contigo, la sangre también me ha salpicado a mí, dijo la señora Ferrer, y le costaba respirar, temblaba. Calló. Habló otra vez: ¿Y Bendixen? ¿Crees que lo has matado? Lo vi ayer y estaba vivo.

Pasaba los días en los invernaderos de la señora Ferrer, captando ruidos e imágenes para psicovisiones futuras, si es que me quedaba futuro. No sabía qué esperábamos. Empezaba a sentirme parte de aquel laboratorio para vegetales sometidos a regulaciones térmicas, hidráulicas y lumínicas. La ingeniera agrónoma Ferrer fabricaba plantas para el subsuelo, y mi tacto, mis ojos, mis oídos y mi olfato cosechaban y almacenaban para mis psicovisiones tallos y hojas y frutos con escamas de iguana o de alas de polilla. Vi flores que comían insectos verdes. Las moscas parecían una emanación de los focos de luz blanca. Oí un ruido de aceite en ebullición y lo que podían ser gritos de pájaros. Olía a biopolímeros y titanio. Hacía calor. La cúpula de cristal goteaba. Humedad verde.

Rull, la farmacóloga, llegaba con su caja de herramientas y me metía un poco de invisibilidad.

Santos Ololquiaga pasaba el día practicando el tiro con arco. Quizá esperaba a alguien en quien clavar su flecha.

Ohler tocaba todas las noches en el Kontakte: había convertido las paredes de la casa en pantallas y las pantallas en teclados y cámaras que la transformaban en violonchelista y la situaban en su estudio de Hamburgo, en conexión con Hedda Evangelisti. Hablaba sola, siempre en alemán, y quizá creía que estaba en Hamburgo, en su estudio. Repetía una frase: Jetzt? Gleich jetzt. ¿Ahora? Ahora mismo.

Stein y Ferrer no salían de la casa. Steinvoight, lo llamaré así, fumaba y bebía, Ferrer lo abastecía de vodka y tabaco. Rull repartía invisibilidad en dosis masivas. Se alimentaba, como Steinvoight, de medicinas viejas, dextroanfetamina y fenobarbital, combustible y lubricante para la máquina, decía.

Le había crecido el pelo a Rull, alambres, púas negras. Hablaba entre cubas de fluido hidropónico y metaloides vegetales.

Estas orquídeas solo abren en horario nocturno, como el Kontakte, dijo, y señaló una orquídea tan grande como la oreja de un elefante asiático.

Volveremos a vender invisibilidad en el Kontakte y en el DumDum, y no es el negocio lo que me gusta, es el espectáculo, el show del ansia

y el mercadeo, decía Rull. Stein, como tú lo llamas, Voight, es el único ser humano que conozco sin vigilancia injertada, si es un ser humano. Es de otro milenio, es un fósil, dijo.

Yo hablaba de lo que me interesaba. Por lo menos una de las personas que aparecían en la psicovisión que se estaba inyectando Ferrer cuando llegamos llevaba injertado un microestudio de grabación con conexión a un centro de producción y posproducción. ¿Era Stein?

Ferrer estaba viendo algo que se grabó en el búnker de Bendixen, dije.

Cuando tú quieras te convierto en microestudio ambulante, respondió Rull.

Flores con aguijón salían de frondas succionadoras fosforescentes. Dos mariposas copulaban sobre el anverso y el reverso de un pétalo blanco, unidas como hermanas siamesas, bandas y nerviaciones negras en las alas amarillas, escamas azul metálico y círculos rojos en la cola.

Se protegía la mano derecha con un guante de nitrilo azul. Se llamaba Vizcarra. La mano, a través del guante, tenía el color del cielo. Evité mirar aquella mano. Miré el cielo, una nube muy quieta, una sola nube. La cristalera podía ser una pantalla de neorrealidad.

Le hablo a usted, señor Vigo, dijo el recién llegado, Vizcarra, enviado plenipotenciario de UniComplex, y la nube se convirtió en una piedra amarilla, gris, se agrietó, se cuarteó, se corrompió, se deshizo en gránulos, se disolvió, nieve electrónica.

Miré a los ojos del señor Vizcarra, muy separados, como si pertenecieran a caras distintas. Miré la mano enguantada, quizá biónica, recién injertada, y la mano desnuda, manos tranquilas, se veía, eficientes: podían hacer daño, daño terapéutico, como las de un médico.

La farmacóloga Rull fijaba toda su atención en la caja que Vizcarra había puesto encima de la mesa, una caja de polímero color pizarra oscuro, semejante al cargador de la pistola Glock de Stein. Podía ser parte de la estructura orgánica de aquel individuo, como la Glock de Stein era parte de Stein, si no era Vizcarra una extensión, un tentáculo, un apéndice humano de la caja. El traje de Vizcarra era del mismo color que la caja de polímero.

Brillaban los montes nevados, el vaso de cristal en la repisa de la chimenea, el fuego falso, las flores blancas, biónicas como la mano del señor Vizcarra, estambres y pistilos en tensión, ojos y oídos vegetales. La placa-disco de Ololquiaga latía, participaba de las palpitaciones de la caja de polímero. Tuve una vez una placa así. Ahora estaría donde estuviera Bendixen, si Bendixen estaba en alguna parte.

El cráneo de un ciervo vigilaba desde la pared a través de las

cuencas vacías de los ojos. Aquel salón, la casa, la nieve, todo podía deshacerse, se desharía en cuanto fallaran los generadores de neorrealidad.

Míreme a mí, dijo Vizcarra. No es usted consciente de la situación en que se encuentra, señor Vigo. Se está procediendo a la depuración y liquidación sistemática de personal en estudios de psicovisiones semejantes al suyo en Kingston, Santander, Kuala Lumpur, Tenerife, Oslo, Hong Kong, Seattle, Buenos Aires, Nairobi, etcétera, etcétera. No es usted consciente del peligro que corre. Debería preocuparse. Puede dejarse desaparecer, mantenerse neutral, es lo más fácil, lo entendemos, dijo Vizcarra, y hablaba en plural, como si hubiera distintas personas en su interior, el movimiento de los labios no acompañaba a las palabras.

Ololquiaga movía a veces los labios como si duplicara en silencio las palabras de Vizcarra. Ferrer prefería mirar los ojos vacíos del ciervo. Stein y Rull se concentraban en la caja de polímero, sobre la mesa, como si de allí saliera la voz que se oía en la habitación.

Nuestra voluntad es que siga con nosotros, señor Vigo. Acérquese. Queremos protegerlo, aunque necesitemos su ayuda para hacerlo, dijo Vizcarra.

15

Volvió a hacer lo que le pedían. Entró en la basura, en la Costra. Vizcarra le había pedido que buscara a un tal Roeg. Recibiría de Roeg nuevas órdenes. Lo acompañaba la farmacóloga Rull. Ferrer le dijo que iban a meterlo en el pasado, un sitio insalubre y peligroso: basura. Llévate más basura, más pasado, tu HK, dijo Ferrer. Y Vigo se llevó su pistola belga.

Inyectaron a la farmacóloga con Vigo en la Costra. Para la farmacóloga Rull, Vigo era un sonámbulo: se movía, pero no tenía plena conciencia de hacia dónde se dirigían. La farmacóloga consideraba a Vigo un especialista en expropiar, saquear y comercializar inconscientes. Se dedicaba a la estimulación y explotación de la imaginación psicótica de sus artistas. Extraía, mezclaba, producía y vendía inconsciente industrial. Según la farmacóloga, Vigo no distinguía con nitidez el corte entre la realidad y las psicovisiones que grababa en su estudio, el DumDum.

La libélula los descargó en una calle perpendicular a la Gran Vía, a unos cincuenta metros del suelo y a menos de cien metros del estudio de grabación de Vigo. No parecían captarlos las cámaras volantes, aunque los iluminaban los reflectores dotados de armamento autónomo que vigilan los edificios próximos a la catedral. Se abrieron paso entre residuos y maquinaria orgánica en fermentación y descomposición, apartando ramas o cables o apéndices fitomecánicos. El acceso al interior de la Costra era una compuerta que podía haber pertenecido a un lavaplatos industrial y en la que Vigo leyó una palabra: SuperLuxe. La llaga supuraba debajo de la Costra: destellos de alarmas giratorias azules, material biosintético, máquinas liquenosas y líquenes-máquina, mecanoinsectos del tamaño de dos ratas Wistar siamesas unidas por el tórax, gente vestida como gusanos de luz. Una criatura envuelta en restos de neumático levantó una mano. Llamaba a Rull y a Vigo.

Con la capucha de goma negra sobrepasaba los dos metros de altura. Se quitó la capucha y emergió la cabeza de tritón, moviéndose. Los ojos miopes del anfibio miraron a Rull y miraron a Vigo. El tritón los conocía: los había visto en Bolzano. Sacó la lengua dos veces. Os esperaba, dijo la mujer de Bolzano, la del tritón injertado en la frente, y una cara gris, como de fieltro, surgió a la altura del hombro de la mujer. También la ropa de aquel ser, quizá un escolta, podía ser de

fieltro, o de la masa que recubría los muros, grises como la cara. Todo en aquel sitio, tanto las cosas como las criaturas, parecía hecho de la misma materia, aunque viviera en distintas fases de su evolución. Vigo miró al suelo: lo sentía palpitar o vibrar, como si en alguna parte, no muy lejos, estuvieran perforándolo. Se dio cuenta de que hundía el pie izquierdo en una mezcla de agua y lubricante, entre hojarasca húmeda y podrida.

Habían decidido usar a Vigo como medicina, como agente farmacológico, y Ruth Rull lo acompañaba. El agente, el fármaco, sufre una transformación dentro del organismo que lo recibe y sobre el que debe actuar, y Rull vigilaría el proceso. En ese momento observaba la reacción de Vigo ante el recibimiento de Drucker y su tritón, que ya la habían protegido a ella en Bolzano. Observó que a Vigo le pesaban las escamas microscópicas que crecían en aquella atmósfera. Le pesaban tanto que parecían hundirlo en el suelo. Vigo, el agente, la sustancia activa farmacológica, operaba ya sobre el sistema orgánico en el que había sido inyectado, y el organismo operaba sobre el agente: lo absorbía. Lo metabolizaría, acabaría excretándolo. Rull estaba allí para garantizar la eficacia del agente farmacológico, Vigo.

Es Drucker, dijo Rull, y Vigo no supo si señalaba a la mujer o al tritón. A Drucker no solo la escoltaba el ser de hormigón y fieltro: a su izquierda había surgido una criatura de venas y huesos tan perceptibles que a Vigo le recordó las hojas transparentes que había visto tres días antes en los invernaderos de Ferrer, si no había sido en alguna psicovisión de hacía tres años. Una herida fresca, ni cerrada, ni vendada, vertical, dividía en dos la frente de la criatura. Vigo pensó en Utta Ohler. A esa hora bailarían en el Kontakte y habría gente buscándolo: síndrome de abstinencia, ansia de invisibilidad, angustia de verse a uno mismo siendo visto y vigilado. Utta Ohler y Hedda Evangelisti, estuvieran donde estuvieran, siempre manipularían el violonchelo y las máquinas de percusión desde la Budapester Strasse de Hamburgo y desde la calle Sancti Spiritus de Granada, o eso había creído el propio Vigo hasta hacía setenta y dos horas. Se dio cuenta de que tenía miedo: miraba la línea de pegamento fosilizado, casi invisible, que dividía en dos, hasta el cuello sin prominencia laríngea, la cara de la criatura transparente. La línea era como un corte de bisturí.

Entonces Cara de Fieltro lo apartó de Rull y lo llevó hacia el centro de aquella sala-sótano excavada hacia arriba, en los altos de un edificio. Giraban los módulos de luz azul, más sensación de oscuridad

que de claridad. La vegetación metalizada quería enredarse en los pies de quienes iban y venían, gusanos de luz del tamaño de Vigo, antenas y élitros como capas negras, abdómenes iluminados verdeamarillos. Mecanoinsectos gigantes se lanzaban contra las trampas electrificadas. El punto al que quería llegar Cara de Fieltro estaba a unos veinte pasos de donde habían dejado a Rull: era lo que parecía la tapa de una arqueta de acero galvanizado, noventa por noventa centímetros. Parados, frente a frente, Vigo se sintió en observación, bajo custodia.

El ser que lo observaba podía ser hombre o mujer, biosintético o sintético. Era uno de esos de los que no se recuerda la cara, como si no tuviera cara, aunque pareciera imposible de olvidar: las orejas eran desiguales entre sí, la izquierda la taladraba un tornillo. Cada uno de los ojos había pertenecido a un individuo distinto. En el paseo hasta la trampa de acero Vigo había notado que la bota derecha de aquel ser tenía la suela más alta que la izquierda. La nariz la formaban dos mitades que correspondían a narices diferentes. El brazo derecho era más corto que el izquierdo. Una de las manos era delgada, la que en ese momento intentaba levantar la tapa de la arqueta era gruesa: para quitarle el anillo que llevaba habría que cortar el metal o el dedo. Vigo se vio distorsionado en el acero. Cuando Cara de Fieltro empezó a levantar la tapa, se oyó un ruido de depósito subterráneo de agua, un susurro que desprendía frío, si no era un frío que irradiaba ruido, quizá la casa de la mujer tritón, con su impermeable de caucho vulcanizado y costuras termoselladas para protegerse del agua.

Entonces sintió la mano en el hombro y vio las uñas de cristal líquido en las que parpadeaban luces oscilantes e intermitentes, para ser miradas con los ojos cerrados: él las había usado en sesiones de grabación en el DumDum para estimular a los artistas de las psicovisiones. Usted viene con nosotros, dijo el individuo que lo sujetaba por el hombro. Llevaba una gorra cubreorejas y hablaba con una voz que no se correspondía con su cara, como si las palabras salieran de alguien oculto en su interior. La voz era la de un profesional de la venta y posventa de endoelectrónica. Un animal, o una máquina, daba coces al otro lado de la pared. Vigo miró hacia donde había dejado a Rull. Que Rull estuviera cerca le daba seguridad. La farmacóloga era lógica, adicta a los chips, infestada por la multitud de chips que se había inoculado: tenía soluciones para cualquier tipo de problema, millones de datos corrían por su sistema nervioso y circulatorio. Pero no vio a Rull, ni a Drucker, ni al ser transparente que iba con Drucker.

Vio la flora biomecanotrónica que trepaba por las paredes e

invadía el suelo, ramas, raíces aéreas, hojas-ojo y hojas-aguijón, subproductos quizá de las manipulaciones genéticas de la señora Ferrer. Algunos tallos se enredaban en una cuba de algo que parecía helado rosa como si quisieran devorarla. Y entonces, en aquel ruido de parásitos, de microinterrupciones del fluido eléctrico, de dispositivos electrónicos interfiriéndose, invadiéndose y contaminándose, Vigo tuvo miedo. Estaba rodeado de seres indetectables para los servicios de Armonización e Higienización. Si alguna de aquellas criaturas vestidas como gusanos de luz, voluntariamente insalubres, hubiera tenido al alcance de la mano un martillo con el que abrirle la cabeza, ningún resorte interior, ningún biochip de control la habría detenido. Se habían automutilado, habían apagado para siempre determinadas zonas de su cerebro, eran invisibles para los equipos sanitarios de urgencia, no existían. Y entonces, por primera vez, ser invisible le pareció aberrante: una mutación monstruosa, un estado de vulnerabilidad extrema. La mano que tenía en el hombro podía empujarlo, lanzarlo al agujero. Buscó a Rull, pero Rull no estaba.

Cara de Fieltro había abierto la tapa de la arqueta. Baja, dijo. Vigo, entre Cara de Fieltro y el vendedor de endoelectrónica, se asomó al vacío. Si saltaba se rompería, podía haber tres metros hasta el fondo. Algo que reflejaba luz azul se acercaba, subía, salía del agujero: una barra metálica. Baja por la barra, dijo Cara de Fieltro. ¿Eres Roeg?, pregunto Vigo. La presión de la mano en el hombro se transformó en dolor: el dedo índice y el dedo pulgar oprimían el músculo trapecio, la clavícula de Vigo, que se vio deformado en la punta de la barra. Una electromosca le rozó la oreja. Baja, repitió Cara de Fieltro, y Vigo se descolgó por la barra, resbaló, se frenó a tiempo, pisó el suelo. Miró hacia arriba. La arqueta había vuelto a cerrarse. Estaba en un espacio que podía ser el mismo espacio del que había caído, como si aquel lugar hubiera sido modulado para provocar desorientación: todos los sitios eran el mismo sitio. La gente parecía la misma. Bailaba al ritmo del ruido eléctrico, un estridular de insectos mecanotrónicos, aunque algunas criaturas se fundían con las paredes, carnosidades, entidades quitinosas, fibra de carbono y vegetación sintética. No sabía a dónde iba, pero se movió, como si se siguiera a sí mismo para descubrir quién lo esperaba y en qué lugar. Y entonces, pegado a la pared, vio al ser transparente, el de la cara dividida en dos por un corte de bisturí, si no veía a un duplicado del ser transparente.

Rull vio desaparecer a Vigo. Lo había convertido en traficante e implantador de invisibilidad. Podía seguir los pasos de Vigo en el interior de la Costra. Tenía intervenido el cerebro de Vigo: contacto íntimo. Podía ver a través de sus ojos y oír a través de sus oídos. Vigo

era el fármaco que había inyectado en la basura. Lo consideraba un ensayo clínico: verificaría la eficacia del medicamento y controlaría sus efectos en el organismo inoculado. Facilitaría la interacción fármaco-receptor. Había encontrado la molécula receptora idónea: Roeg esperaba a Vigo en el subsuelo. Había buscado un enlace de unión débil: en caso de necesidad, la interacción fármaco-receptor podría ser interrumpida o revertida. Esperaba que la interacción fármaco-receptor no tardara en provocar las reacciones bioquímicas y biofísicas deseables. Aunque todavía no lo supiera, Vigo estaba donde estaba para acabar lo que no había acabado Voight, o Stein, como lo llamaba Vigo: la anulación de Bendixen.

Estaba solo. Había entrado en el negocio que le propuso Stein, se había puesto en manos de la farmacóloga Rull, había cedido a la voluntad de Bendixen, Ferrer y Hu, e incluso de Vizcarra, de quien solo sabía que se llamaba Vizcarra y se había implantado una mano biónica y quizá fuera la extensión humana de una caja de polímero que usaba para comunicarse con los humanos el aparato fonador de Vizcarra. Había entrado en la Costra, en el mundo de los buscabasuras, y no sabía cómo salir. No conocía la salida. No tenía medios para encontrarla. Activó el bioPhone subcutáneo y se iluminaron en la palma de la mano los dígitos del reloj, hora de Nuuk, capital de Groenlandia, fijada seis años antes como hora internacional única para el transporte aéreo y las transacciones financieras y comerciales, cuatro horas de retraso respecto de la hora de Granada y Berlín. Pero sus vías de comunicación habían sido obstruidas o irreparablemente rotas: sabía la hora, pero no tenía posibilidad de contactar con nadie. Se había separado de Rull. Estaba siendo tragado por lo que parecía una mezcla de materiales reales y neorrealidad electrónica. Lo único que le resultaba familiar –lo había visto cerca de Rull hacía unos minutos y podía ser un nexo con Rull– era el ser transparente como una hoja del laboratorio botánico de la señora Ferrer.

Me llamo Roeg, señor Vigo. Soy su receptor aquí, dijo el ser transparente de la cara dividida en dos.

16

Rull seguía a Vigo a través de Roeg, y a través de Vigo seguía a Roeg: recepción continua de datos. Tenía pinchados los cerebros de Roeg y de Vigo. Estaba guiando a Vigo y a Roeg hasta Bendixen. Según la información a la que tenía acceso, Bendixen había sido detectado en los niveles más bajos de la Costra, a unos treinta metros

del suelo. Podían haber mandado a Voight al interior de la Costra, pero Rull aconsejó utilizar a Vigo.

Voight era difícil, ni siquiera tenía un solo nombre, se llamaba Voight, pero también podía llamarse Stein, o así lo llamaba Vigo. Hablaba poco. De la invisibilidad de Voight se ocupaba el propio Voight. No constaba que se le hubieran implantado biochips de vigilancia. Había sido destruido y reconstruido muchas veces para volver a ser destruido y reconstruido en el quirófano: ingeniería protésica del milenio pasado, cables, titanio y polímeros, nervios y tendones mecánicos, endoesqueleto de metal, tejidos sintéticos. Había cambiado de piel muchas veces. Padecía, según Rull, manía persecutoria, una crisis permanente de psicosis anfetamínica. No hubiera actuado en la Costra con la frialdad requerida por el caso Bendixen. Hacía responsable de la voladura del secadero de tabaco a Bendixen, que le había prometido inmunidad y protección absolutas si participaba en el Proyecto Invisibilidad, y Rull entendía que Voight, implicado personalmente en el asunto Bendixen, hubiera causado daños irreparables en la Costra, al fin y al cabo otro de los programas desarrollados por la división de actividades especiales de Armonización e Higienización para el análisis preventivo de conductas extraviadas.

Vigo ni siquiera sabía por qué estaba en la Costra. Consideraba aquel viaje un encargo o una amenaza más, nada personal: le habían hablado de algo parecido a una operación profiláctica. El control de los efectos que Vigo pudiera provocar en la Costra estaba a cargo de la farmacóloga Rull. Voight hubiera sido ingobernable. Se dejaba cablear cuando quería una inyección intracerebral de estimulantes y Rull aprovechaba el momento para copiar zonas de la memoria de Voight, fogonazos de guerras en las que había o creía haber estado, señalización vial militar, Nayaf, Irak, Afganistán, equipo de desactivación de explosivos, Qual'he-ye Now, Astilleros Okean, Mykolaiv, Central Nuclear de Zaporiyia, o imágenes de salas llenas de público o semivacías en las que un Voight antes de ser Voight, ensimismado y a la vez pendiente de quienes lo rodeaban, tocaba un piano parecido al que Rull había visto entre la basura que Vigo acumulaba en el DumDum.

Eran como fotogramas borrados por error, reconstruidos como el propio Voight, mal transmitidos y mal conservados, contaminados por nueva información parásita. Rull los retocaba. Voight estaba infectado de pasado, enfermo de pasado, atado al pasado y a su pistola Glock, adicto a su Glock como a las anfetaminas modificadas. Rull había visto

la Glock en la cara de Hu. Y Vigo era un remedio seguro, manejable, el fármaco idóneo para el caso Bendixen. En ese momento le preguntaba a Roeg dónde estaban, y Roeg respondía como una máquina: La ciudad de Granada tiene su lugar en el globo terráqueo a los 37 grados y 22 minutos de latitud septentrional, a los 12 grados y 50 minutos de longitud, contados desde el primer meridiano que pasa por la isla de Hierro. Está elevada a unos 700 metros sobre el nivel del mar, al pie de las colinas que declinan desde Sierra Nevada.

De debajo de un contenedor salió una cucaracha de más de un metro, se puso en pie de un salto como un elatérido y corrió hacia Vigo, que temió ser atacado y comido antes de que el insecto viera a Vigo y huyera del ser humano que tenía enfrente. El insecto no era un insecto, era algo peor: un niño envuelto en una lona. Alguien se había acercado a Vigo por la espalda, lo tocaba, y Vigo se volvió y entendió que la cucaracha no huía de él, sino de los tres seres que le estaban cortando el paso. Miró a Roeg. Recolectores, dijo Roeg. ¿Recolectores?, preguntó Vigo. Recolectan, se llevan lo que traen los recién llegados a la Costra, pero solo lo que entienden que puede servirles, dijo Roeg. Vigo pensó en la pistola, en la HK.

El espacio había menguado, o la proliferación de basura lo hacía más estrecho, o era la luz blanca, parpadeante, que no llegaba a los rincones, o lo encogía la presencia de aquellas tres criaturas perforadas por desechos metálicos. Estaban en lo que parecía un taller dedicado al desguace de motores muertos: maquinaria eviscerada, un rodillo compactador, charcos de lubricantes, refrigerantes, anticongelantes y combustibles, material no metálico, polímeros termoplásticos. El recolector que no dejaba pasar a Vigo se protegía con un casquete de malla de fibras de vidrio que podía ser su pelo o un filtro cazador de micropartículas presentes en el aire. En la frente le palpitaba un corazón de neorrealidad tatuada, traspasado por una flecha, goteando sangre. Se cerraba la herida y el corazón volvía a ser herido, una flecha por segundo. Las manos del recolector palpaban a Vigo, se metían bajo la ropa y en los bolsillos, los dedos buscaban, exploraban la piel en busca de dispositivos extirpables. Vigo miraba el corazón tatuado en la frente del recolector, sano, sangrante, sano, sangrante, luminoso. La mano, bajo la chaqueta, alcanzaba la HK. El movimiento dejó el antebrazo de aquella criatura al descubierto, ganchos que sujetaban carne, cables saliendo de la armadura de metal del brazo, y Vigo vio, impresa en el hueso, la marca del fabricante: Willeford. La mano de la criatura, un humanoide insectoide, quizá un híbrido de ser humano e insecto sintético, había llegado a la HK. Y entonces el transparente Roeg extendió los brazos y sus dedos

atravesaron los ojos de las criaturas que le cerraban el paso a derecha e izquierda, y su lengua saltó de la boca como un arpón y atravesó el cuello del recolector que cacheaba a Vigo. Se apagó el corazón, el tatuaje de neorrealidad, cayó la cabeza al suelo y explotó una fuente de sangre.

¿El mercado de las burbujas de invisibilidad? Los movimientos de las personas que se creen no visibles provocan entre las personas saludables una sensación de inseguridad, desconfianza y miedo, y el instinto de autopreservación de las personas saludables demanda mejoras en los sistemas de vigilancia profiláctica: la inseguridad significa infelicidad, dijo Vizcarra. La nieve desprendía luz al otro lado de las cristaleras, los lirios de agua, biónicos como la mano del señor Vizcarra, añadían claridad al salón. Las plantas fonoabsorbentes fabricadas por la señora Ferrer en sus invernaderos mejoraban la acústica, humidificaban el aire, aspiraban compuestos orgánicos volátiles, evitaban la acumulación de ruido. Usted, señora Ferrer, nos ha recordado la finalidad del Proyecto Invisibilidad, que, como usted subraya, no es otra que desarrollar mejores sistemas de vigilancia y elevar la demanda de sistemas de seguridad e higiene preventivo-terapéutica, de felicidad protegida, dijo Vizcarra. Es lamentable que una rama insignificante, pero no despreciable, de Armonización e Higienización se oponga activamente al Proyecto Invisibilidad e intente desestabilizarlo. La señora Ololquiaga ha estudiado el caso y esperamos que el señor Vigo resuelva felizmente el problema Bendixen, dijo Vizcarra. No veo moral, es decir, saludable, ni siquiera rentable para nadie, distribuir invisibilidad de modo autónomo y descontrolado, como el señor Bendixen pretendía, dijo Vizcarra con voz de jefe de administradores del palacio arzobispal.

Ololquiaga miraba la caja de polímero color asfalto que Vizcarra había puesto encima de la mesa. Le prestaba tanta atención que los ojos parecían desenfocados, desalineados, incapaces de fusionar lo que veía el ojo derecho y lo que veía el izquierdo: en ese momento, pensó Ferrer, veían dos cajas. La mirada vacía del cráneo de ciervo no se apartaba de Ololquiaga. Del fondo de la casa llegó y se apagó el chirrido del violonchelo neorreal de Utta Ohler, como si hubiera escapado unos segundos de los auriculares con que trabajaba siempre la violonchelista. Voight, piernas largas y brazos largos, extremidades mecatrónicas, parecía no estar donde estaba. Solo es una masa de implantes orgánicos e inorgánicos, y lo no humano se va imponiendo a lo humano, pensó Ferrer. Apague ese cigarro, señor Voight, dijo Vizcarra, y Voight apagó el cigarro en un cenicero blanco triangular en el que habían escrito tres veces la palabra Cinzano. Apagó el

cigarro y volvió a encenderlo. No fume, señor Voight, dijo Vizcarra, y Voight apagó el cigarro en la mano biónica de Vizcarra. Olió a nitrilo quemado. Vizcarra no gritó. Se levantó y salió de la sala, como si hubiera sentido de repente ganas de vomitar. La caja que Vizcarra había dejado sobre la mesa parecía emitir un zumbido, como la vibración de un motor, de una centrifugadora, aunque estaba absolutamente en silencio.

Tres pisos más arriba, en una caja de vidrio incrustada en el muro de hormigón Utta Ohler bailaba y se movía de un lado para otro con los ojos cerrados, neuroprocesando, produciendo y mezclando sonidos en su biordenador cerebral. Abrió los ojos y vio la libélula posada en la hierba al pie de los montes nevados, y sobre los árboles vio como el cielo se rompía, ruido blanco, interferencias, perturbaciones electromagnéticas, y otra vez el cielo azul al cabo de un segundo. En la doble pantalla proyectada en el muro de hormigón Utta Ohler tocaba el violonchelo en Hamburgo y activaba sus procesadores de sonidos, y Hedda Evangelisti manipulaba en Granada una superposición de ruidos fósiles extraídos de un Roland TB-303 Bass Line y de un Roland Aira TR-8 con expansión 7X7-TR8. Ohler fundía con el violonchelo las señales de radio emitidas por el Sputnik 1 desde el espacio en 1957. Manejaran donde manejaran sus instrumentos, Ohler y Evangelisti tocaban siempre en directo desde la Budapester Strasse de Hamburgo y la calle Sancti Spiritus de Granada, aunque no estuvieran ni en Hamburgo ni en Granada. La neorrealidad es ubicua.

Ese día, en los invernaderos de Ferrer, Ohler había querido operar sobre ruidos robados del almacén de residuos que Vigo tenía en el DumDum, y Evangelisti, estuviera donde estuviera en realidad en ese momento, parecía haber decidido lo mismo. Funcionaba la conexión Ohler-Evangelisti, fusión de dos personas en una, Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik, o la marca de psicovisiones Ohler + Evangelisti GmbH. Ohler le había oído a Antonio Vigo que Hedda no creía en la existencia de aparatos de vigilancia interiorizada. Pero, según Ohler, no era eso: Hedda veía tan natural el estado de biovigilancia total injertada y corporizada que no lo veía. No existe la vigilancia de conciencias, sino la conciencia, decía Hedda Evangelisti, en quien Ololquiaga había detectado ojos de misionero, los ojos de los hombres-escarabajo que visitaban a su madre y le administraban una dosis del cuerpo de Dios en los días de fiesta. Había momentos en que Ohler necesitaba romperse, separarse de la parte de su persona que era Evangelisti, como si le doliera ser una sola conciencia en la red de ruidos que tejían entre las dos, su lenguaje privado, dos en una y una en dos, inaccesibles para el resto del mundo, como ahora, cuando oía

lo que esa una en dos se decía, lo que se decían con sus ruidos Hedda y ella: Vete, sal de ahí, vete.

Vigo hubiera querido estar en el subsuelo, a ciento doce kilómetros de la superficie, al sol subterráneo amplificado por las nieves perpetuas neorreales, en el refugio de montaña de la señora Ferrer, o en los invernaderos, entre las flores que parecían insectos y los insectos que parecían flores, en el porche, atento a que algún corzo se atreviera a pisar el césped. Pero estaba dentro de la Costra y no sabía para qué. No sabía qué querían de él. En algún momento recibiría instrucciones concretas, o eso pensaba, incluso le señalarían cómo obedecer las instrucciones que se le dieran. Pero, esperando instrucciones dentro de la Costra, ya cumplía instrucciones concretas, pensó Vigo. Ya estaba haciendo lo que querían que hiciera.

Desorientado, seguía a Roeg. Bajaban y subían rampas de hormigón y metal y plásticos y tablas, giraban a la derecha para girar a la izquierda antes de girar otra vez a la derecha para subir por una nueva rampa que Vigo creía haber bajado ya en dirección contraria. Roeg lo guiaba o quería perderlo. La tela metalizada que cubría a Roeg podía ser su piel. Tenía zonas con escamas que, cuando se acercaban a determinados cuerpos, despedían algo que podría ser llamado fluorescencia. Cruzaron pasadizos en los que la iluminación era tan fuerte que obligaba a cerrar los ojos, y cuartos estrechos como un ascensor para cuatro personas en los que había que andar a tientas y en los que olía a cables quemados, a carne quemada por alguna sustancia cáustica. Círculos de gente se abrían para dejarlos entrar en cubículos vacíos y poblados de sombras. Un mueble oscuro respiraba en la oscuridad como un asmático. Una mano salió del suelo, lista para agarrar, y volvió a hundirse en el suelo. Caras se asomaban a las grietas abiertas y las grietas-bostezo volvían a tragárselas. Dijo algo el multinsecto-homínido, doce patas y dos cabezas, que se apartó para que pasaran. Jetzt?, dijo una cabeza. Gleich jetzt!, contestó la otra con la voz de Utta Ohler, o eso creyó oír Vigo entre el ruido de basura electromecánica en funcionamiento, que a veces se apagaba. No se apagaba: lo volvía imperceptible la costumbre de oírlo.

Aceptó la sugerencia de Ferrer. Dada la situación, mejor es que desaparezcas, dijo Ferrer, y le ofreció la libélula. Volverá aquí, la libélula, cuando te deje donde tú mandes, vete, vete ahora, dijo Ferrer, y miró a Voight como si lo considerara infeccioso. Y en la cabina de la libélula, cuando se alejaba de los invernaderos de Ferrer, Voight tuvo la sensación de estar perdiéndose. Desaparecieron los pabellones acristalados, las jaulas para vegetación peligrosa, la casa de

vidrio y hormigón. Le quedaba un puñado de tabaco, vodka insuficiente para emborracharse a fondo, pastillas, la Glock. Le marcó el rumbo a la libélula: hacia el lugar del que procedía, el secadero de tabaco del que ni siquiera quedaban ruinas, demolido y sepultado. La libélula obedecía a Voight, o fingía cumplir las órdenes, teleguiada quizá desde el refugio de Ferrer, dirigida a distancia hacia la destrucción, programada para estallar y desintegrarse en el aire o llevarlo al punto donde lo esperaban para desintegrarlo. Batía las alas, insonora, como si permaneciera inmóvil en el aire, y Voight se sintió perdido, no solo en el espacio, perdido en el tiempo, desdoblado, multiplicado, mezclados todos los nombres por los que había sido llamado alguna vez, Kuhn, Saura, Novaro, Bosch, Muro, Voight, o incluso Stein, como lo llamaba Vigo, confundido entre todas las personas que había sido, efímeras, sin relación o peleadas unas con otras, sin posibilidad de retroceder, de volver a donde había estado: era lo que estaba haciendo, volver a un secadero de tabaco que ni siquiera existía. A través del ojo de la libélula vio que entraba en los túneles que desembocaban en la superficie, en la ciudad vieja.

17

Lo esperaba el Xpeng P7, lo único que seguía vivo en el secadero, ahora pista de tenis, cemento sin red ni líneas pintadas. Le habló al Xpeng, temeroso de que ya no reconociera su voz, pero el Xpeng obedeció, le abrió la puerta y se puso en marcha cuando recibió la orden de arrancar. Voight tomó el camino de la antigua base aérea. El cielo era claro, azul berilo, recién depurado por las máquinas filtradoras. Se desvió hacia el noreste. Iba a ver a Lansen. Lo había conocido en Járkov cuando aún no se llamaba Voight y Lansen ya se llamaba Lansen. Apareció el prisma de hormigón y piedra. Aceleró. Siempre veía en aquella retícula de hormigón armado taladrada por siete filas de diecisiete aberturas cuadrangulares un refugio de avispas gigantes. En una de las celdas de aquel avispero se refugiaba Lansen. Dejó el Xpeng ante la entrada principal. Las columnas del espacio interior le producían a Voight algo parecido al vértigo de menguar de repente: el diámetro medía tres metros, las columnas superaban los treinta metros de altura. A través de los lucernarios llovía luz y rebotaba, roída, en un muro de piezas de alabastro que se estaban desmoronando. Pero todo acababa de ser barrido y lavado, olía a antisépticos y abstergentes: las máquinas higienizadoras seguían funcionando, aunque su gerente, Voight, se sintiera fuera de conexión en ese momento o, peor aún, en peligro de desaparecer. Le gustaba decir que solo era un electricista. Hago conexiones y desaparezco, repetía. En cualquier caso, dedicándose a establecer contactos entre

personas, entidades y corporaciones que requerían esos contactos, ahora aceptaba que habían cortado todos sus contactos. No temía un asalto violento desde el exterior. Temía que, desde el interior y a distancia, le provocaran alteraciones neuronales irreversibles o reventaran alguno de los dispositivos electrobiológicos que alguna vez le habían implantado. ¿Para qué había ido a buscar a Lansen? No buscaba consejos, buscaba tabaco y alcohol. Solo eso: tabaco y vodka.

Paredes de vidrio y acero, siete plantas de oficinas alrededor del patio central: tras los paneles de cristal blanco, translúcido, se dibujaban siluetas, como si el edificio lo habitaran sombras. En el patio central, en torno a las columnas, iban y venían funcionarios, agentes de prospección y prevención de afinidades interpersonales, expertos en venta y posventa de endoelectrónica, administradores de logística y transporte de datos, supervisores de máquinas supervisados por máquinas, observadores operacionales, electricistas del cerebro. Movían los labios sin sonido, asentían o negaban con la cabeza, gesticulaban. Hablaban por teléfono, voces dentro de la cabeza, bioPhones de última generación, interiorizados, corporizados, insertos en el cerebro y en la cóclea: zumbido mudo, silencio audible. Voight incluso reconoció en el ascensor a un miembro del personal mecatrónico de sus servicios de limpieza. En la última planta encontró a Lansen, más delgado que nunca, filiforme, todo blanco, limpio como la mesa de acero y cristal, como el cubículo en el que trabajaba, su centro de control de cámaras de videovigilancia. En la batería de pantallas que cubría una pared se sucedían tomografías cerebrales. Habían desplegado bajo el lucernario por el que entraba la luz exterior una membrana semejante al ala de un murciélago albino. Lansen, especialista en situaciones de emergencia, tenía fama de persona influyente, aunque nadie supiera de dónde le venía ese poder. Se definía a sí mismo como generador de tecnología reparadora, significara eso lo que significara, pero Voight intuía que para Lansen reparar equivalía a destruir.

Acercarse a él exigía cierta ceremonia, y Voight esperó a que la puerta se abriera. Te esperaba, Voight, dijo Lansen, y le señaló una silla. Todo seguía igual que la última vez que Voight visitó a Lansen: en orden, quizá porque la habitación estaba prácticamente vacía. Solo había, sobre la mesa, una toalla incoherente, y de debajo de la toalla Lasen sacó una caja de madera tan incoherente como la toalla: cigarrillos, un encendedor de acero Ronson, una V dorada inserta en el metal y una inscripción, Shell-Mex and B. P. Gases LTD. Bajo aquella toalla se escondía el pasado: Voight había usado un encendedor igual en el depósito de desechos del DumDum. Lansen vivía, dormía, si

dormía alguna vez, en aquella habitación, pero, siempre que se reunían, Voight encontraba a Lansen incómodo, como si tuviera que estar en ese momento en otra parte de donde lo alejaba Voight, o cualquier otro que se le acercara. Aquella mañana parecía obligado a hacer un esfuerzo para enfocar la vista. Tan impasible, tan económico en sus movimientos como siempre, inclinaba la cabeza, el globo ocular izquierdo oscilaba de un lado a otro, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, tic-tictic, tic-tictic, parpadeo, tic-tictic, tic-tictic, parpadeo. Consumo de fenciclidina, pensó Voight.

¿Qué pasos te han traído hasta aquí, Voight?, dijo Lansen. Se levantó, se acercó a la pared de monitores y extrajo de la pared una botella de vodka y dos vasos. Puso los vasos encima de la mesa, los llenó. Voight no contestó. Fumaba. Reconstruía sus últimos pasos: había detectado una posible conexión imprevista entre Santos Ololquiaga, Hedda Evangelisti y Eula Ferrer. Había hablado con el Koordinator de la Granada InterOrchester, había interrogado al componente principal de uno de los grupos que grababan con Vigo en el DumDum, y el artista había sufrido un ataque fulminante cuando iba a contestar a una pregunta sobre las investigaciones de la armonizadora Ololquiaga. Y le habían destruido el secadero de tabaco. Voight no dijo nada. Bebió. Era consciente de que Lansen conocía las respuestas de todas las preguntas que se estaba planteando a sí mismo. Recuerda que no es el camino el que lleva hacia la meta, sino que es la meta la que se abre camino hacia el que la va buscando, dijo Lansen, y el globo ocular aceleró su baile. La voz sonó como filtrada a través de un endotraductor. Voight imaginó que Lansen había encontrado aquellas palabras en algún papel tan de otro milenio como el tabaco que estaban fumando.

Vio naranjales a lo lejos, en el cielo, a través del parabrisas del Xpeng, inserciones publicitarias acercándose. Vasos de zumo del tamaño de edificios de cinco plantas se superponían a los naranjos intermitentemente. Los vehículos aeroterrestres que atravesaban la publicidad se disolvían al sol eléctrico de aquellos campos neorreales, que, si existían en alguna parte, debía de ser a cientos de kilómetros de profundidad, en el subsuelo, a no mucha distancia de las nuevas urbanizaciones subterráneas. Había apagado el bioPhone. Iba camino del DumDum. Había entendido las palabras de Lansen: No es el camino el que lleva hacia la meta, es la meta la que se abre camino hacia el que la va buscando. Era verdad: creía estar buscando a los responsables de la demolición de su casa-secadero de tabaco y, en realidad, eran los responsables de la demolición quienes lo estaban atrayendo a donde querían encontrarlo. No dudaba de que cualquiera

habría podido matarlo hacía mucho. No sabía, ni le importaba, quién lo había protegido hasta entonces, quién se preocupaba de que siguiera vivo. No estaba seguro de que su memoria no fuera una amalgama de recuerdos injertados con las piezas de desguace que habían utilizado alguna vez para reconstruirlo. No estaba seguro de cómo había conseguido la red de cicatrices que a veces se le adivinaba en la cara como una fila de condecoraciones disimuladas bajo la ropa. ¿Dónde había perdido el índice y el dedo corazón de la mano derecha? Eligió un escondite donde pudieran encontrarlo: el DumDum, bajo el control de Armonización e Higienización, protegido por blindados y armamento volante. Vigo, la única persona con permiso para acceder en aquel momento al DumDum, no estaba. Voight lo imaginó en los altos de la Gran Vía, buceando en la Costra, entre buscabasuras, si ya no se lo había tragado la masa de basura viva. Le dio lástima Vigo, o algo parecido a la lástima: lo habían convencido de que la amenaza –arrinconarlo, intimidarlo, coaccionarlo– era una forma de protección.

Dejó el Xpeng delante del DumDum, que se viera. Corría el riesgo de que, si el coche permanecía demasiado tiempo allí, lo absorbieran los buscabasuras para alimentar la Costra. Ya lo habrían localizado los blindados volantes. Voight quiso mirarse en las pantallas identificadoras que permitían el acceso al DumDum, pero las encontró muertas. Probó a que las cerraduras reconocieran sus huellas, pero las cerraduras no respondieron. La séptima cerradura le pinchó el dedo: se abrió la puerta, como si el dispositivo hubiera estado esperando la sangre de Voight. Y entonces, cuando se encendieron todas las luces, Voight sacó la Glock. No había nadie en el estudio de grabación. Pasaron dos días, tres días, siete días y nadie apareció. Vivía, casi en penumbra, en el almacén de detritus que Vigo conservaba en el sótano. Cuando no tocaba el piano, iba de un lado a otro, se movía sin un propósito definido, solo para comprobar que aún podía moverse, o como si temiera que le cayera algo encima si seguía en el sitio donde estaba.

Sabía que alguien estaba viéndolo, que cada uno de sus pasos era registrado por sensores. Se fumaba poco a poco, administrándose, el medio kilo de tabaco regalo de Lansen. Se iba bebiendo las cajas de botellas de vodka que había dejado en el DumDum, podían quedar tres o cuatro. Miraba un cuadro en el que un león atacaba a un caballo de crin y cola blancas, saltándole a la grupa. Se paseaba entre cadáveres de electrodomésticos que flotaban en la oscuridad como en el tiempo que ya no existía. Descubrió en un armario una máquina cibernética antropomórfica. Alguna vez le hablaba a aquella réplica de

criatura humana para comprobar que seguía teniendo voz, y cada vez que hablaba la voz le parecía la de una persona distinta. La máquina no le contestó nunca. Tomaba dextroanfetamina. Usaba la ropa de Vigo, y era como si la ropa de Vigo lo comprimiera como una película adherente de polietileno. Se medía: era más bajo que la botella, propaganda de gin Steinhäger, dos metros de altura. Dormía, si dormía, en el Koenigsegg Quant de 505 caballos propulsado por energía solar. ¿Cómo habían podido meterlo en el sótano? Comía, si comía, los alimentos preparados que no se había comido Vigo. Tocaba el Steinway, palpó en el piano para coger el Ronson, propaganda de Shell-Mex and B. P. Gases LTD, y encender un cigarro, pero lo que encontró fue la barra de labios Charlotte Tilbury. Dejó de tocar. Abrió la barra de labios y trazó una raya de pintura en el dorso de la mano derecha, como para probar el color. Se lo había visto hacer a su madre, si no era un recuerdo inventado, o extraído de un muerto, injertado o comprado en alguna parte. Mi madre era otorrinolaringóloga, dijo, pero la voz no le pareció suya. Y entonces se abrió la puerta. Habían venido a buscarlo.

Se acostaban en caparazones de fibra de carbono que podían ser el dermatoesqueleto de un artrópodo, o en tubos de noventa centímetros de diámetro, o entre cartones. Se abrazaban. Roeg no dormía o dormía con los ojos abiertos, como una mosca, y a oscuras fosforecía como la Virgen de Lourdes que Vigo tenía en el DumDum. En la Costra había poca luz y la fosforescencia era muy pobre. Alguna vez, cuando Roeg lo abrazaba o lo tocaba, Vigo veía los dedos de Roeg en el momento en que se clavaron en los ojos de las criaturas que quisieron pararlos cuando se adentraban en la Costra. La lengua de Roeg le acariciaba los labios, se le metía en la boca, y Vigo volvía al momento en que la lengua de Roeg se disparó como un arpón para atravesar el cuello del recolector que cacheaba a Vigo. Se abrazaba a Roeg con más fuerza. Cuando pasaban por un callejón con algo de luz, Vigo observaba a aquel ser transparente, con la cara distinta si la mirabas desde la izquierda o desde la derecha, dividida en dos o unión de dos caras distintas.

Cansaba perderse por pasillos que se bifurcaban, se cruzaban y se enmarañaban antes de volver al sitio de donde habían partido, en curso de demolición o de construcción, Vigo no lo sabía. Apartaba o esquivaba bultos de harapos, gente acurrucada, tramas de cables enredados, criaturas coaguladas o coagulándose. Había individuos que se hacían invisibles si se pegaban a la pared, y había individuos con aspecto de electricista cerebral y cara de estar pensando en su vida. Roeg evitaba rozarse con nadie. Si me rozan un brazo, me lo rompen,

le dijo a Vigo. Buscaba grifos de los que saliera un poco de agua, se lavaba las manos una y otra vez. El agua, si aquello era agua, se filtraba en el suelo poco a poco, sin sumidero. Llevaba un martillo en una funda, y de la misma funda sacaba un jabón azul, como uno que Vigo tenía en el DumDum dentro de una jabonera roja. Tomaba pastillas sin parar. Había momentos en que no podían verse, casi a oscuras. Se tocaban para no separarse. Vigo comía insectos disfrazados de hojas de árbol, si no eran hojas disfrazadas de insectos. Roeg no quería mirarlo mientras abría la boca, masticaba y tragaba. Olía a generadores de electricidad quemados o a punto de arder, a combustibles prohibidos. Un hombre con guantes de goma y un aparato metálico en la mano pidió permiso para medir la cabeza de Vigo. Roeg lo miró y el hombre desapareció. Seguían avanzando. Al fondo de un pasadizo se iluminó la pared, una pantalla de publicidad, algo que Vigo no creía posible en aquel mundo. Era una pantallaespejo: Vigo vio su propia cara, transformándose en otra por remodelaciones óseas, musculares, epidérmicas, espirituales, y en la frente del nuevo Vigo reconoció el logotipo de la Willeford Corporation.

Rull vigilaba a Vigo y a Roeg, cerebros pinchados. Se iban acercando al foco de la enfermedad, a Bendixen. Vigo, el agente, el fármaco, operaba ya sobre el sistema orgánico en el que había sido inyectado, y el organismo operaba sobre el agente: la Costra lo absorbía, lo metabolizaba. Pasaban las horas y los días, y todos eran el mismo día o la misma noche, y Vigo se integraba poco a poco en aquella masa mecanorgánica. Lo estaba devorando la Costra. Electromosquitos comedores de sangre no lo dejaban dormir. Injertos biomecanicoelectrónicos vivos salían de las paredes para implantarse en su carne. Roeg lo cubría. Animales imperceptibles, pero pesados como el aire que se respiraba allí, se le pegaban a la piel. Roeg sabía detectarlos y extirparlos. Ruth Rull, la farmacóloga, veía a través de los ojos y oía a través de los oídos de Roeg. Y oía a través de los oídos y veía a través de los ojos de Vigo: imágenes distorsionadas, conciencia distorsionada, como una voz desfigurada por malformaciones en los labios, los dientes o la lengua.

Alguien te está esperando, le recordaba Roeg a Vigo. Se acercaban al punto de encuentro, o eso decía Roeg, y tragaba pastillas y hablaba de la ley de la gravedad: cuerpos atraídos por otros cuerpos con más y más fuerza según se van acercando unos a otros. Esa misma fuerza hace que las cosas caigan, pensó Vigo, pero no lo dijo. Comía en expendedores de basura nutritiva. No era mala. Se lavaba vestido bajo las filtraciones que goteaban del techo. Cerraba los ojos y con las

manos se tapaba la nariz y la boca por miedo a envenenarse. No se disolvía porque el espacio que lo rodeaba se le pegaba a la carne y a la ropa. O se estaba disolviendo, asimilado por las adherencias que lo envolvían poco a poco. No le pesaba la Heckler & Koch, pero notaba que le había roto la camisa, como si quisiera fundirse con la carne.

De pronto había tanta luz que obligaba a cerrar los ojos y tanta oscuridad que obligaba a andar a tientas con las manos y los pies para no hundirse en un agujero o chocar con un muro. Apartaban bultos y maquinaria organicosintética. Por todas partes se cruzaban con gente que parecía haberse propuesto no dejarles llegar nunca a donde querían ir. Chirriaban los parásitos eléctricos como interferencias en una red alámbrica de hacía sesenta años, híbridos con pico y cuernos y antenas o escafandras y máscaras de soldar levantaban en la niebla de luz limón manos con uñas-bisturí, bailando cada uno a su ritmo, quizá con bioauriculares injertados, seres vivos convertidos en parte de sistemas electrónicos. Vigo seguía a Roeg, subía y bajaba rampas y volvía a subir y bajar antes de bajar y subir otra vez. Era como si Roeg quisiera desorientarlo antes de perderlo. Llegaron a la entrada del pasadizo. Vamos, dijo Roeg, y Vigo se adelantó. Lo que parecía un hombre o una mujer salió al encuentro de Vigo, como si estuviera esperándolo. Movía la cabeza, hablaba consigo mismo o usaba un bioPhone. Sus pasos se volvieron más lentos. Vigo imitó los pasos. No veía la cara de quien se le iba acercando, de quien ya le cerraba el camino y lo obligaba a detenerse. A Vigo le recordó a alguien conocido, pero no sabía a quién. En la frente de la criatura extraña apareció el logo de las clínicas de remodelación Willeford. Vigo había vuelto a encontrarse con Vigo: estaba ante otra pantallaespejo, volvía a ver como se transformaba su cara en las imágenes publicitarias de la Willeford Corporation. A la izquierda, gritó Roeg, y Vigo tomó el pasadizo que tenía a la izquierda. El camino más fácil lleva al mismo sitio que el difícil, decía Roeg, mientras lo hundía más en aquel agujero, siempre por lugares más difíciles. Alguien con quien había coincidido antes en alguna parte lo esperaba al fondo, de pie, bajo la única luz que iluminaba el callejón. Parecía dormido, o muerto, o dormido como un muerto, hinchado, cara de plástico deformada por la llama de un soplete. Abrió y cerró la boca, la abría y la cerraba. Era el señor Hu, más viejo que Hu, ni se parecía a Hu. Vigo alargó la mano para tocarlo, y Hu, si era Hu, se encogió para reducir el espacio de carne que podía ser herido, dio media vuelta y salió corriendo. Síguelo, dijo Roeg, y Vigo siguió al hombre que podía ser Hu.

18

Has tardado, dije. No me contestó la señora Ferrer, y yo brindé con vodka y dextroanfetamina y seguí tocando el piano. Ferrer podía haber venido a ofrecerme una parte en su negocio o a cortarme el cuello. La he visto manejar instrumental quirúrgico sobre los vegetales de su laboratorio botánico. La señora Ololquiaga pasaba en ese momento entre dos bombonas de oxígeno y esquivaba el jukebox y la maqueta de un mísil nuclear. Se movía con precaución. No quería infectarse de pasado sucio en aquel pozo de tiempo que era el depósito de basura y objetos perdidos de Antonio Vigo, donde hasta la luz tenía polvo. Armonización e Higienización había secuestrado mis máquinas limpiadoras. Añadí más vodka, más piano, música azucarada, dorada, feliz, espumosa, de cuando el Ejército Rojo se disponía a conquistar Berlín. Canté. In der Nacht ist der Mensch nicht gern alleine, de noche a la gente no le gusta estar sola. Denn der Mensch braucht ein kleines bisschen Liebe, porque todo el mundo necesita un poco de amor. Sentí lo que une a todas las personas que he sido: este estado de tensión permanente, inapagable. Seguí cantando. In der Nacht ist der Mensch nicht gern alleine, de noche a la gente no le gusta estar sola. Y me contestó una voz que no esperaba: Denn die Liebe im hellen Mondenscheine ist das schönste, porque el amor a la clara luz de la luna es lo más hermoso. Era Utta Ohler.

Si Ohler llegaba en el mismo estado que su voz, sufría una avería general poco reparable. ¿Qué hacía acompañando a Ferrer? Ololquiaga se había acercado al piano. Miraba a Ohler, y a Nuestra Señora de Lourdes sobre el piano, y el acero del encendedor Ronson: todo parecía del mismo color, Ohler, la Virgen luminiscente y el Ronson, y, a la luz del DumDum, Ololquiaga parecía hermana de Vigo, el perdido en la Costra, o Vigo disfrazado de Ololquiaga, los dos de la misma piel. No dejé de tocar «In der Nacht ist der Mensch nicht gern alleine», mi madre me cantaba esa canción. Yo no sabía que trabajaba para Ferrer cuando fui en busca de Bendixen y ahora Ferrer venía a pagarme o a matarme, quizá para resucitarme después con una memoria nueva.

Tendrían que barrer y borrarme más de una memoria, mi cabeza es una maraña de biomemorias pertenecientes a distintas personas, un depósito de basuras, cosas viejas y pasado sucio, no sé si mío o implantado, parecido a la colección de desechos que Vigo guarda en el DumDum. Tampoco Ololquiaga almacenaba una memoria única, sino

siete memorias diferentes además de su biomemoria o memoria personal, siete procesadores unidos y cruzados. Ferrer sabía que yo había copiado y filtrado las memorias de Ololquiaga, se lo había dicho yo. Y sabía más: yo tenía el monopolio zonal de las máquinas limpiadoras. Puesto que la basura dice mucho de quienes la producen, yo poseía un conocimiento único –siempre a disposición, se supone, de la Unidad de Tácticas Armonizadoras– sobre la realidad psicosomática, los hábitos y los comportamientos de las personas, así como del estado de sus conciencias. Vigo y la farmacóloga Rull habían hecho en la biomemoria de Ololquiaga el trabajo de mis máquinas limpiadoras: desparasitación, exterminio de elementos indeseables, desinfección e implantación de antisépticos preventivos. Vigo me había pasado toda la basura extraída de la biomemoria de Ololquiaga. Soy especialista en tratamiento de residuos y vertidos. Yo era dueño de las memorias cibernéticas y de la antigua biomemoria de Ololquiaga. Sabía de Ololquiaga más que Ololquiaga y más que la señora Ferrer. Si me salvó de Vizcarra o salvó a Vizcarra librándolo de mí, Ferrer había dispuesto de mí dos veces: me había sacado de la casa de los invernaderos y me había utilizado para deshacerse de Bendixen y de Hu. Y ahora podía venir a cortarme el cuello o a comprarme, ofreciéndome participar en el negocio que estaba montando.

Ferrer no tenía que contarme lo que ella pensaba o planeaba. Para adivinarlo me bastaba recordar todo lo que había pasado hasta entonces. Soy un electricista. Me había entretenido en separar lo conectado y conectar lo separado, en manipular interruptores y observar cómo la luz se encendía o se apagaba: Ferrer, Hu, Bendixen, Rull, Vizcarra, el cuello cortado y la identidad remodelada de Ololquiaga, y el dúo Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik como música de fondo. Ferrer se limitaba a mirarme, como si a través de mis ojos leyera dentro de mi cabeza, aunque ya supiera lo que iba a encontrar: cosas peligrosas que es mejor no saber. Habló por fin: Dime tú, Voight, lo que he venido a proponerte.

Me quieres para que te ayude a ampliar el negocio, ¿no es así?, dije sin dejar de tocar el piano, y Ferrer no me contestó. No os basta con vender invisibilidad bajo control de Armonización e Higienización, dije. Estáis a favor del comercio libre, de la proliferación de las burbujas de invisibilidad, del espíritu de la invisibilidad, como llamáis al fenómeno en el Departamento. Estáis cansados de la guerra con las facciones de Armonización e Higienización contrarias a la invisibilidad. Ahí tienes a Ololquiaga, dije, y Ololquiaga no pareció oírme, inmutable, como en una cápsula transparente o en el vial de alguna vacuna antivírica, detrás de una

pared de vidrio, suspendida en otra realidad. Era casi tan larga como la botella de dos metros de altura, propaganda de gin Steinhäger. Por la textura de la piel del cuello, parecían haberle injertado una cabeza nueva. Me recordaba a una mujer que conocí en Biarritz. Estuvo en una fiesta y luego se fue a América.

Hemos vendido invisibilidad controlada desde Armonización e Higienización y ahora, supongo, Bendixen y tú estáis interesados en la invisibilidad ilegal, dije. Os sería más rentable, ¿no? Utta Ohler, entre un pinball y una vitrina de instrumental médico –biotaladros, insectos metalizados mordedores y crustáceos con fórceps–, miraba a Eula Ferrer como si esperara verla sufrir una mutación que quería observar con sus propios ojos. Trabajo para UniComplex, dijo entonces Ferrer. El sistema de Armonización e Higienización es parte de UniComplex, lo sabes. Vendemos vigilancia, vendemos felicidad, dijo Ferrer, como si repitiera alguna de las consignas publicitarias programadas desde la Willeford Corporation, la rama de UniComplex dedicada a la estetización de la realidad, y empezó a sonar la alarma nuclear de hace mil años que Antonio Vigo conservaba en el DumDum: eran las seis y media de la mañana. Ferrer siguió hablando. UniComplex inocula visibilidad universal, seguridad absoluta y permanente, y nosotros vendemos invisibilidad caducable, un poco de inseguridad, un poco de emoción, dijo Ferrer. Dime, Voight, ¿qué pasaría si las burbujas de invisibilidad escaparan de todo control en manos de alguna entidad ajena a UniComplex?

No abrí la boca, seguí con el piano, como si acompañara la canción que Eula Ferrer me estaba cantando con tanto sentimiento, y la que respondió a la pregunta de Ferrer fue Ololquiaga. Había atravesado la pared de vidrio invisible del vial que la protegía para acercarse al Steinway, coger el Ronson y encenderme el resto del cigarrillo que me quedaba entre los labios. La mejor manera de combatir la invisibilidad es propagar la invisibilidad fuera de control de Administración e Higienización, dijo la armonizadora Ololquiaga, hasta hacía muy poco acérrima perseguidora de la invisibilidad. Hablaba como siempre, con la autoridad del manual de instrucciones de una máquina e, incluso en su defensa de la difusión masiva de invisibilidad, parecía decidida a seguir combatiendo la invisibilidad, aun a costa de extender la infección para detectarla, dominarla y exterminarla mejor. ¿Qué significa la invisibilidad?, preguntó didácticamente, sin dirigirse a nadie, dejando flotar en el aire una de esas cuestiones que se plantean porque ya se sabe la respuesta. Ololquiaga se contestó a sí misma. La invisibilidad significa lo peor del pasado: imprevisión, enajenación, inseguridad, insatisfacción, desorden nervioso, criminalidad

indiscriminada y gratuita, enfermedad, infelicidad, en una palabra, suicidios, dijo.

Expulsé el humo, aplasté en el cenicero de cristal publicidad de Senior Service el cigarrillo que acababa de fumarme, bebí más vodka, lié y encendí otro cigarro con mi mano de tres dedos y salté de la canción alemana que cantaba mi madre a la irrupción del piano en el Concierto para la mano izquierda en re mayor. Yo no había perdido la derecha en la Primera Gran Guerra, pero sí dos dedos en algún conflicto local. Santos Ololquiaga aprovechó la solemnidad pianística para enfatizar su discurso. El tráfico incontrolado de invisibilidad obligará a desatar una guerra mundial contra la droga antivigilancia bioelectrónica, dijo.

Una mano derecha invadió el concierto para la mano izquierda como alguien que derribara tres o cuatro sillas en una habitación ordenada. Tenemos que hablar, dijo la señora Ferrer, y se acabó la música. La directora de la orquesta mandaba callar. Ven, dijo. La seguí. Tocó el dedo de Ololquiaga la cabeza del mandarín que guarda Antonio Vigo en su almacén de basuras, y el mandarín dijo sí, sí, sí. Utta Ohler manipulaba la alarma nuclear, quería que sonara otra vez, registrarla, mezclarla con sus violonchelos. Camino de la oficina de Vigo vi como Ferrer se volvía violeta y verde y rosa a la luz de una copa de neón violeta y verde en la que no paraba de moverse una bailarina de neón rosa. Se encendió una palabra, BombClub, y volvió a apagarse. En la oficina de Antonio Vigo ocupé el sillón principal y le señalé a Eula Ferrer el sillón destinado a las visitas y a la clientela. Era Ferrer la que venía a proponerme algo y yo sabía ya de qué se trataba. Abrí el cajón donde Vigo guardaba alguna de mis botellas de vodka. No había vasos. Bebí de la botella. Has perdido el contacto con tu farmacéutica de confianza y quieres que tu electricista de confianza lo restablezca, ¿no es eso, Eula?, dije. No me gustaba la luz de aquel despacho y, con la puerta abierta, Ferrer parecía seguir manchada por el fulgor de los neones. Era una cara cambiante que solo decía una cosa: se acabó el piano, el instrumento que entra ahora es la Glock. Apagué el cigarro contra la superficie de cristal de la mesa. No hay tanta diferencia entre un piano y una pistola, entre tocar el piano y disparar y fumar: es siempre recomenzar, repetir los mismos gestos, repetición y renovación continuas.

19

Válvulas y grifos y tuberías, carrocerías oxidadas, calderas y maquinaria y cascotes de ladrillo y cemento: cruzaba la zona en la que

se confunden el interior y el exterior de la Costra. Allí había tenido la amabilidad de abandonarme la señora Ferrer. Entre seres que hacían desear a quien tenían cerca no haber sido detectado y sombras que pasaban como si no quisieran ser vistas, me vi en una habitación metálica. Llovía: sudoración, respiración, humedad condensada. Hacía calor. ¿Cómo se salía de aquel cuarto? No veía ninguna puerta. Un animal color de sangre seca me miraba como una cámara de seguridad, escamas y espinas en el cuerpo-caparazón, boca tubular chupasangre, ojos de pulga, dos patas y cuatro brazos, un metro y setenta centímetros de altura, electrodos y cables en la cabeza, le faltaba una mano: podía ser un producto del laboratorio de la farmacóloga Rull, si el mensajero que Rull mandaba a recibirme no era una cosa que fosforecía en la oscuridad como la imagen verde de los huesos de un pie humano en una pantalla de rayos X de 1950.

Estaba seguro de que la farmacóloga ya había recibido aviso de que Ferrer me mandaba a buscarla. Conozco a Rull: ojos electrónicos dentro de la cabeza a la caza de ondas cerebrales procedentes del exterior. Seguía lloviendo. Hacía calor. No vi cómo, pero di un paso y tropecé con una especie de funcionario sudoroso y manchado de barro, desorientado, bajo un paraguas. No me miraba a mí, no miraba a ningún sitio, podía ser ciego. Parecía manso, pero puse la mano en la Glock. Aquella cara, una mezcla mal hecha de carne, metaloides y polietileno, me recordaba a la de una avispa que lleva parada en la pared mucho tiempo y en cualquier momento reacciona de un modo inesperado. El funcionario se cansó de no mirarme, dio media vuelta y se puso en movimiento. Lo seguí, aunque no tenía ningún motivo para seguirlo si no era la voluntad de salir de aquella habitación sin puertas en la que no paraba de llover.

La luz era tan poca que no vi si atravesamos la pared o si la pared retrocedió ante nosotros, el funcionario y yo, entre gente que se movía como si fuera ciega. Dejó de llover. Hubo más luz, como si el espacio, al recibirme, se adaptara a mis ojos: un organismo modifica su comportamiento en respuesta a las señales procedentes del mundo exterior. Las cosas aparecían y desaparecían sin conexión ni propósito. Cintas transportadoras se ponían en movimiento y se detenían tartamudas, espasmódicas, y en una de aquellas contracciones choqué con la espalda del funcionario. Era dura como una pared de hormigón. El funcionario no pareció notarlo. No se había preocupado en ningún momento de ver si yo lo seguía. Había cerrado el paraguas, que ahora manejaba como una porra eléctrica. Pasamos bajo una señal metálica, Hamburg Hauptbahnhof, y nos encontramos en mitad de lo que parecía una celebración, focos verdes y amarillos y azules, euforia

idiota y criminal, desguace con martillos y mazas de algo semejante a una roca con huevos fósiles de avestruz incrustados. Seguimos adelante, subíamos por una rampa, hundiéndonos un poco más a cada paso en lo que no tenía salida ni fin. Imaginé a Vigo bajo la Costra, comido por la Costra, asimilado por la Costra. Oí lo que podía ser el bisbiseo de un motor o el murmullo de gente al otro lado de la pared hablando en voz muy baja, o una tormenta de alaridos y gritos emitidos muchos metros más abajo o más arriba de donde estábamos. No me separaba de mi guía, y no sabía quién se ocupaba de dirigir sus pasos. Fuera quien fuera, Ferrer o Rull, me llevaría a alguna parte.

He perdido la conexión con Rull, localízala antes de que la localice Vizcarra, si no lo ha hecho ya, me había dicho Ferrer. Conozco a Rull: enchufes y electrodos, canales que se interfieren, exceso o déficit en el cerebro de impulsos eléctricos, obstrucción o hemorragia de datos, conexión a nuevos canales, operadores remotos, conexiones a sistemas neuronales independientes de la señora Ferrer. Las paredes se movían, desaparecían mientras no las mirabas, se expandía el espacio, o se contraía, se autodevoraba para expandirse más.

Te resumo lo que quiero, Voight: detén a Rull, que respete a Bendixen, que no lo toque Vigo, Vigo va con su Heckler & Koch, aunque dudo que sepa usarla, dijo Ferrer. Iba a responderle, pero me puso en los labios un dedo frío, de cirujana de vegetales nanobiónicos. No hables, lo sé, dijo Ferrer. Ella tampoco habló más, pero yo la oía dentro de mi cabeza: Lo sé, Bendixen te dejó sin casa, y yo quería deshacerme de Bendixen, pero se cambia de casa y se acaba viviendo mejor que antes, tú tienes experiencia, y cambian los afectos, y los intereses, y los mercados, dijo la señora Ferrer sin pronunciar una palabra. Sin pronunciar una palabra le respondí, aunque no sé si me oyó: Fuiste tú la que mandaste a Bendixen a destruir mi casa, fuiste tú.

Así que la señora Ferrer quería que su electricista particular volviera a conectarla con Bendixen a través de Rull: necesidades del negocio. Repasé el esquema multifilar de todo el sistema eléctrico como si lo viera grabado en la espalda del funcionario al que yo había decidido considerar mi guía. El funcionario no parecía haber notado mi existencia. Marqué los componentes de la instalación eléctrica proyectada por la señora Ferrer. Seguí las posibles interconexiones entre elementos distintos. El esquema era simple, un cruce entre tres ramas de Armonización e Higienización: unidades favorables a las burbujas de invisibilidad bajo control, contrarias a las burbujas (al espíritu de la invisibilidad, como era conocido el fenómeno en el Departamento), y partidarias de la proliferación incontrolada, pero

bajo control, de las burbujas de invisibilidad. Situé en el esquema a Vizcarra, el previsor de cortocircuitos, el agente de la Unidad de Tácticas enviado a cerrar las grietas abiertas en el Departamento de Armonización e Higienización, el encargado de evitar que el Departamento se autodestruyera como una de esas células que se rompen, pierden material celular, liberan sus encimas digestivas y se digieren a sí mismas desde fuera.

¿Cuántas veces me había explicado Ferrer lo que no requería explicación? CorpUnivers llevaba años desarrollando para Armonización e Higienización biochips bloqueadores de los dispositivos cerebrales de prevención y detección de conductas insalubres. Si se quería mantener el auge del complejo industrial de la salubridad universal era necesario no solo mantener el consumo de visibilidad obligatoria, sino aumentarlo. La finalidad del programa de invisibilidad no es acabar con el programa de salud general obligatoria, sino perfeccionar el programa de salud general obligatoria. Hemos creado la minoría invisible para que la mayoría absolutamente visible la perciba como perniciosa para la salud general, me había explicado Ferrer la primera vez que me puso en contacto con la farmacóloga Rull. Era verdad: infecciosos me parecían los seres monstruosamente visibles que se apartaban mientras yo seguía al funcionario del paraguas-porra, y chillaban y se derrumbaban si el funcionario les soltaba una descarga eléctrica con la punta del paraguas.

Creemos que la mejor manera de combatir la invisibilidad es propagar la invisibilidad fuera del control de Armonización e Higienización, me dijo Ferrer. Le cobré por oírla y por conocer a Rull y por conectar a Rull con Vigo. Entendí el negocio: las burbujas de invisibilidad, el espíritu de la invisibilidad, la droga de la invisibilidad, como quisieran llamar al fenómeno, desataría la guerra contra la invisibilidad. No hay mejor negocio que una guerra.

Sé algo de propaganda: me imaginaba –ya estaba viendo– los horrores de la invisibilidad exhibidos en las pantallas publicitarias: suicidios, inseguridad, insatisfacción, infelicidad, artistas de las psicovisiones destruidos por la droga de la invisibilidad, imitadores de los artistas, más demanda de invisibilidad, más suicidios voluntarios y pseudovoluntarios de artistas e imitadores de artistas, más infelicidad y más demanda de inserciones de terapia preventiva y seguridad absoluta, más ansiada que nunca la felicidad de sentirse seguros, protegidos por un sistema de vigilancia total, éxito doble: en auge el negocio de la droga y el negocio de la felicidad general, con filtrado,

para su eliminación, de personas insanas.

¿Para qué necesitaba ahora Ferrer a Bendixen, de quien tenía decidido deshacerse? ¿Disponía de puntos de aprovisionamiento y líneas de difusión de chips de la invisibilidad a los que no llegaba Ferrer? Tanto Ferrer como Bendixen habían trabajado siempre para UniComplex, y tanto Ferrer como Bendixen me pagaban con créditos de UniComplex, y no conozco a nadie que dependa de una fuente de ingresos que a través de decenas o cientos de bifurcaciones no se remonte a UniComplex. Todo lo que se compra y se vende procede de UniComplex, la visibilidad y la invisibilidad, por ejemplo. Supuse que Bendixen, estuviera donde estuviera, ya esperaba a algún enviado de Ferrer.

Seguí adelante. Entré en un pasadizo de dos metros entre muro y muro y antes de alcanzar la salida vi la barrera: un brazo de cemento, desnudo, sucio y demasiado largo surgía de la pared izquierda y, con un dedo, mantenía contra la pared derecha a un individuo que se buscaba algo entre la ropa. Mi funcionario-guía descargó el paraguas sobre el brazo, el brazo se contrajo bajo los efectos de la descarga eléctrica, el funcionario continuó su avance, el brazo volvió a extenderse en un espasmo y el hombre gritó, aplastado contra la pared. Pasé por debajo del brazo. Temía que el funcionario desapareciera al salir del pasadizo, que continuaba en otro pasadizo más ancho como si se hubiera abierto para admitir a quienes parecían esperarnos. Eran dos, dos cuerpos pegados uno al otro como simbiontes o siameses. Se separaron para que entre los dos pasara el funcionario y volvieron a cerrarse para que no pasara yo, que vi desaparecer a mi guía. No se volvió a mirarme, no sé si el funcionario supo alguna vez que yo repetía sus pasos, o si esa circunstancia solo era pertinente para quienes dirigían desde algún sitio a aquel cuerpo de hormigón sudoroso. Los dos que me esperaban se habían envuelto en caucho como si emergieran de una cisterna de aguas subterráneas. Soy Drucker, señor Voight, lo estábamos esperando, dijo la mujer. Medía dos metros. El tritón que llevaba injertado en la frente me miraba como miraría a una araña antes de comérsela. Bienvenido, me saludó el individuo con tres ojos, dos ojos color de pared, un ojo de visión nocturna en la frente, ojo quemado, fundido, ciego, y voz producto de órganos fonadores sintéticos, mal fabricados o comprados en un comercio de carne usada. ¿Os manda Bendixen?, pregunté.

Los mandaba Rull, y a donde estaba Rull me llevaron. Encontré a la farmacéutica sentada en una tabla que parecía servirle de cama, quitándose y poniéndose una bota, como si buscara en la bota algo

que le apretaba o le dolía. Me miró como si yo fuera el clavo o la piedra que le molestaba dentro de la bota. La escolta de Rull, la mujer tritón y el hombre de los tres ojos, siete ojos en total, aunque uno fundido, me miraban también: los veía, a mis espaldas, en el espejo roto del ascensor donde se alojaba Rull. En otro ascensor muerto me había recibido en Bolzano y, como en Bolzano, no parecía cómoda donde estaba, como si acabara de despertarse en un sitio donde no esperaba estar. Con una sierra cortametales habían abierto una ventana en la pared del ascensor y en la ventana apareció y desapareció una cabeza. Tapa eso, dijo Rull, y el hombre de los tres ojos encajó en el hueco de la ventana una plancha de polipropileno azul en el que habían pintado estrellas doradas. Aquí tenemos a Voight, dijo Drucker, y entendí que Rull, el hombre y la mujer tritón eran en aquel momento una sola inteligencia que operaba desde distintos puntos con seis brazos, seis piernas, tres bocas, seis orejas y ocho ojos, más todas las extensiones que partían de los microcircuitos que Rull se había inyectado en el cerebro y que en algún lugar de la Costra, supuse, conectarían con Antonio Vigo.

Vuelve a la superficie y dile a Ferrer que Bendixen es nuestro, dijo Rull, que había dejado la bota encima de la caja de herramientas donde guardaba su equipo químicoelectrónico. Vi que el pie descalzo llevaba tres calcetines de distintos colores y en distintos niveles de desintegración, uno encima de otro. Cabeza rapada, ropa vieja sobre ropa vieja cosida con cuerdas y cables, la Costra la estaba absorbiendo, asimilando y digiriendo como a Drucker y al hombre del ojo fundido en la frente, protegidos por vainas de caucho termosellado y materiales ignífugos, hinchados a la moda de la Costra y sus seres deformes: volumen y consistencia cambiantes, ropa acumulada sobre ropa como manera menos pesada de cargar con el equipaje. Dile a Ferrer que no la necesitamos, dijo Rull.

20

Vigo vio por fin a Stein en una de las pantallas que le servían para vigilar desde su oficina cada rincón del Kontakte. Estaba con Ololquiaga en la barra, y Ololquiaga y Stein parecían emitir una luz propia entre las luces del baile: se cogían las manos como si se despidieran, sellaran un pacto o celebraran algún rito religioso. Vigo esperaba a Stein desde hacía semanas. La última vez que se había encontrado con él había sido bajo la Costra, donde menos esperaba encontrarlo y con quien menos esperaba encontrarlo: Stein se reunía con Bendixen y Rull, y se comportaba –o así lo percibió Vigo– como si hubiera recibido el encargo de proteger a Bendixen.

¿Qué hacían Rull y Bendixen juntos? ¿No lo guiaba Rull hasta Bendixen para que acabara con Bendixen? Vigo no supo qué contestarse. ¿Para qué le había pedido Ferrer que llevara encima la HK? Pero Rull aparecía con nuevas instrucciones recibidas directamente de la Unidad de Tácticas o, con más precisión, de Vizcarra: Ferrer y Bendixen estaban condenados a ponerse de acuerdo o a ser eliminados los dos. Se repartirían en la zona el negocio de la invisibilidad y Stein actuaría como enlace entre las partes. Tanto Ferrer como Bendixen crearían su propia red, compatible y complementaria con otras redes. UniComplex había diseñado el sistema para multiplicar los focos de distribución de invisibilidad. Vigo oía lo que hablaban Rull y Bendixen y se daba cuenta de que llevaba meses sin dar un paso que no hubiera sido decidido por alguien que no era él.

Vivía con Roeg. Seguía en contacto con Rull a través de Roeg. Vivía una vida feliz. Había vuelto de la Costra para descubrir en el Kontakte que el estilo de vestir, la moda de la Costra invadía la calle y se iba extendiendo. La música del dúo Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik sonaba en ese momento en Oslo, Kingston, Kuala Lumpur, Elsinor, Shanghái, Río, Santander, Hamburgo, Hong Kong, Manchester, Detroit, Seattle, Dubái, Buenos Aires, Nairobi y el Kontakte, además de en miles de puntos más de los que Vigo no tenía noticia. Hedda Evangelisti manejaba nuevas máquinas viejas procedentes del almacén de desechos de Vigo, Akai MPC 2000 XL, E-mu SP-1200, ruidos de otro milenio pasados por un mohoso sintetizador Morpheus Z-Plane, mientras Utta Ohler filtraba a través de la caja de resonancia de su violonchelo el sonido de un martillo hidráulico taladrador mezclado con interferencias no deseadas,

parásitos generados por dispositivos electrónicos próximos, y alarmas antiaéreas. Bailaba la gente, trescientos cuerpos amplificados, extensiones protésicas, epidermis tintadas, la última moda, tribus amarillas, verdes, violeta, naranja, arcoíris o emisoras de una luz verde subcutánea, operadores de residuos tóxicos en sus horas libres sin un milímetro de piel al descubierto, animales fototrópicos de compañía que reaccionaban a los juegos de luces del Kontakte. Un insectoide abrazaba a su pareja de baile con las seis patas. En la barra, fuera de la pista, Vigo descubrió a Stein y a Ololquiaga.

Vigo era consciente de que Stein sabía más de Ololquiaga que la propia Ololquiaga. Si Ololquiaga se conocía a sí misma tal como era en ese momento, Stein conocía a otra Ololquiaga, muerta hacía meses, a la que habían degollado en una bañera. Especialista en tratamiento y análisis de vertidos y residuos, Stein había procesado la basura extraída de la biomemoria de la Ololquiaga difunta. Se la había pasado Vigo. Pocas cosas dicen más de una persona que los desechos que produce, y Stein había entendido por fin las relaciones entre Ololquiaga y Hedda Evangelisti, y entre Ferrer y Utta Ohler. El dúo Arbeitskraft había tejido con su música la telaraña de difusión, fabricación y distribución de invisibilidad. De su violonchelo y de sus aparatos de percusión había partido el flujo de mensajes cifrados que había servido para extender y a la vez controlar la red global de venta e inyección de biomicrocircuitos invisibilizadores.

Hedda conectaba entre sí al núcleo de Armonización e Higienización contrario a la distribución masiva de invisibilidad. Utta enturbiaba los mensajes de Hedda y los contrarrestaba con sus propios mensajes cifrados dirigidos al núcleo partidario de propagar la droga bioelectrónica antivigilancia. Era a Utta a quien investigaba Ololquiaga cuando interrogó a los aluXyviXio. Stein lo descubrió al analizar la memoria-basura de la Ololquiaga muerta. Y así entendió por qué fue fulminado en el acto, antes de que pronunciara el nombre de Utta Ohler, el aluXyviXio dispuesto a decirle en el DumDum quién era la persona que le interesaba a Ololquiaga. Stein no había podido aclarar si Hedda Evangelisti y Utta Ohler eran conscientes de para qué sonaba su música en el Kontakte, en Nairobi, en Dubái, en Maracaibo, en Detroit, en Lanzarote, en Kensington y en mil puntos más. Que lo supieran o no lo supieran daba lo mismo. Y daba lo mismo que supieran en ese momento que sus mensajes habían sido conciliados, fundidos, convertidos en uno para que la venta de burbujas de invisibilidad se multiplicara en todas partes.

Hablaban Stein y Ololquiaga, aunque era imposible que con la

música de Arbeitskraft pudieran oír lo que estuvieran diciéndose. O leen los labios o les suenan directamente las frases dentro de la cabeza a través del bioPhone, pensó Vigo. Cuando bajó de la oficina y llegó a donde Stein y Ololquiaga habían estado, no los encontró en la barra. No le pareció raro: tanto a Stein como a la armonizadora los encontraba donde no esperaba encontrarlos, y no los encontraba donde los había visto unos segundos antes. Pidió agua, es decir, vodka camuflado en una botella de agua de Baden-Wurtemberg. Bebió. Y, donde había estado apoyada dos minutos antes la mano izquierda de Stein, apareció la mano biónica de Vizcarra. La última vez la había visto protegida por un guante de nitrilo. En ese momento, en la oscuridad fulgurante del Kontakte, iluminada intermitentemente por las luces giratorias, la mano le pareció demasiado perfecta, demasiado nueva.

Vizcarra se presentaba en el Kontakte o en el DumDum cuando creía conveniente seguir en persona la marcha del negocio, el ritmo de distribución de la invisibilidad, o cuando quería cerciorarse de que en las psicovisiones que se grababan y producían en el DumDum se cumplía el programa de inserción de publicidad, perceptible e imperceptible, de la droga antivigilancia bioelectrónica, de las burbujas de invisibilidad. En su primera visita al Kontakte –dijo que le gustaba la música de Arbeitskraft, Kritische und revolutionäre Musik, que le interesaba cómo cruzaban Utta Ohler y Hedda Evangelisti el violonchelo y las percusiones– le había devuelto a Vigo la placa discoidal que había aparecido en el DumDum después de la visita de Ololquiaga, y Vigo no adivinó si era para controlar cada uno de sus movimientos o porque ya se le consideraba un funcionario más al servicio de Armonización e Higienización.

Vizcarra movía los labios y Vigo no podía oírlo. Todos los aparatos de la máquina electrónica de ruido de Ohler y Evangelisti se aproximaban al grado de rendimiento máximo. Vigo activó su bioPhone. Vizcarra volvía a interrogarlo sobre cuestiones que Armonización e Higienización y la Unidad de Tácticas, es decir, Vizcarra, ya conocían perfectamente. Se vio Vigo en los ojos del interrogador, y se irritó: se veía como en un retrato malo, una imagen que le daba una expresión infame que no creía tener. Más se miraba Vigo en los ojos de Vizcarra cuando los focos del Kontakte los iluminaban, y más se iba deformando, y la masa que bailaba empezaba a empujarles, la masa consumidora de invisibilidad, en danza, al ritmo de Arbeitskraft, chocando cuerpos contra cuerpos, pies y piernas inquietas, gestos espásticos, descoordinados, músculos desobedientes a las órdenes, artefactos más o menos humanos poco

duraderos, fábricas bioquímicas a punto de estallar.

Se fue Vizcarra y el aire perdió peso, y Vigo siguió bebiendo su vodka disimulado en una botella de agua, frente al público del Kontakte, consumidor de invisibilidad. Aquella noche la pista de baile estaba tomada por especialistas en injertos mecatrónicos y reconversión de seres vivos en componentes de maquinaria bioelectrónica. Participaban en una concentración internacional promovida por CorpUnivers. Poca invisibilidad iba a venderles: sus laboratorios eran en sí mismos una burbuja de invisibilidad. No le importaba a Vigo. Era rico, o más rico de lo que nunca había pensado llegar a ser. Pero la prosperidad no le quitaba, sino que le aumentaba el miedo a una repentina avería general, a la desconexión total y la desaparición fulminante. Estuviera donde estuviera se sentía siempre en un lugar peligroso. Había dejado de ver a Rull: la farmacóloga se relacionaba con él a través de Roeg. Vigo vivía con Roeg, Roeg, ni hombre ni mujer, animal humano y no humano, mecánico, vegetal, mineral, Vigo no lo sabía. Cuando se despertaba y volvía a ver y a tocar a Roeg se extrañaba siempre de que Roeg existiera. Rull era especialista en intromisiones y reformas en la fábrica química cerebral, y Roeg podía ser una criatura de Rull, o parte de una psicovisión, producto de una de las grabaciones del propio Vigo, un hombre vacío, según Ruth Rull, invadido por las conciencias y las subconciencias ajenas, por la basura mental que extraía y procesaba en el DumDum.

Y entonces Vigo sintió que se le pegaba un cuerpo, y le empujaba, alguien que se protegía de la cabeza a los pies con un abrigo-coraza termosellado, de un material que parecía insensible a las luces del Kontakte. El volumen de la criatura desplazaba a Vigo del sitio donde estaba, pero la mano de la criatura lo retenía, lo atraía hacia ella, y Vigo temió que la criatura estuviera en el Kontakte para hacerle daño. Sirenas de bombarderos Stuka pasadas por el violonchelo de Utta Ohler, más ruido, atravesaron la pista de baile, y aunque Vigo no oyó lo que decía aquel cuerpo, vio el movimiento de los labios: Stein. ¿Stein?, dijo Vigo. La mano soltó el brazo de Vigo y se cerró. Se encendió en el bioPhone injertado en el dorso de la mano izquierda lo que podía haber sido uno de los neones que Vigo almacenaba en el sótano del DumDum: Bar Hipódromo Sociedad Hípica. ¿Dónde? ¿Cuándo?, preguntó Vigo. América, dijo el mensajero, o eso creyó leer Vigo en los labios. Y el volumen que, envuelto en goma negra, tanto espacio parecía ocupar dio media vuelta y ya no estaba: visto de espaldas, era aún más grande que visto de frente. No quedaban dudas ni preguntas, todo estaba claro: Bar Hipódromo Sociedad Hípica, si

existía un bar que se llamara así. Sin saber a qué dirección, ni qué día, ni a qué hora acudir a la cita, decidió obedecer en ese mismo instante la orden que acababa de recibir.

Se bebió el vodka que quedaba en el vaso, dejó en el vaso la placa discoidal que Vizcarra le había devuelto, y pidió un vehículo autónomo que tardó tres minutos en aparecer ante el Kontakte. Dictó las instrucciones: Bar Hipódromo. Destino desconocido, respondió el autónomo. Sociedad Hípica, dijo Vigo. Destino desconocido, respondió el autónomo. América, dijo Vigo, y el vehículo se puso en marcha. Reflectores barrían las calles en las proximidades de la catedral, gas y partículas y corrientes de emisiones electromagnéticas oscurecían el aire, sombras de artefactos volantes manchaban los bloques de viviendas arruinadas. El río que atravesaba la ciudad, enterrado y olvidado hacía muchos años, resucitaba, reventaba el asfalto bajo el que se arrastraba, y se fugaba, vomitaba basuras y lodo podrido. El autónomo se detuvo: Avenida de América, dijo. Vigo echó a andar. Puertas y ventanas habían sido tapiadas. En una construcción ennegrecida por un incendio que debió producirse alguna vez, hacía mucho, resistía en el muro un luminoso fundido. Vigo pasó de largo. Recordó los luminosos que conservaba en el sótano del DumDum, y volvió atrás, por si podía rescatar para su museo de desechos y residuos lo que quedaba de aquel luminoso. Le faltaban letras, pero Vigo reconstruyó lo que anunciaba el neón cuando vivía y se encendía: Bar Hipódromo Sociedad Hípica. Todas las puertas del edificio habían sido tabicadas. Si existía el Bar Hipódromo, llevaba años enterrado en un nicho. Y entonces, a un metro del muro, Vigo vio que algo de luz salía a través de la rejilla de un sumidero. Se arañó las manos tratando de levantar la rejilla. Alguien la levantó desde abajo, una mujer. Llevaba gafas, unas gafas que solo podían encontrarse en alguna vitrina del sótano del DumDum, y el cristal del ojo izquierdo estaba roto. Le hacía señas a Vigo: Baja, baja.

Bajó trece escalones apoyándose en un tubo de hierro que habían adosado a la pared y se encontró en una expendeduría de alcohol clandestino. A la luz pobre de un solo fluorescente moribundo las llagas de la pared eran más hondas y se comían las palabras grabadas con punzones o tachadas por otras palabras. El local, estrecho como un pasadizo, estaba adornado con imágenes y gammagrafías óseas de caballos, y a esa hora la clientela era tanta que a Vigo le costó llegar al mostrador. Un hombre colorado e hinchado como sus manos le hizo una seña con la cabeza desde detrás de la barra. ¿Qué quieres? Vigo pidió vodka, lo que hubiera pedido Stein en un lugar semejante. En el Kontakte no se servía alcohol, solo euforizantes y energizantes

sedantes y zumos de la Willeford o de alguna ramificación de la Willeford. El Hipódromo no era un local nocturno: en el Hipódromo, fuera de día o de noche, era de noche siempre. Estaba lleno de humo de tabaco. A Vigo le pareció una extensión de la Costra al nivel del suelo, una reunión ilegal de seres calvos y mutilados, incorregibles, criaturas que huían ante el logo de la Willeford Corporation o de cualquier otra rama de UniComplex dedicada a la estetización quirúrgica de la realidad. Vomitaban, si veían un brazo biónico. Eran antiprótesis. Negaban la superioridad biotecnológica de los cuerpos mejorados. Detectaban los implantes de Vigo, y se apartaban, o Vigo tuvo esa sensación. Eran seres químicamente irreparables, muerte viva o vida muerta en un cementerio clandestino. Solo serían útiles si cayeran en poder de Armonización e Higienización y se convirtieran en ratas Wistar, materia prima para laboratorios y profesionales como Rull, especializados en la invasión, pirateo y saqueo de cerebros mediante procedimientos farmacobioelectrónicos, organismos desarmables, desguazables, reciclables, reutilizables, reconvertibles.

Hacía calor. Zumbaban las moscas, no electromoscascámara: moscas animales, supervivientes. En el momento en que creyó ver a alguien que podía ser Hu, desapareció el doble de Hu, si no era Hu. El Hipódromo era uno de esos sitios en los que se pierde el nombre al entrar. Hacía calor. Vigo bebió vodka, vodka bueno, polaco, pensó Vigo. La mano le olía a hierro oxidado. Caían gotas del techo como si lloviera o el Bar Hipódromo sudara, humedad condensada, sudoración y respiración, y todo el mundo se cubría con una superposición de capas protectoras y se movía como encogido, como si quisiera ocupar el menor espacio posible o se comprimiera como un muelle para saltar y agredir. Era ese tipo de gente de la que no se recuerda la cara, como si no tuviera cara. Una rata y un gato miraban a Vigo desde el extremo del mostrador. No era un gato sintético, no era neorreal, sino un gato de los que existían en otro milenio, aunque sin pelo ni cola. Desapareció por una grieta de la pared, pero la rata siguió mirando a Vigo, y Vigo empezó a sentirse como si fuera otra persona, o como si aún fuera él, pero disfrazado de otro. Y entonces vio a Stein.

Vio a Stein, al fondo, cerca de donde estaba la rata, más blanco que la luz del fluorescente. Se acercó, y Stein miró a Vigo. No reaccionó Stein ante la aparición, la esperaba, no le cambió la cara, reconstruida, copia de una copia, una trama de cicatrices, casi palpables los hilos que sujetaban las piezas, huesos de metal, biopolímeros, tejidos y vasos sanguíneos artificiales. Parecía perdido en el mostrador del Hipódromo: se había alejado de quien fue, de quien era hacía unas horas. Estaba lejos incluso de donde estaban, de

Vigo en aquel momento. Volvió a concentrarse en lo que tenía en la mano de tres dedos: una caja de cristal con tres tubos de diferente diámetro en su interior. Encajaba uno en otro metódicamente, los desencajaba, volvía a encajarlos, agitando la caja. Obligaba a mirar aquella mano, a poner toda la atención en la mano en movimiento. Dijo: Solo el movimiento es capaz de conseguir lo que el cálculo no logra. Bebió vodka. Le sirvió vodka a Vigo. A la botella le quedaban dos dedos. No basta con ver las cosas desconectadas, hay que conectarlas, dijo. Vigo creyó, por primera vez desde que lo conocía, que Stein estaba borracho. Movía su caja de cristal, daba vueltas a lo que acababa de decir, lo repetía. Mira esta caja, los Tubos Schönberg, eso es, encajar las cosas, dijo Stein, encajar las cosas, repitió. Dejó la caja. Se sacó del bolsillo un paquete de tabaco, rojo, Gudang Garam, con el dibujo de lo que parecía el apeadero de una estación de trenes. Encendió un cigarro. Tabaco indonesio, llévatelo para tu colección de basuras, dijo, y la voz sonó eufórica, voz impregnada de humo y MDMA, pensó Vigo, que le daba vueltas a un cenicero lleno de ceniza y restos de cigarro con la marca Gudang Garam impresa en rojo. En el cenicero, de cristal verde, redondo, leyó tres veces la palabra Carlsberg. No le des vueltas, trae mala suerte, dijo Stein. ¿Qué quieres?, dijo Vigo.

Se les pegaba la gente, y la ropa, cansada o consumida, mimetizaba el estado de ánimo de aquellas criaturas, ninguna unida a otra, cada una aislada en sí misma, como preparándose para un choque, y al mismo tiempo necesitadas de mantenerse en contacto continuo con varios cuerpos a la vez. Vigo sintió miedo: en el Hipódromo no existían sensores ni cámaras, ni ojos y oídos en las paredes. Volvió la cara para ver quién se apretaba contra su brazo izquierdo. Podía ser una mujer, o un hombre, un tornillo le taladraba el lóbulo de la oreja derecha, y Vigo recordó otra oreja que había visto en otra parte, no sabía cuándo ni dónde. Era como si en el Hipódromo solo se citaran seres inexistentes, invisibles, reencarnación de gente que ya no existe pero sale de alguna parte para que alguien vuelva a encontrársela, a reconocerla, a revivirla. Stein puso junto al paquete de Gudang Garam la pistola Glock.

Se venden las burbujas de invisibilidad, el mercado funciona, dijo, y siguió hablando, y parecía hablar en una lengua distinta de la lengua en la que pensaba. UniComplex lo ha montado bien: multiplica los focos de distribución, y multiplicar los focos de distribución significa multiplicar los focos de conflictos, más gente invisible moviéndose a su aire, más inseguridad, más demanda y despliegue de seguridad, más venta forzosa de sistemas de vigilancia total, de

felicidad total, de dispositivos que nos protejan del peligro exterior y de nosotros mismos, dijo Stein. La rata y la gente se habían ido acercando, como si quisieran oírlo mejor, o como si lo conocieran y acudieran admirados de que Stein, que pocas veces hablaba, hablara tanto aquella noche.

Cuanta más invisibilidad vendas en el DumDum y en el Kontakte, más demanda habrá en la calle de neurochips que detecten posibles anomalías morales y fisiológicas, y prevean actos y pensamientos peligrosos, y los curen o extirpen antes de que terminen de formarse, dijo Stein. ¿Quiénes bailan en el Kontakte?, se preguntó y se contestó: Público que demanda un poco de aventura, de inseguridad, había escasez de inseguridad, demanda de inseguridad, así que se genera inseguridad, miedo, y se venden más productos antimiedo. Y, cuando UniComplex quiera, estallarán vuestras burbujas de invisibilidad y faltarán en el mercado, y empezarán a ser apagados por Armonización quienes pidan invisibilidad, o se apagarán a sí mismos, y llegará la suicidiolatría a la ciudad, prosperará la secta de los suicidiotas que no pueden vivir sin invisibilidad, sin biochips antivigilancia injertados, y sufren síndrome de abstinencia porque no soportan la presencia continua de ojos interiores y exteriores, cámaras y polvo flotante e insectos cámara, dijo Stein. Repartió el poco vodka que quedaba en la botella y encendió el último Gudang Garam. El olor del tabaco era dulce. Dile a Rull que te limpie, que te borre, que te convierta en otro o en otra, desaparece, aunque te quedes aquí, vuélvete imperceptible antes de que te apaguen a ti también, dijo Stein. Se bebió el vodka. Se iba. La pistola seguía sobre el mostrador. La Glock, dijo Vigo. Es tuya, dijo Stein, para tu museo de basuras. Stein, Steinway, ¿cómo te llamas?, preguntó Vigo. No lo sé, respondió Stein, o Voight, como lo llamaba Rull.

Edición en formato digital: marzo de 2024

© imagen de cubierta, lookatcia

© Justo Navarro, 2024

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2024
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2276-2

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es